MAUPASSAN

CUENTOS
DEL DIA
Y DE LA NOC

PQ2349
C8
S6

1020026641

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

OBRAS COMPLETAS

DE

GUY DE MAUPASSANT

(EDICIÓN ILUSTRADA)

Núm. Clas CC
Núm. Autor M452ca
Núm. Adq. 30512
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

La traducción y las ilustraciones de estos libros pertenecen á D. Luis Ruiz y Contreras y nadie podrá, sin su permiso, reproducirlas. Derechos reservados, conforme á un contrato celebrado con Mr. Ollendorff, de París, editor de las Œuvres completes illustrees de Guy de Maupassant.

Obras completas de Guy de Maupassant.

Versión castellana de Luis Ruiz Contreras.

Cuentos del Dia y de la Noche.

(53 dibujos de V. Bocchino, grabados en madera por Lemoine.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

1906

"Ediciones literarias y artísticas„

Oficinas: 140, calle de Alcalá, Madrid.

099763

30512

843
M.
PQ2349
C8
S6

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid. Año de 1906. Imprenta de Antonio Marzo, San Hermenegildo, 32 dupdo, Tel. 1.977

EL PADRE

Como estaba empleado en el Ministerio de Instrucción Pública y vivía en Batignolles, tomaba todas las mañanas el ómnibus á la misma hora para ir á la oficina. Y todas las mañanas iba en el mismo coche sentada frente á él, hasta el centro de París, una muchacha, de la cual se prendó.

Era una morenita de las que tienen los ojos muy negros, ojeras muy pronunciadas, como dos manchones, y un cutis pálido, con reflejos de marfil viejo.

Diariamente la veía revolver la misma esquina y tomar la misma calle, corriendo hasta que alcanzaba el pesado vehículo.

Corría presurosa, con ligereza, con gracia, y de un salto se ponía en el estribo antes de que se detuvieran los caballos. Luego entraba en el interior

un poco agitada, respirando con afán, y después de sentarse tranquilamente, revolvía los ojos mirando en torno para reconocer cuanto la rodeaba. Era puntual siempre, obligada por sus ocupaciones en un almacén de novedades.

Desde la primera vez que la vió correr airosamente y subir al ómnibus de un salto, Francisco Tessier convencióse de que la muchacha le agradaba extraordinariamente.

No es cosa rara que una mujer, presentándose de pronto á nuestra vista, nos impresione de tal modo que sintamos deseos irresistibles de oprimirla entre los brazos, como si de toda la vida la conociéramos y la estimáramos.

Aquella muchacha reunía todas las condiciones imaginables para satisfacer, como ninguna otra, los íntimos deseos del empleado, sus ansias infinitas, sus anhelos, el ideal amoroso que guardamos en lo más profundo, en lo más ignorado á veces de nuestro corazón.

La miró fija, obstinadamente, á su pesar. Contrariada por la insistencia de aquel hombre, ruborizóse la muchacha, y advirtiéndolo él, para no serla desagradable ni molesto, quiso apartar los ojos; pero á cada punto los clavaba de nuevo en ella, sin que toda su voluntad bastase para evitarlo.

A los pocos días, y sin haberse dirigido la palabra, tratábanse amistosamente. Francisco Tessier cedía su asiento á la muchacha cuando estaba lleno el ómnibus y subía desolado á la imperial, privándose de verla por servirla. Ella le saludaba ya con una tenue sonrisa; y aun cuando bajaba los ojos al sentir la mirada provocativa y ardiente del hombre, aquella obstinación constante no pareció desagradarla.

Por fin hablaron, y estableciόse al punto entre los dos una intimidad rápida, una intimidad que los unía durante media hora. Era para el empleado aquella media hora la más feliz de su vida. No pensaba en otro asunto, rumiándola sin cesar durante su permanencia en la oficina, reviviéndola constantemente de día y de noche, obsesionado, poseído, rebosando en el delirio insistente y tenaz que nos hace sentir el recuerdo amoroso de una mujer deseada.

Parecíale que la posesión completa de aquella criatura encantadora sería para él un goce absoluto, incomparable á todo goce humano.

Ya se despedían todas las mañanas dándose un apretón de manos, y Francisco Tessier conservaba la sensación de aquel expresivo contacto; imprimían un recuerdo profundo en su carne los deditos

primorosos y suaves; le parecía conservar sobre la piel una huella profunda.

Aguardaba sin cesar, ansiosamente, durante horas y horas, que llegara el momento feliz de subir al ómnibus, para gozar de nuevo las dulzuras de aquel repetido y corto viaje. Los domingos le parecían tristes y angustiosos.

También ella le quería sin duda, porque al ser invitada por él un sábado, en primavera, para ir al día siguiente á pasear por el campo y á comer en Maisons-Laffite, aceptó.

***

A pesar de que Francisco Tessier llegó temprano á la estación, ella le aguardaba ya.

Sorprendióse al verla tan madrugadora, y la muchacha le dijo:

—Antes de seguir adelante, necesito hablar con usted. Faltan aún veinte minutos y hay tiempo de sobra.

Apoyó su mano temblorosa en el brazo del hombre, y palideciendo, bajando los ojos, prosiguió:

—No quisiera que usted me juzgara mal. Soy una mujer honrada, y no le acompañaré, no puedo acompañarle, si no me promete, si no me jura no

intentar... no intentar nada... que no sea... que no sea... decente.

Al pronunciar la última palabra se ruborizó de tal modo que sus mejillas parecían dos amapolas. Hubo un silencio. Tessier no sabía contestar, dichoso y desasosegado á un tiempo. En lo más íntimo de su corazón, tal vez le halagaba lo que oía; y, sin embargo... como la noche antes habíase dejado acariciar por esperanzas que abrasaron sus venas... era una decepción para su deseo. Seguramente la querría menos juzgándola fácil y complaciente; pero, en aquellos instantes, ¡fuera tan delicioso, tan dulce para él! Todos los cálculos egoístas que inventa la imaginación de los hombres en asuntos de amor, le preocupaban, seduciéndole.

No sabía qué responder á la muchacha, y ella cortó el silencio, hablando conmovida, con los ojos inundados de lágrimas:

—Si usted no me promete portarse dignamente conmigo, no abusar de mi confianza, me vuelvo ahora mismo á mi casa.

Entonces Tessier, oprimiéndole amorosamente un brazo, respondió:

—Se lo prometo; no me propasaré lo más mínimo; usted hará lo que le plazca.

Casi del todo tranquila, ella preguntó, sonriente:

—¿De veras?

El hombre la miró á los ojos mientras decía con toda sinceridad:

—¡Se lo juro!

—¡Vamos á tomar los billetes y al tren!—dijo ella.

Por el camino apenas hablaron. El vagón en que viajaban iba lleno, prestándose poco á conversaciones íntimas y amorosas.

Al apearse luego en Maisons-Laffitte, se dirigieron hacia el Sena.

El aire tibio, primaveral, emperezaba los cuerpos y las almas. El sol caía de lleno, á plomo, sobre la superficie tersa del río, sobre la verdura oscilante y sobre la hojarasca movible de las riberas, y provocaba, con sus reflejos, encantos y alegrías.

Tessier y la muchacha iban cogidos de la mano, bordeando la corriente, viendo los pececillos que se deslizan presurosos entre dos aguas. Iban satisfechos, inundados por un goce inmenso, á impulsos de una felicidad infinita, que no les dejaba sentir la tierra bajo sus pies, como si los hiciera flotar en el aire.

Al fin, ella dijo:

—¡Debo parecerle á usted una locuela!

Y él preguntó:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Por qué motivo?

La muchacha insistió:

—¿No es una locura venirme á pasear con usted, como he venido, sola?

—¡Eso es muy natural!

—No, no es natural; no debí hacerlo. Me propuse no ser mala, no faltar á mis deberes, no caer en el vicio... Y, así empezaron todas las infelices. ¡Así empezaron! Pero, ¡si usted supiera! ¡Es tan triste vivir haciendo siempre lo mismo! Todos los días lo mismo; todos los días del mes y todos los meses del año. ¡Aburre; cansa!... Yo vivo con mi madre. La pobre tiene muchas penas y nunca está para bromas. Pero, á pesar de todo, yo procuro reir y hago lo posible para divertirme y alegrarme. No siempre lo consigo... ¡lo consigo muy pocas veces! Hoy mismo vine para distraerme... y comprendo que hice mal. Le ruego que no me juzgue casquivana... Tráteme bien...

De pronto, el hombre la besó en una oreja. La muchacha se apartó bruscamente y, enfadándose, dijo:

—¡Ah! ¡Señor Tessier! Pronto ha olvidado su promesa y su juramento.

Silenciosos, regresaron hacia Maisons-Laffite.

Almorzaron en el «Petit-Havre», que sólo tiene

piso bajo, construído junto al agua y oculto entre cuatro álamos enormes.

El calor, el aire libre, los vapores del vinillo blanco y la turbación de verse juntos allí, solos en tan apartado lugar, sofocábanlos, oprimíanlos, ahogaban sus pensamientos. Ni á él ni á ella se les ocurría nada que decir.

Pero después de sorber el café sintiéronse de pronto envueltos en una racha de alegría; y habiendo pasado al otro lado del río, lo bordearon, dirigiéndose al pueblo de La Frette.

No hablaban aún. De repente, al hombre se le ocurrió preguntar:

—¿Cómo se llama usted?

Y ella respondió con voz suave:

—¡Luisa!

—¡Luisa, Luisa!—repitió Francisco.

Y volvieron á quedar silenciosos.

El río describía una curva muy amplia, reflejando á lo lejos una hilera de casitas blanqueadas, que parecían inclinar la cabeza sobre la corriente para ver mejor su imagen. La muchacha iba cogiendo margaritas y otras flores campestres de largos tallos, formando un grueso haz; y el hombre cantaba desaforadamente con toda la fuerza de sus pulmones, ebrio de alegría, como un potro que abandona

la cuadra para salir al prado. Viñedos y más viñedos extendíanse á su izquierda; pero al fin el paisaje le ofreció un aspecto diferente. Detúvose Tessier, admirado, sorprendido, lleno de asombro, y dijo:

—¡Ah! ¡Vea usted! ¡Vea usted!

Allí acababan los viñedos, cubriéndose toda la ribera de lilas en flor. Era un bosque violáceo, una especie de alfombra floreciente y perfumada, tendida sobre dos ó tres kilómetros de tierra, llegando hasta el pueblo de La Frette.

También Luisa quedóse admirada, y murmuró:

—¡Qué delicioso!

Corrieron á través de los campos, dirigiéronse hacia la espléndida colina, que proporciona todos los años á las vendedoras ambulantes de París las cargas de lilas que pasean por las calles en sus carritos.

Una vereda muy angosta se perdía entre los arbustos. Encamináronse por allí, avanzando hasta llegar á una plazoleta, donde se sentaron.

Legiones de moscas revoloteaban zumbando sobre sus cabezas, agitando el aire con una especie de ronquido sordo y continuado. Y el sol espléndido, el sol abrasador de una tarde sin brisa, inundando la ribera en la calma del ambiente, desprendía

del bosque florido aromas penetrantes, algo así como el poderoso aliento perfumado de la tierra fecunda.

Oyóse vibrar á lo lejos la campana de una iglesia.

Y suavemente, místicamente, la mujer y el hombre se besaron, se oprimieron, reclinándose con ternura sobre la hierba, inconscientes, ajenos á todo, con ansia de caricias y de amor.

Ella, con los ojos entornados, le abrazaba estrechamente, sin preocupación, sin propósito, sin ideas, con la razón desvanecida, por instinto, sintiéndose inundada por un deseo apasionado. Y se ofreció, entregándose á él, sin darse cuenta de lo que hacía, sin reflexionar, sin advertir nada, sin comprender siquiera la emoción, el encanto de su abandono.

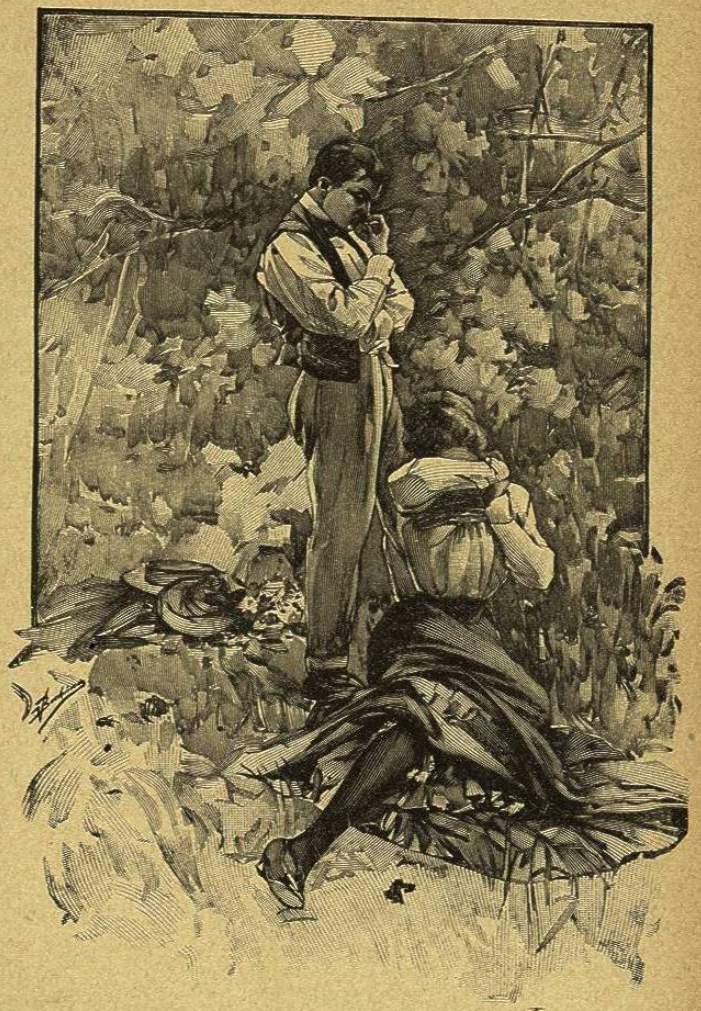
Y al despertar luego, con el estremecimiento que advierte de las irremediables desdichas, lloró, gimió dolorida y angustiada, cubriéndose la cara con las manos.

Él quiso inútilmente consolarla; pero ella no le atendía, pensando sólo en huir de aquel sitio, en volver á su casa lo antes posible.

Y apresurándose, andando ansiosamente, repetía incesante:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Él suplicaba:



—¡Luisa! ¡Luisa! ¡Te lo ruego! ¡No te vayas! ¡Aún es temprano! ¡Espera!

Luisa tenía los pómulos arrebolados y los ojos hundidos.

Al verse ya en la estación de París, apartóse de su amante sin despedirse; ni siquiera le dijo ¡adiós!

* * *

Al día siguiente, cuando se vieron como todos los días en el ómnibus, ella parecía otra mujer: palidu-cha y enflaquecida. Y dijo á Tessier:

—Es necesario que hablemos.

Al apearse los dos en el bulevar, ella le dijo:

—Después de lo que ha sucedido, no debemos volver á vernos. Despidámonos para siempre.

Y él balbuceó:

—¿Por qué?

—Porque resultaría muy violento para mí encontrarme con usted. He sido culpable. Cedí sin saber cómo. He sido culpable, pero no volveré á serlo.

Entonces el amante suplicó, imploró, torturado por los deseos, aturdido por el ansia de poseerla, de gozarla en el abandono absoluto de las noches de amor.

Ella repetía obstinadamente:

—No es posible; no puedo, no puedo.

Él se animaba, excitándose más y más. Prometió casarse, y ni aun con eso pudo convencerla.

La muchacha respondía invariablemente á todo:

—No es posible. ¡No!

Y se fué, dejándole aún con una súplica entre los labios.

Durante una semana, Francisco no la vió. No le fué posible dar con ella; y como ignoraba dónde vivía, perdió la esperanza de volver á verla jamás.

Pero á los ocho días, al anochecer, sonó la campanilla, y Francisco abrió la puerta. Era Luisa, que se arrojó en sus brazos, abandonada completamente. Ya no volvió á negarse ni á resistir.

Por espacio de tres meses fué su querida.

Él se iba cansando ya, cuando ella le advirtió que se hallaba embarazada. Francisco vióse desde aquel momento dominado por una idea tenaz: romper sus relaciones á todo trance.

No encontrando motivo ni ocasión oportuna, sin saber cómo resolverse ni qué decir, atormentado por sus inquietudes, por el miedo que le infundía la llegada próxima de una criatura, tomó una resolución suprema y repentina, mudándose de casa, desapareciendo una noche, de pronto, sin dejar dicho á dónde iba.

Fué aquello tan inesperado y rudo, que Luisa no trató siquiera de inquirir el paradero de quien de tal modo la abandonaba. Echándose á los pies de su madre, confesó entre sollozos y llanto su desdicha; y algunos meses después tuvo un hijo.

*
* *

Pasaban los años. Francisco Tessier envejecía, sin que se hubiera producido el menor cambio en su monótona existencia; continuaba igual que siempre, viviendo como viven los burócratas, adormecidos en su pasiva tranquilidad, sin esperanzas y sin ilusiones. Levantábase á la misma hora todas las mañanas, recorría las mismas calles, entraba por la misma puerta, guardada por el mismo portero, dirigíase al mismo despacho, sentábase en el mismo sillón y se ocupaba en el mismo trabajo. Estaba solo en el mundo; completamente solo de día entre sus compañeros indiferentes; completamente solo de noche en su estancia de solterón. Economizaba mensualmente cien francos para que la vejez no le cogiera desprevenido.

Los días de fiesta solía dar un paseo por los Campos Elíseos para recrearse viendo cómo se luce la sociedad encopetada, viendo trenes costosos y damas hermosas.

Y á la mañana siguiente comunicaba sus impresiones á su compañero de mesa en la oficina, diciéndole:

—Fué un magnífico espectáculo el desfile de coches en la tarde de ayer.

* * *

Pero un domingo, distraídamente, lanzándose por otras calles fué á parar al parque Monceau. Era una hermosa y nítida mañana de verano.

Las niñeras, las nodrizas y las mamás, sentadas en los bancos de los paseos, veían jugar á los niños, tranquilamente.

De pronto, Francisco Tessier estremecióse. Pasaba una señora llevando cogidos de la mano á un niño de unos diez años y á una niña de cinco. Era Luisa.

El oficinista continuó su paseo; pero no había dado cien pasos más, cuando tuvo que sentarse, tembloroso, rendido por la emoción. Ella no le había reconocido. A lo lejos la vió sentarse; y quedóse absorto, contemplándola. El niño, muy juicioso, permanecía junto á la madre, mientras la niña entreteníase haciendo afanosamente montones de arena. Era Luisa; no podía ser otra que Luisa; la reconoció

bien á pesar del cambio de su figura. Tenía el aspecto de una señora grave, prudente y digna, vistiendo con sencillez.

La miraba desde lejos con insistencia, no atreviéndose á acercarse. Cuando el niño volvió la cabeza, Francisco Tessier tembló. Era su hijo, indudablemente. Contemplándolo, creyó reconocerse, creyó revivir en aquella criatura que le recordaba un retrato suyo, una fotografía hecha en su infancia.

Permaneció detrás de un árbol, oculto, aguardando á que la señora se levantase, para seguirla.

No le fué posible dormir aquella noche. Sobre todo, la idea del niño le obsesionaba. ¡Su hijo! ¡Ah! ¡Si hubiese tenido la certeza, el convencimiento absoluto de lo que pensaba! Pero ¿qué hubiera hecho?

Siguiéndola, llegó hasta la casa donde Luisa vivía. Informóse, y supo que su amante se había casado con un vecino, un hombre honrado y serio, de severas costumbres, que se compadeció de aquella desdicha. Un hombre bondadoso que, perdonando á la infeliz su extravío, prohijó á la criatura.

Y Francisco Tessier fué desde entonces al parque Monceau todos los domingos. Todos los domingos la veía; y al verla, sentíase impulsado por un ansia enloquecedora, violenta, irresistible, de levantar á su hijo entre los brazos cubriéndole de besos, y correr, huir con él, robándolo, secuestrándolo.

Padecía espantosamente en su aislamiento miserable de viejo solterón sin afecciones; padecía un suplicio atroz, desgarrado por una ternura paternal amasada con remordimientos, envidia, celos, y con el ansia de amar á la propia descendencia que la Naturaleza puso en las entrañas de todos los seres vivos.

Decidióse al fin á practicar una tentativa desesperada; y acercándose á Luisa un domingo, cuando entraba en el parque, murmuró poniéndose frente á ella, lívido, con los labios temblorosos:

—¿Ya no me conoce usted?

Luisa levantó los ojos, le miró; lanzando un grito de sorpresa y espanto al reconocerle, cogió á los dos

niños de la mano, y llevándolos casi á remolque, fuése precipitadamente.

Ya de regreso en su casa, lloró.

Pasaron algunos meses. Francisco no pudo volver á verla; pero de día y de noche le perturbaba, le devoraba su ternura paternal.

Por una caricia de su hijo hubiera dado la vida, hubiera sido capaz de asesinar, de cometer cualquier exceso, de realizar cualquier trabajo penoso, hubiese desafiado todos los peligros, aventurándose á todas las audacias.

Decidióse á escribirla, y ella no contestó. Después de veinte cartas, comprendiendo que nunca lograría convencerla, puso en práctica una resolución peligrosa, resuelto á recibir un balazo, según el giro que tomara el asunto.

Y dirigió al marido de Luisa una esquela redactada como sigue:

«*Caballero:*

Mi nombre, que sin duda no ignora usted, debe parecerle molesto y despreciable; acaso le inspire horror.

Pero, soy tan desdichado, de tal modo me torturan mis tristezas, que pongo en usted toda mi esperanza.

Me atrevo á suplicarle que me conceda una entrevista de diez minutos.

Le saluda muy respetuosamente

FRANCISCO TESSIER.»

No se hizo esperar la respuesta:

«*Caballero:*

El martes á las cinco me tendrá usted á sus órdenes en mi casa.»

* * *

Mientras iba subiendo la escalera, vióse obligado Tessier á pararse varias veces, ahogado por la emoción. Sentía en su pecho un repiqueteo precipitado, como el galopar de una bestia campestre; un ruido sordo y violento. Apenas respiraba, y para no caerse tuvo que agarrarse bien á la barandilla.

Llamó en el tercer piso. Una criada le abrió la puerta y Tessier dijo:

—¿El señor Flamel?

—Aquí vive, caballero; pase usted.

La criada le condujo á un salón decentemente amueblado, dejándole allí solo. Aguardaba, sobresaltado, enloquecido, como si presintiera una catástrofe.

Abrióse una puerta y apareció un hombre alto, grueso, tranquilo, grave, que vestía levita negra.

Después de saludarle inclinando la cabeza, le señaló con la mano una butaca, invitándole á que se sentara.

Francisco Tessier se sentó, y luego dijo con voz emocionada:

—Caballero... Caballero... Ignoro si conoce usted mi nombre... si está usted enterado...

—Cualquiera explicación sería improcedente, caballero. Mi mujer me lo ha dicho todo.

Hablaba con la dignidad propia de un hombre bondadoso que se propone mostrarse algo severo; con la firmeza persuasiva de un hombre honrado.

Francisco Tessier prosiguió:

—Pues bien, caballero, vea usted lo que me sucede: me asesinan el dolor, el remordimiento, la vergüenza. Y quisiera una vez... una sola vez... dar un beso... al niño...

El señor Flamel, acercándose á la chimenea, junto á la cual se hallaba el cordón de la campanilla, en silencio, llamó.

Al presentarse la criada, le dijo:

—Que venga Luisín.

La criada se retiró.

Quedaron los dos hombres frente á frente, silen-

ciosos, porque nada tenían que decirse, aguardando.

Y de pronto, un mozalbete de diez años entró en la sala, corriendo hacia el señor Flamel; pero se

detuvo, turbándose, al ver que su papá no estaba solo.

El señor Flamel dijo, acariciando al mozalbete:

—Quiero que le des un beso á este señor.

El niño, sin cortedad alguna, se acercó al desconocido, mirándole confiado, creyéndole tal vez un viejo amigo de la familia.

Francisco Tessier se había puesto de pie. Cayósele de las manos el sombrero y estuvo á punto de desplomarse; tanta era su emoción contemplando á su hijo.

El señor Flamel, por delicadeza, le volvió la espalda, y acercándose al balcón fingía distraerse mirando á la calle.

Sorprendió á la criatura el aspecto dolorido y turbado de aquel señor. Cogió el sombrero para dárselo, y entonces Francisco Tessier, oprimiendo á Luisín cariñosamente, le cubrió la cara de besos; le besaba como un desesperado en las mejillas, en la boca, en los ojos, en los cabellos.

El niño, inquieto, volvía la cabeza para evitar aquellas intempestivas manifestaciones afectuosas y levantaba sus manecitas infantiles, defendiéndose contra las caricias voraces de aquel hombre.

Hasta que Francisco Tessier, anonadado, soltándole de pronto, dijo:

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós!

Y se fué huyendo, como huye un criminal.

EL VIEJO

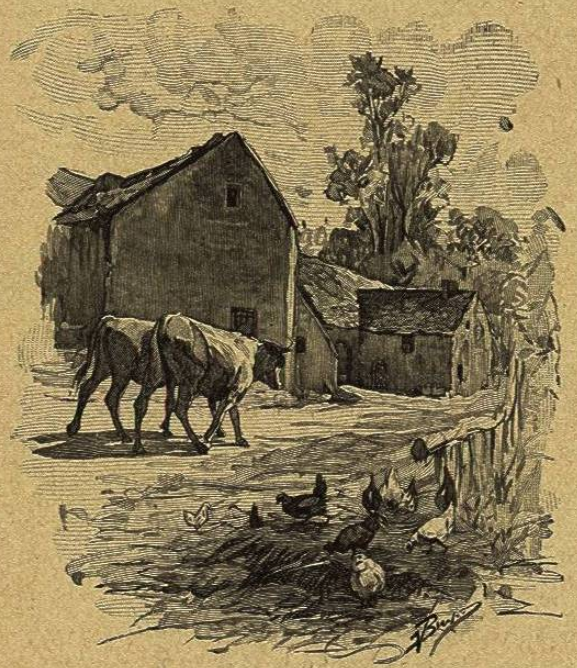
Un tibio sol de otoño se derramaba en el patio del cortijo, cayendo á plomo por encima de las enormes hayas que lo bordeaban.

Bajo la hierba, rapada por el ganado, la tierra, impregnada por la lluvia reciente, hallábase reblandecida, y en ella se hundían los pies con un ruido semejante al chapoteo del agua. Las ramas de los manzanos, crujiendo al peso de su abundante fruta de un verde pálido, la dejaban caer matizando el verde terroso de la hierba.

Cuatro chotas pacían, atadas en hilera; berreando á cada momento, alzaban la cabeza en la dirección de la casa. Las gallinas animaban el estercolero, coloreándolo, agitándose frente al establo, escarbando, yendo y viniendo, cacareando, mientras los dos gallos cantaban sin cesar, buscando gusanillos

para ofrecérselos á sus favoritas, á las cuales llamaban con impaciente clamoreo.

El portillo de madera se abrió, dejando paso á



un hombre que tendría tal vez cuarenta y dos años y representaba sesenta por lo arrugado y descolorido de su rostro, el encogimiento y abandono de su figura, su andar lento, inseguro y dificultoso al

arrastrar las pesadas almadreñas llenas de paja. Sus brazos, de sobra largos, colgaban de sus hombros decaídos y faltos de vigor. Cuando se acercó á la casa del cortijo, un gozque amarillento, atado al pie de un peral enorme, junto á un barril viejo que le servía de caseta, meneó la cola y se puso luego á ladrar mostrando su alegría.

El hombre le dijo:

—¡Te callas, Finot!

Y el perro enmudeció.

Una campesina salía de la casa en aquel momento. Su cuerpo anguloso y flaco, sin pecho ni caderas, dibujábase oprimido por un estrecho jubón de lana. Una falda gris, muy corta, la dejaba casi por completo descubiertas las pantorrillas, á las que se ajustaban medias azules; también tenía los pies metidos en almadreñas llenas de paja. Una cofia de un blanco amarillento y sucio cubría en parte su pelo pegajoso y lacio, y su rostro cetrino, descarnado, con las facciones irregulares y la boca sin dientes, mostraba la fisonomía bestial y estúpida que ofrecen con frecuencia los rostros de las campesinas.

El hombre, al verla, preguntó:

—¿Cómo sigue?

La mujer, dijo:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—El señor cura dice que no pasará la noche, que se acaba por momentos.

El hombre y la mujer entraron en la casa.

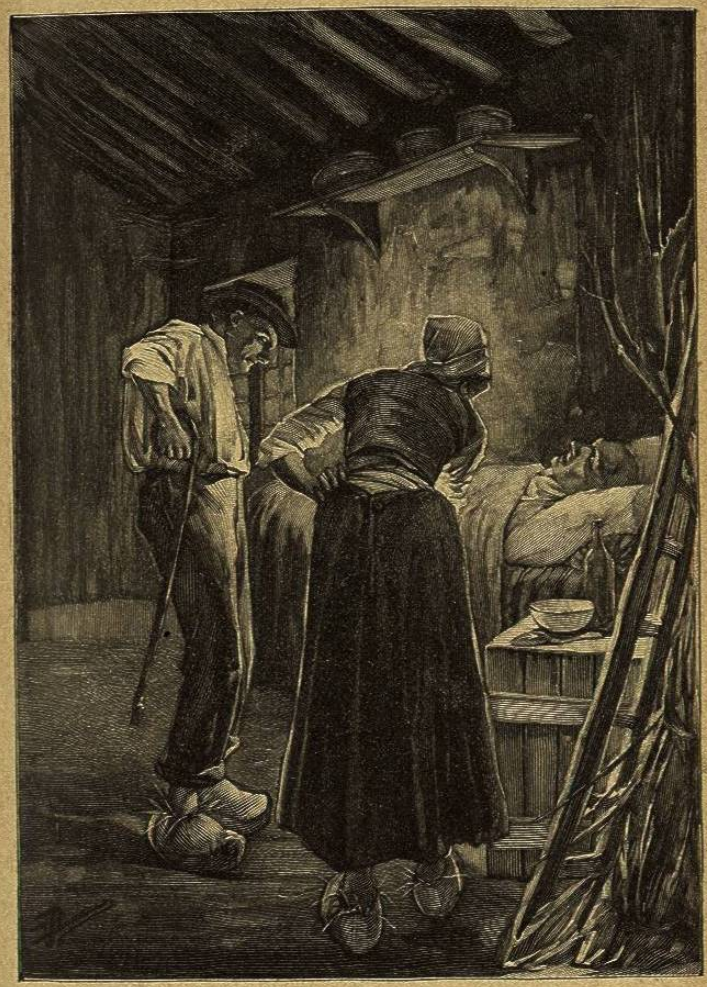
Después de atravesar la cocina se metieron uno tras otro en una alcoba muy baja de techo y muy obscura, porque solamente recibía luz de un ventano cubierto con un pingajo de indiana de Normandía. Las toscas vigas del techo, renegridas, ahumadas, atravesando la estancia de parte á parte, sostenían el delgado piso del granero, por donde sin cesar, evolucionaba de día y de noche un ejército de ratas.

El suelo era de tierra, húmedo y desigual, giboso, grasiento; y en el fondo, entre tanta negrura y obscuridad, aparecía un bulto grande, blanquecino: era la cama.

Un resoplido continuado, ronco, una respiración difícil y angustiosa, un estertor agudo como un silbido, un gargoteo semejante al que produce una bomba descompuesta, salía de las ropas de la cama tenebrosa, donde agonizaba un viejo: el padre de la campesina.

El hombre y la mujer, acercándose, contemplaron al moribundo con ojos tranquilos y resignados.

El hombre dijo:



—Ahora va de prisa; no hay remedio. No es posible que dure toda la noche.

La mujer, insinuó:

—Desde medio día está lo mismo.

Luego quedaron silenciosos, inmóviles.

El viejo había cerrado los ojos, y sus facciones dibujábanse tan secamente, que su rostro pardusco parecía de madera. En su boca entreabierta resonaba el estertor de su aliento entrecortado y dificultoso; á cada trabajosa y ronconeante aspiración oscilaban las ropas, movidas por el pecho agarrotado.

Después de un largo silencio, el hombre dijo:

—No podemos hacer nada por él, y lo mejor será dejarle que muera tranquilamente. De todos modos, me impide apalear las cascablas que tenemos puestas al sol, en la era.

La mujer pareció inmutarse con esa reflexión.

A su vez reflexionó algunos instantes, y luego dijo:

—Padre se muere hoy por la noche; le enterraremos pasado mañana, y te queda mañana el día libre para meter en casa las legumbres.

Preocupado el campesino, insistió:

—Sí; el entierro será pasado mañana; pero mañana perderé todo el día participando la muerte á

la familia y á los amigos, invitándoles al entierro. Necesito cerca de seis horas para ir á Tourville y á Manetot.

La mujer, después de meditar dos ó tres minutos, advirtióle:

—No son las tres aún; podrías ir á Tourville, aprovechando la tarde, y decirles á todos que mi padre ha muerto ya, pues le falta muy poco. Avísales que pasado mañana es el entierro, y así te queda mañana todo el día libre para apalear las cascablas, cerner el grano y entrarlo en el granero.

El hombre quedóse algunos instantes perplejo pensando en las ventajas y en los inconvenientes de aquella idea, y al cabo decidióse:

—Me parece bien; voy ahora mismo.

Al salir se detuvo y retrocedió para decirle á su mujer:

—Ya que no tienes nada que hacer esta tarde, podrías entretenerte cogiendo manzanas y luego preparando cuatro docenas de *rebociños*, que se comerán muy á gusto los que vengan al entierro, porque después de la caminata no puede faltarles algo que reconforte. Para encender el horno, toma leña menuda de la que hay en el cobertizo, junto á la prensa del aceite. Bien seca está.

Salió de la alcoba, y al pasar por la cocina sacó

del armario un pan grande y cortó una rebanada, muy primorosamente, recogiendo en la palma de la mano las migas que al cortar cayeron sobre la tabla del estante y echándoselas á la boca para no desperdiciar nada. Tomó con la punta de la navaja un poco de manteca de cerdo salada que había en un tarro de loza pardusca, y la extendió en la rebanada de pan, comiéndoselo al fin reposadamente, como lo hacía todo.

Luego salió al patio, acarició al perro para tranquilizarle y evitar que ladrara, tomó el camino que bordeaba su hacienda, y se alejó dirigiéndose hacia Tourville.

***

Ya sola en casa, la mujer dió principio á su labor. Destapando la artesa de amasar, dispuso la masa para los *rebociños*. La trabajaba mucho, estrujándola, retorciéndola, volviéndola, revolviéndola, reuniéndola y aplastándola. Luego, hizo una gruesa bola de color blanco amarillento y la dejó en una esquina de la mesa.

Entonces fué á buscar las manzanas, y para no dañar el árbol sacudiéndolo con una vara, encaramóse hasta donde sus manos alcanzaran la fruta, valiéndose de una banqueta. Escogió con mucho

cuidado, para coger solamente las manzanas bien maduras, y fuelas echando en su delantal.

Una voz la llamó desde el camino:

—¡Eh, señora Chicot!

La campesina volvió la cabeza para enterarse de quién la llamaba. Era un vecino, el señor Osimo

Favet, alcalde, que se iba á estercolar sus tierras, sentado sobre la carga de su carro.

La mujer dijo al reconocerle:

—¿Se le ofrece á usted algo, señor Osimo?

—¿Y tu padre? ¿Qué hace tu padre?

La campesina gritó:

—Está en las últimas. El sábado será el entierro, á las siete, porque no podemos perder todo el día;

no podemos dejar sin recoger el grano de las cascablas que tenemos en la era.

El alcalde repuso:

—Comprendido. Buena suerte. Y que sigáis tan buenos.

Ella respondió á tanta cortesía:

—Gracias. Lo mismo le deseamos á usted.

Y continuó cogiendo manzanas.

Cuando acabó su tarea, entrando en la cocina, dejó la fruta y asomóse á la alcoba de su padre, creyendo ya encontrarle muerto. Pero desde la puerta oyó el estertor continuo, ruidoso, y juzgando inútil entrar, se acercó á la mesa para ir preparando los *rebociños*.

Después iba envolviendo las manzanas, una por una, en una hoja tenue de masa, y así revestidas, las alineaba en el borde de la mesa. Cuando tuvo cuarenta y ocho en cuatro filas de á doce, se dispuso á preparar la cena, colgando en el gancho del hogar el perolillo donde cocía las patatas. Había dejado en suspenso la preparación de los *rebociños*, reflexionando que sería inútil encender el horno aquella tarde teniendo aún todo el día siguiente disponible para concluir de preparar la sabrosa golosina.

El hombre volvió al anochecer. Sus primeras palabras fueron para preguntar:

—¿Acabó ya de sufrir?

Y le respondió la mujer:

—Aún se resiste; continúa el gargoteo sin parar.

Entraron para ver al moribundo, que seguía en el mismo estado, en la misma posición. Su estertor incesante, acompasado, como la marcha de un reloj, ni se aceleraba ni disminuía; solamente variaba un tanto de tono en algunos momentos.

El hombre le miró, y dijo:

—Acabará de un momento á otro, apagándose como un candil sin aceite.

Volvieron á la cocina y, en silencio, comenzaron á cenar. Después de haberse comido el potaje, untaron rebanadas de pan en manteca de cerdo, y cuando la mujer acabó de fregar los cacharros, volvieron á ver al agonizante.

La mujer, empuñando un candil, cuya mecha humeaba horriblemente, lo acercó al rostro del viejo. Si no le sintieran respirar, hubiéranle creído muerto sin duda. Estaba inmóvil, rígido, cadavérico.

La cama del matrimonio hallábase oculta en una especie de nicho, cubierto con una cortina, en otro rincón de la misma alcoba. Se acostaron sin decir ni una palabra, y después de apagar el candil cerraron los ojos. Pronto dos ronquidos muy diferentes, uno amplio y grave, otro precipitado y agudo,

acompañaron al estertor monótono del agonizante.

Las ratas corrían por el granero, sobre sus cabezas.

*
* *

El hombre despertó con la primera claridad del día. Y al enterarse de que su suegro continuaba respirando aún, despertó á la mujer, molestado por aquella resistencia incomprensible del moribundo.

—¿Oyes, Eufemia? No quiere acabar. Tú, ¿qué harías?

Confiaba mucho en las prudentes resoluciones de su esposa.

La cual respondió:

—No es posible que pase de hoy; no hay que temerlo. Y aunque tarde un poco en morir, aunque muera por la noche, no se opondrá el señor alcalde á que sea mañana el entierro; ya recuerdas lo que hizo por el viejo Renard, que murió precisamente á mitad de la siembra.

Convenció al hombre aquel evidente razonamiento, y se fué á la era.

La mujer calentó el horno, puso á cocer los *rebociños* y luego ejecutó una tras otra, como de costumbre, varias faenas de la casa.

30512
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A medio día el agonizante no había muerto aún. Los jornaleros que habían ido para apalear las cascablas puestas al sol en la era, entraron todos juntos en la alcoba. Cada uno dijo su frase; después volvieron á trabajar.

A las seis, cuando pusieron fin á su labor los campesinos, el viejo respiraba todavía. Su yerno acabó por desconcertarse.

—¿Qué harías tú, Eufemia? ¿Qué se te ocurre?

La mujer no sabía ya qué partido tomar. Fué á tratarlo con el señor alcalde, su vecino, el cual prometió hacer la vista gorda y consentir el entierro á la mañana siguiente aun cuando muriera estando muy avanzada la noche. También el practicante, que debía certificar el fallecimiento, se comprometió, para complacer á Chicot y tenerle agradecido, á falsear la fecha.

El marido y la mujer volvieron á su casa completamente satisfechos por el resultado favorable de sus diligencias.

Acostáronse y durmieron toda la noche, como la víspera, mezclando sus ronquidos, firmes y sonoros, con el estertor, ya más débil, del moribundo.

Cuando el matrimonio despertó, el viejo agonizaba todavía.

***

Marido y mujer quedáronse aterrados. De pie, junto á la cabecera del enfermo, le miraban recelosos, como si temiesen que lo hiciera expresamente para jugarles una mala partida, para engañarlos, para contrariarlos, por el gusto de comprometerlos; y renegaban de aquella fatalidad incomprensible, sobre todo por el tiempo que les hacía perder.

El yerno preguntó:

—¿Y qué se hace ahora?

Ella tampoco lo sabía; sin embargo, dijo:

—¡Es una contrariedad! ¡No hay remedio!

Era imposible advertir á todos los invitados, que no tardarían ya en llegar. Resolvieron que lo mejor sería esperarlos y referirles punto por punto lo sucedido.

A eso de las siete menos cuarto se presentaron los primeros. Las mujeres, vestidas de negro, cubriéndose la cabeza con grandes mantos, procuraban tener el rostro compungido. Los hombres, molestos en sus chaquetones de paño, avanzaban más resueltamente, de dos en dos, hablando de las cosechas.

Chivot y su mujer los recibieron desolados; y ambos á un tiempo, llegándose al primer grupo, se pusieron á llorar. Explicaron lo sucedido, creyendo que las circunstancias los disculparían, agasajando

á todos, invitándoles á que tomaran asiento, andando solícitos del uno al otro, queriendo convencerse de que cualquiera en su caso hubiera obrado como ellos; y no dejaban de hablar un instante, de pronto convertidos en charlatanes, de tal suerte, que á ninguno daban lugar para meter baza.

Iban y venían entre los invitados repitiendo:

—¡Nunca lo hubiéramos creído! ¡No es creíble que dure tanto!

Los invitados, al pronto, sorprendidos y algo molestos, como las personas que pierden una ceremonia ofrecida y esperada, no sabían qué hacer ni qué actitud adoptar, hallándose unos de pie y otros sentados. Alguien quiso irse, pero Chicot le detuvo amablemente con estas palabras:

—De todos modos tomaremos un bocado. Habíamos hecho *rebociños*: hay que probarlos.

Con esta idea se animaron los rostros más decaídos. Entabláronse conversaciones en voz baja. El patio íbase animando; engrosaba la concurrencia. Los ya enterados cuchicheaban con los recién venidos. La promesa de una golosina reanimó á todo el mundo.

Las mujeres entraban en la alcoba para contemplar al agonizante, y junto á la cama, después de persignarse, rezaban entre dientes alguna oración;

luego salían de nuevo al patio. Los hombres, menos curiosos, limitábanse á mirar por la ventana.

La mujer de Chicot explicaba la agonía de su padre:

—Hace dos días que le vemos así: ni atrás ni alante; ni mejor ni peor; y respira como una bomba descompuesta que no sube agua.

***

Cuando todos hubieron visto al agonizante, comenzaron á preocuparse del refrigerio; y como eran muchos para caber en la cocina, decidieron sacar al patio la mesa. Las cuatro docenas de *rebociños* dorados, apetitosos, atraían las miradas, colocados en varias fuentes. Cada uno de los invitados apresuróse á coger el suyo, creyendo que no habría bastantes; pero hubo para todos, y aún sobraron tres.

Chicot dijo con la boca llena:

—Si mi suegro nos viese, nos tendría envidia. Mientras vivió, era esto lo que más le gustaba.

Un campesino gordo y jovial, añadió:

—Ya nunca podrá comerlos. A cada uno le llega su hora.

Esta reflexión, lejos de entristecer á los invita-

dos, pareció alegrarlos. Para todos ellos había llegado también la hora de saborear los *rebociños*.

La mujer de Chicot no hacía otra cosa que ir y venir de la bodega, sin descanso, desolada por el cuantioso consumo de sidra. Las colodras iban sucediéndose y vaciándose instantáneamente. Los invitados, reían, hablaban á gritos, como se grita en las comilonas de fiesta.

De pronto, una vieja campesina que se había quedado junto al agonizante, con voz aguda exclamó:

—¡Ya no respira! ¡Ya no respira!

Todos callaron. Las mujeres, levantándose, fueron á verlo.

Ya no existía; era verdad; su estertor había terminado para siempre. Los hombres, en silencio, mirábanse unos á otros bajando luego la vista para fijarla en el suelo, con cierta inquietud: no habían acabado aún de comerse los *rebociños*. Aquel inoportuno, había escogido para expirar el momento peor, aguándoles la fiesta.

Pero el matrimonio Chicot no lloraba. Todo había terminado al fin. Ya estaban tranquilos el yerno y la hija del difunto.

Y decían:

—Sabíamos que no podía durar. Si al menos hubiese muerto algunas horas antes, por la noche ó

de madrugada, no hubiera ocasionado tantas molestias.

No importa, ya no era posible remediarlo. Habría que aplazar el entierro para el lunes, y se comerían otros tantos *rebociños* y se beberían otra cuba de sidra los invitados, que sin duda ya contaban con ello desde aquel instante.

Se fueron todos comentando el suceso y satisfechos de haberlo presenciado; pero más satisfechos aún de haber comido y bebido á su gusto.

Cuando el hombre y la mujer quedaron solos en su casa frente á frente, dijo ella con el rostro angustiado por una preocupación:

—¡Habrá que disponer otras cuatro docenas de *rebociños*! ¡Por qué no habrá muerto unas horas antes!

Y el marido, más resignado, respondió:

—Paciencia. Tengamos paciencia. Esto no sucede todos los días.

UN COBARDE

Le llamaban las gentes «el guapo mozo», y era su nombre José Gontrán de Signoles.

Huérfano y dueño de una fortuna bastante considerable, «hacía papel», como suele decirse. Tenía buena figura y elegantes maneras; bastante *labia*, para dar á entender que no le faltaba ingenio; una gracia natural, un empaque digno y noble, los bigotes largos y los ojos dulces: todo lo necesario para gustar á las mujeres.

Era solicitado en los salones y deseado por las aficionadas al vals; inspiraba en los hombres la singular antipatía que se siente por los caracteres dominantes. Se le achacaban aventuras amorosas de las que dan fama. Vivía feliz, tranquilo, en el bienestar moral más absoluto. Sabíase que tiraba muy bien la espada y la pistola.

—Cuando me provoquen—decía—escogeré la pistola. Con una pistola estoy seguro de matar á un hombre.

Pero una noche, habiendo acompañado al teatro á dos de sus amigas, escoltadas por sus maridos, al salir del espectáculo invitólas á tomar un helado en Tortoni. Acababan de sentarse, cuando reparó que un caballero, desde una mesa próxima, contemplaba obstinadamente á una de sus amigas, la cual, molestada, nerviosa, bajó la cabeza.

Pero como el impertinente insistiera, la señora dijo á su esposo:

—Ese hombre me mira fijamente. No le conozco. ¿Es amigo tuyo?

El marido, que no había reparado nada, se volvió á mirarle y contestó:

—Jamás le vi.

La mujer, á un tiempo sonriente y disgustada, prosiguió:

—Es molesto: no me deja tomar á gusto mi sorbete.

El marido, encogiéndose de hombros, añadió:

—No hagas caso; como si no existiera. Si fuéramos á preocuparnos de todos los necios, no acabaríamos nunca.

Pero Gontrán se había levantado violentamente,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

no pudiendo soportar que un cualquiera intentase turbar la digestión de un helado ofrecido por él.

A él iba directa la provocación, pues á su ruego habían entrado allí sus amigas. El asunto, pues, era de su incumbencia.

Acercándose al otro, le dijo:

—Tiene usted un modo intolerable de mirar á una señora. Le ruego que no insista.

El otro replicó:

—Déjeme usted en paz.

Gontrán, apretando los dientes y estremecido por la cólera, dijo:

—¡Caballero! ¡Yo no tolero impertinencias!

El otro solamente pronunció una palabra: una palabra mal sonante, que repercutió de punta á punta del café, y, como por efecto de un resorte, hizo volver la cabeza á todos los concurrentes. Los ojos de todos quedaron fijos en un mismo punto; los mozos que servían se detuvieron para mirar; la señora del mostrador echaba el cuerpo fuera, estremecida y curiosa.

Reinó un solemne silencio. De pronto sonó un chasquido. Gontrán había dado al otro una bofetada. Varios de los presentes lanzáronse á separarlos. Hubo cambio de tarjetas.

***

Cuando Gontrán llegó á su casa, estuvo algunos minutos paseando por su habitación. Hallábase muy agitado para reflexionar. Una sola idea se cernía sobre su espíritu: «el duelo inevitable», sin que semejante idea despertase todavía ninguna especie de emoción. Había cumplido con su deber. Sería objeto de conversaciones, aprobarían su actitud, le aplaudirían, le felicitarían. Y en voz alta, interrumpiendo sus vanas y superficiales reflexiones, hablando como se habla en los instantes de gran turbación y desconcierto intelectual, decía:

—¡Qué hombre tan bestia!

Luego, sentándose, discurrió más lógicamente. Necesitaba salir muy temprano en busca de padrinos. ¿A quién escogería? Buscaba entre todas sus relaciones los hombres más conocidos y mejor reputados. Se fijó, al fin, en el marqués de la Tour-Noire y en el coronel Bourdín; un aristócrata y un militar: resultaba muy bien. Los diarios publicarían juntos los nombres de los tres. Sintió la garganta seca, y bebió, uno tras otro, tres vasos de agua. Luego volvió á pasear. Sentíase lleno de energías, atrevido, resuelto á todo, exigiendo condiciones rigurosas, un duelo serio, muy serio, terrible: su adversario, seguramente, viendo su actitud, le daría explicaciones.

Cogió la tarjeta que había dejado sobre la mesa al sacarla del bolsillo, y la releyó. Ya en el café habíala visto por vez primera, y luego, en el coche que le llevaba á su casa, muchas veces, á cada mechero de gas; pero por más que la miraba y remiraba, sólo decía: JORGE LAMIL: *51, calle de Moncey*.

Estos dos renglones le parecían misteriosos: quería descubrir en ellos, aclarar, mejor dicho, ideas confusas que á su ver encerraban aquellas letras. ¿Jorge Lamil? ¿Quién era ese hombre? ¿A qué se dedicaba? ¿De qué vivía? ¿Por qué miró de tal modo á la señora? ¿No es insufrible que un desconocido turbe nuestra vida cuando se le antoje, porque le plazca de pronto clavar los ojos en una mujer?

Y Gontrán repitió una vez más en alta voz:

—¡Qué hombre tan bestia!

Luego quedó inmóvil, de pie, reflexionando, con la mirada fija en la tarjeta. Una cólera se despertó en él contra la cartulina; una cólera terrible, con la que se mezclaba un extraño sentimiento de malestar. Era estúpido aquello. Clavó un cortaplumas en medio del nombre impreso, como si hubiera dado una puñalada á alguno.

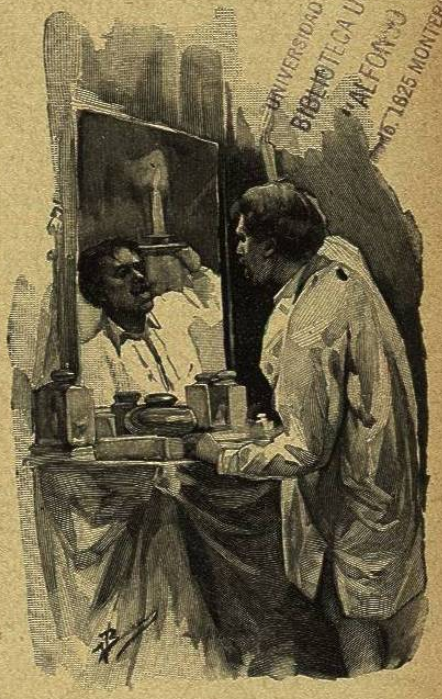
¡No había más remedio que batirse! ¿Eligiría la espada ó la pistola? Pensaba en elegir armas, creyéndose provocado. Con la espada se corre menos peligro; pero eligiendo la pistola tenía más probabilidades de que su adversario cediera, temeroso de ir al terreno en condiciones tan duras. Un duelo á espada no es posible que resulte mortal, porque la prudencia de los combatientes los mantiene á tal distancia, que nunca se produce una herida honda. Con la pistola se corre un inevitable peligro; pero, proponiéndola, se libraría, seguramente, de tan estúpido lance, y su adversario, dando explicaciones, temeroso, le dejaría en buen lugar.

Entonces dijo en alta voz:

—Conviene mostrarse decidido para infundir miedo.

Su propio acento le hizo estremecer y miró en

derredor. Estaba muy nervioso. Bebió nuevamente y comenzó á desnudarse.



Ya en la cama, después de apagar la vela, cerró los ojos.

Y pensaba. «Me queda todo el día para ocuparme del asunto. Puedo aún dormir tranquilamente.»

Tenía calor, se desvelaba. Volviéndose á un lado y á otro no encontraba postura cómoda. Se revolvía como un condenado.

Sintió reseca la garganta. Incorporóse para encender luz y beber agua. Una inquietud le sobrecogió: «¿Tendré miedo?»—se dijo.

¿Por qué su corazón palpitaba con violencia? ¿Por qué todos los ruidos le hacían temblar? Cuan-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" M. 1625 MONTERREY, MEXICO

do el reloj apuntaba una hora, el escape de la campana le producía frío.

Tuvo que abrir la boca; se ahogaba, un peso le oprimía.

«¿Tendré miedo?», repitió.

No; él no podía tener miedo; estaba decidido; él no podía tener miedo, porque su resolución era firme: se batiría; ¡ya lo creo que se batiría!

Pero, sintiendo una turbación profunda, se preguntó:

—¿Es posible tener miedo, cuando no se quiere tener? ¿El miedo vence á la voluntad?

Y le sobrecogió esta duda, esta inquietud, este espanto; si una fuerza más poderosa que su voluntad, una fuerza irresistible, imperante, le dominara, ¿qué sucedería? El estaba seguro de ir al terreno, puesto que lo había decidido. Pero, ¿lo estaba de no temblar? ¿Y si desmayaba? ¿Si perdía el conocimiento? Y se preocupó de su compromiso, de su fama, de su nombre.

De pronto, sintió ansia de levantarse, de mirarse al espejo. Encendió la bujía. Cuando vió reflejado en el espejo su rostro desencajado, apenas lo reconoció; nunca se había visto de tal modo. Sus ojos le parecieron enormes y tristes. Su cutis como la cera. Estaba pálido, muy pálido; amarillo.

Estaba inmóvil, de pie, delante del espejo. Sacó la lengua, como si quisiera enterarse del estado de su salud; y de pronto le hirió, como un balazo, este pensamiento:

—Pasado mañana, á estas horas, acaso estaré muerto.

Y su corazón palpitaba furiosamente.

—Pasado mañana, á estas horas, acaso estaré muerto. Esta imagen que ante mí se refleja, este yo que veo en el cristal, no existirá. ¿Es posible? Ahora me contemplo, sintiéndome vivir, y pasado mañana, á estas horas, mi cuerpo estará echado en esa cama, inmóvil, rígido, muerto, con los ojos cerrados. Frío, muy frío...

Dirigió los ojos hacia la cama, y se vió realmente como decía, tendido, cadáver, con las manos inertes...

Le dió miedo acostarse, y pasó al gabinete para distraerse. Cogió maquinalmente un cigarro, lo encendió y se puso á pasear. Tenía frío; acercóse á la campanilla para llamar á su criado, pero se detuvo cuando tenía ya el brazo levantado para tirar del cordón.

—Notaría que tengo miedo.

Y encendió lumbre.

Sus manos temblaban al tocar los objetos, con

temblor nervioso. Su cabeza se desvanecía, sus pensamientos eran bruscos ó dolorosos, pero tenues y sin consistencia. Sentía una embriaguez extraña, una inseguridad, como si hubiese bebido.

Y se preguntaba sin cesar:

—¿Qué haré? ¿Qué será de mí?

Todo su cuerpo vibraba, sacudido por estremecimientos de angustia. Luego, acercándose á la ventana, abrió las maderas.

Amanecía: un amanecer de verano. El cielo, enrojecido, bañaba en su luz naciente la ciudad y el campo. Un fulgor semejante á una caricia del sol que asomaba, envolvía el despertar de la vida. Y con aquella luz, entró en el alma de Gontrán una esperanza brutal, alegre, avasalladora. ¿Estaba loco, dejándose dominar por el terror antes de que nada se decidiese, antes de que sus padrinos vieran á Jorge Lamil, antes de saber si era forzoso batirse?

Lavóse, vistióse y salió resueltamente.

*
* *

Andando, pensaba:

—Es preciso demostrar energía y resolución; muchas energías; probar que no me apuro, que no temo.

Los padrinos designados por él se ofrecieron á servirle, y después de estrecharle afectuosamente la mano, discutieron las condiciones.

El coronel preguntó:

—¿Desea usted batirse de veras?

Gontrán dijo:

—Muy de veras.

El marqués preguntó:

—¿Tira usted bien á la pistola?

—Sí.

—¿Nos deja en libertad para establecer las condiciones?

Gontrán, con voz seca y entrecortada, articuló:

—Veinte pasos á lo más y guardia baja. Cambiar disparos hasta que resulte un herido grave.

El coronel dijo satisfecho:

—Son condiciones excelentes, y como tira usted bien, son para usted todas las ventajas.

Los padrinos fueron á cumplir su misión, y Gontrán volvió á su casa, donde los aguardaría. Su intranquilidad, vencida un momento, aumentaba de minuto en minuto. Sentía correrle por los brazos, por las piernas, por el pecho, un estremecimiento, una vibración continua; no podía estar quieto, ni de pie, ni sentado. Se le resecaba la boca, y á cada

punto movía ruidosamente la lengua, como para despegarla del paladar.

Quiso desayunarse, pero le fué imposible; no podía tragar. Entonces, pensando en beber para fortalecerse, pidió una botella de ron, tomando, una tras otra, seis copitas.

Un calor, semejante á una quemadura, le abrasaba las entrañas; la cabeza se le aturdía, y pensó:

—Ya tengo el remedio. Esto marcha bien.

Pero al cabo de una hora se había bebido toda la botella, y, sin embargo, su agitación era intolerable. Sentía una loca necesidad de tirarse por el suelo, de gritar, de morder.

Avanzaba la tarde.

Un campanillazo le sofocó de tal modo, que le faltaron fuerzas para levantarse y recibir cortésmente á sus padrinos.

No se atrevió á pronunciar una sola palabra, temiendo que notaran su alteración profunda.

El coronel dijo:

—Aceptadas todas las condiciones que usted propuso. Nuestro adversario reclamaba la condición de ofendido; pero en seguida se ha conformado á todo. Sus padrinos son dos militares.

—Gracias—murmuró Gontrán.

El marqués dijo:

—Excúsenos usted que no le acompañemos un rato; pero aún queda mucho que preparar. Hace falta un médico, pues del combate ha de resultar un herido, y ya sabe usted que las balas no son cosa de juego. Hay que ver á dónde vamos; un sitio que tenga próxima una casa para conducir á la víctima... Los detalles imprescindibles que faltan aún, han de ocuparnos algunas horas.

—Gracias—murmuró segunda vez Gontrán.

El coronel preguntó:

—¿Está usted seguro, tranquilo?

—Sí, muy tranquilo. Gracias.

Los padrinos se retiraron.

Al hallarse de nuevo solo, creyó enloquecer. El criado había encendido luces, y Gontrán fué á sentarse para escribir cartas. Después de escribir en un pliego de papel: «Este es mi testamento», sintiendo una sacudida, se levantó, incapaz de poner en orden sus ideas, de tomar una resolución, de decidir alguna cosa. ¡Batirse! ¡Y no poder evitarlo! ¿Qué le sucedería? Estaba resuelto á batirse; su intención y su resolución eran irrevocables. Y, á pesar de todo, estaba seguro de no tener la fuerza necesaria para ir al campo y ocupar honrosamente su puesto. Imaginaba el combate, su actitud y la de su adversario, y se veía desmayado, inútil, cobarde.

Castañeteaban sus dientes. Quiso distraerse leyendo, y cogió el *Código del duelo*, de Chateauvillard. Luego se hizo esta pregunta:

—Mi adversario, ¿es un tirador? ¿Es persona conocida? ¿Es hombre de posición social? ¿Aristócrata? ¿Cómo saberlo?

Recordó que tenía un libro del barón de Vaux, donde figuraban los nombres de todos los buenos tiradores de Francia. Lo examinó, sin encontrar citado á Jorge Lamil. Pero si ese hombre no estuviera seguro de su puntería, no hubiese aceptado inmediatamente el arma exigida en condiciones tan duras.

Abrió una caja de Gastinne Renette y sacó una de las pistolas. Perfilándose como si fuese á tirar, levantó el brazo. Pero temblaba de pies á cabeza y hacía oscilar el cañón de la pistola.

Observándolo, se dijo:

—Es imposible. No me puedo batir así.

Miró á la boca del cañón—el pequeño agujero profundo que vomita muertes—pensando en su deshonra, en las murmuraciones humillantes de los casinos, en las burlas irónicas de los salones, en el desprecio de las mujeres, en las reticencias de los periodistas, en los insultos de los cobardes.

Miraba la pistola, y levantando el gatillo, descubrió el pistón, brillante como un clavo puesto al rojo. Estaba cargada, por casualidad, por olvido, y esto le produjo un goce inexplicable y extraño.

Si él no mantuviese ante su adversario la correc-

ta y noble actitud necesaria en tales ocasiones, quedaría perdido para siempre. Sería tachado, señalado con un signo de infamia y arrojado como un vil de «su mundo». La correcta y noble actitud indispensable no la conservaría; lo sospechaba. No. Era una seguridad más que una sospecha; ¡no la conservaría! Y, sin embargo, no le daba miedo la muerte; de su decisión era imposible dudar. Pero...

El pensamiento que imaginó fué interrumpido por una resolución instintiva, y, abriendo la boca,

se hundió en ella bruscamente hasta la garganta el cañón de la pistola, y disparó...

Al entrar su criado, atraído por la detonación, le halló muerto. Un chorro de sangre había salpicado el papel en que poco antes Gontrán escribía:

«Este es mi testamento...»

EL BORRACHO

SOPLABA tempestuoso y frío el viento Norte, arrastrando inmensas nubes, pesadas y negras, que arrojaban á su paso chaparrones furiosos.

El mar, picado y revuelto, mugía y azotaba la costa, lanzando sobre la orilla olas enormes, lentas y espumantes, que iban á estrellarse contra las rocas, produciendo un ruido semejante al de un cañonazo. Llegaban suavemente, con majestad, unas tras otras, engrosando hasta parecer montañas movibles, haciendo saltar de sus crestas amenazadoras la blanca espuma semejante al sudor de un monstruo.

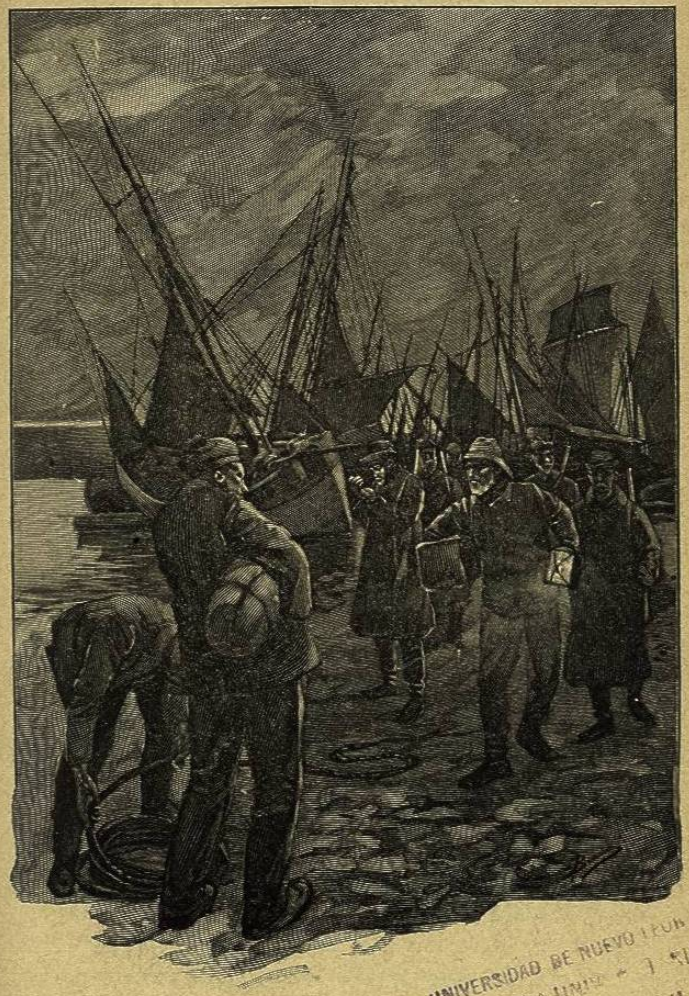
El huracán se precipitaba en el reducido valle de Yport, silbando y gimiendo, arrancando las pizarras de los cobertizos, destrozando los aleros, derribando las chimeneas, barriendo las calles con ráfagas

tan espantosas, que para defenderse contra ellas y no dejarse arrastrar era preciso agarrarse á las paredes. Así lo hacían los pocos hombres obligados á salir de su casa. Los chiquillos hubieran sido impulsados como las hojas secas por encima de los edificios, y arrojados por algún remolino en las acequias dormidas que forman los linderos de los campos.

Habían internado las barcas de pesca más allá de sus habituales refugios, hacia el pueblo, temiendo que las desamarrasen los furores del agua cuando subiese la marea; y algunos pescadores, á cubierto bajo el vientre de sus barcas, puestas de costado, contemplaban aquella cólera del cielo y del mar.

Luego fuéronse retirando poco á poco. La noche hacía más terrible la tormenta envolviendo en su obscuridad el Océano enfurecido y todo el estrépito de los irritados elementos.

Dos hombres quedaron aún allí, con las manos en los bolsillos, la gorra de lana metida hasta las orejas, encorvados para resistir mejor los impulsos del huracán; eran dos corpulentos pescadores normandos, con sotabarba de pelo áspero, con la piel abrasada por las emanaciones y las salpicaduras del agua salada, con los ojos azules que tenían en su centro un punto negro, esos ojos perspicaces de la



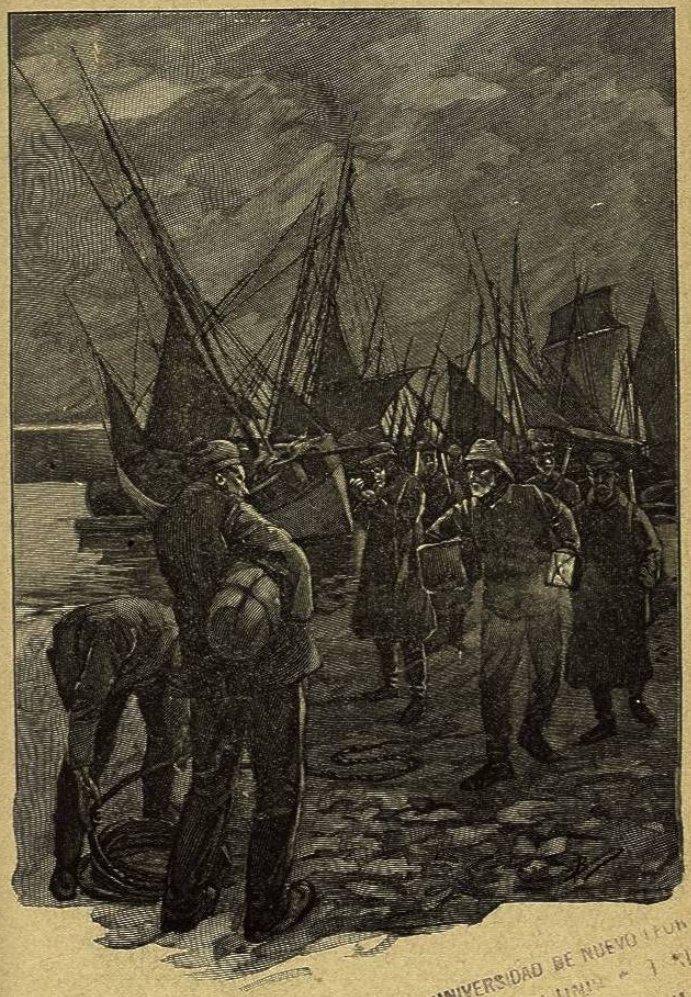
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

tan espantosas, que para defenderse contra ellas y no dejarse arrastrar era preciso agarrarse á las paredes. Así lo hacían los pocos hombres obligados á salir de su casa. Los chiquillos hubieran sido impulsados como las hojas secas por encima de los edificios, y arrojados por algún remolino en las acequias dormidas que forman los linderos de los campos.

Habían internado las barcas de pesca más allá de sus habituales refugios, hacia el pueblo, temiendo que las desamarrasen los furores del agua cuando subiese la marea; y algunos pescadores, á cubierto bajo el vientre de sus barcas, puestas de costado, contemplaban aquella cólera del cielo y del mar.

Luego fuéronse retirando poco á poco. La noche hacía más terrible la tormenta envolviendo en su obscuridad el Océano enfurecido y todo el estrépito de los irritados elementos.

Dos hombres quedaron aún allí, con las manos en los bolsillos, la gorra de lana metida hasta las orejas, encorvados para resistir mejor los impulsos del huracán; eran dos corpulentos pescadores normandos, con sotabarba de pelo áspero, con la piel abrasada por las emanaciones y las salpicaduras del agua salada, con los ojos azules que tenían en su centro un punto negro, esos ojos perspicaces de la



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
APDO. POSTAL 1625 MONTERREY, MEXICO

gente de mar, que penetran hasta los más lejanos horizontes, como los de un ave de rapiña.

Uno dijo:

—Vámonos ya, Jeremías. Nos entretendremos jugando al dominó. Te convido.

El otro dudaba, tentado por el juego y por el aguardiente, seguro de que saldría luego borracho de la taberna de Paumelle, y contenido por el recuerdo de su mujer, que se hallaba sola en su casucha.

Objetó:

—Parece que has apostado á emborracharme todas las noches, y haces lo posible para conseguirlo. Dime, ¿qué ganancia es la tuya, puesto que siempre pagas tú el gasto?

Y reía, pensando en todo aquel aguardiente sorbido á expensas de otro; reía con la satisfacción propia de un normando que saca provecho.

Mathurin, su camarada, llevábale cogido por un brazo, arrastrándole y convenciéndole á la vez:

—Vamos, Jeremías, vamos allá. No hace noche para entrar en casa con el vientre frío; hay que darle algo que lo reanime. ¿Por qué te paras á pensar? ¿Qué temes? ¿No es mejor que te acuestes más tarde, cuando tu mujer te haya calentado la cama?

Jeremías insistió:

—La otra noche no me fué posible dar con la

puerta de mi casa.. Me caí al arroyo y tuvieron que pescarme por la mañana. Estuve durmiendo en el barro ¡tan ricamente!

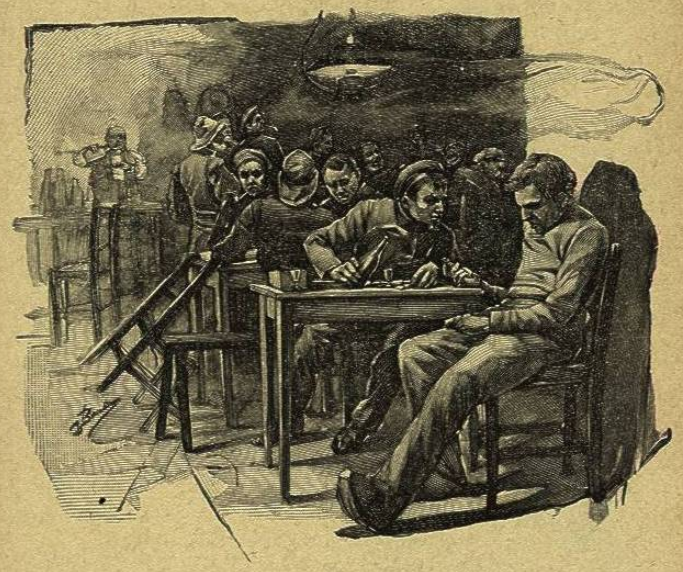
Y alegrándose con aquel recuerdo, que le hacía reir, dejábase arrastrar suavemente hacia la taberna de Paumelle, cuyos cristales brillaban transparentando la luz del interior. Mathurin le llevaba cogido por un brazo, y el viento empujábale también en aquella dirección. Jeremías era incapaz de resistir contra dos fuerzas tan poderosas.

La tienda estaba llena de marineros, de humo y de algazara. Todos aquellos hombres, vestidos con trajes de lana y apoyando los codos en las mesas, vociferaban para hacerse oir.

A medida que iban llegando más parroquianos, era más la bulla, pues á las voces de todos uníanse los ruidos que producían las fichas de dominó, empujadas violentamente contra el mármol de las mesas. La cuestión estribaba en hacer el mayor estruendo posible.

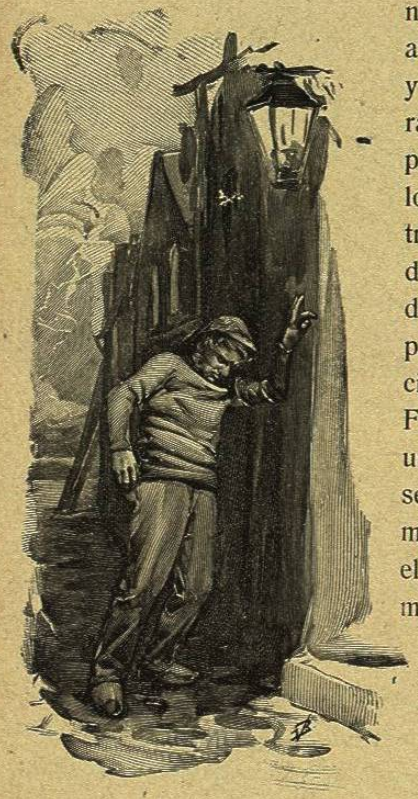
Jeremías y Mathurin buscaron un rincón para sentarse y dieron principio á la partida; trago á trago iba desapareciendo á cada punto el contenido de los vasos y se vaciaba la botella.

Jugaron mucho y bebieron más. Mathurin llenaba los vasos en cuanto los veía vacíos, proponiendo



que los vaciaran de un sorbo así que los tenía llenos; volviéndose hacia el tabernero, le guiñaba un ojo con disimulo, y el tabernero—un hombre grandón y coloradote - sonreía y gesticulaba, como si estuviera en el secreto de alguna broma convenida. Jeremías volcaba en su estómago vasos y más vasos de alcohol, meneando la cabeza, riendo á carcajadas, con risas que más bien parecían rugidos, mirando á su compadre con expresión estúpida y satisfecha.

Íbanse retirando los clientes, y cada vez que alguno abría la puerta para salir, entraba en la taberna una ráfaga de aire frío que agitaba y deshacía las espirales de humo de las pipas y balanceaba los quinqués de petróleo suspendidos del techo por cadenas, produciendo parpadeos y oscilaciones en la llama. Fuera, oíase crujir una ola estrellándose contra la costa, mientras bramaban el huracán y la tormenta.



Jeremías, con el cuello de la camiseta desabrochado, tomaba ya ciertas actitudes de beodo, estirando una pierna y dejando caer á plomo un brazo mientras con el otro seguía jugando al dominó. Ya estaban solos con el tabernero los dos amigos, cuando aquél se acercó á la mesa, muy solícito, y preguntó á Jeremías:

—¿Cómo va eso? ¿Te sientes bien? ¿Te vas refrescando á fuerza de líquido?

Y Jeremías tartamudeó:

—Sí, sí... está bien... Tenía mucha sequedad... en la barriga...

El tabernero, mirando á Mathurin con expresión maliciosa, dijo:

—Y tu hermano, Mathurin, ¿qué hace á estas horas?

El marinero, con más ganas de reir que de hablar, contestó:

—No tiene frío sin duda, estará bien caliente, bien contento; no te apures por él.

Y los dos fijaron á un tiempo los ojos en Jeremías, que, triunfalmente, colocaba el doble seis, diciendo:

—¡Ahí está la más negra!

Cuando hubieron terminado la partida, el tabernero insinuó suavemente:

—Os dejo solos, muchachos, mientras yo voy á ver si están muy frías las sábanas. Bien. Os queda un quinqué y un litro de aguardiente. Lo que necesitáis. Cuando sea vuestra hora y os queráis ir, ce-

rrarás la puerta con llave por fuera, y echarás la llave por debajo del postigo, como lo hiciste la otra noche.

Mathurin respondió:

—Puedes irte á descansar tranquilo. Ya estoy enterado.

El tabernero se despidió de sus rezagados clientes, dándoles á los dos la mano, y encaramóse muy despacio por la escalerilla de madera. Durante algunos minutos, oyéronse resonar sus pisadas en el piso de arriba; luego un crujido estruendoso indicó seguramente que su pesada humanidad habíase desplomado sobre la cama.

Los dos marineros continuaron jugando al dominó. De cuando en cuando, una ráfaga más poderosa del huracán sacudía la puerta y azotaba el muro silbando con rabia. Los dos jugadores volvían la cabeza, como si creyesen que alguien iba á entrar. Luego Mathurin, alzando la botella del aguardiente, llenaba el vaso de Jeremías.

De pronto sonaron doce campanadas en el reloj que lucía su esfera sobre la pared, en lo alto, detrás del mostrador. Sus roncas vibraciones parecían choques de cacerolas y se prolongaban mucho, con una sonoridad penetrante.

Mathurin se levantó, dispuesto á retirarse como

un marinero que ha terminado su hora de guardia, y dijo:

—Vámonos ya, Jeremías; larguémonos de aquí. Es tarde.

Jeremías incorpórose difícilmente, buscó el equilibrio apoyando las manos en la mesa; luego dirigióse á la calle dando traspiés, mientras el otro apagaba la luz.

Cuando estuvieron los dos á la intemperie, Mathurin cerró la taberna, y echando la llave por debajo del postigo, despidióse del otro diciendo:

—Hasta mañana. Que descanses.

Y desapareció entre las tinieblas de la noche.

***

Jeremías dió tres zancadas, luego se tambaleó; extendiendo los brazos pudo apoyarse á tiempo en una pared, y sosteniéndose á duras penas avanzó como pudo, de milagro, sin medir el suelo con las costillas. Con frecuencia, una ráfaga de viento, enfilando por la estrecha calle, le impulsaba, le hacía correr algunos pasos; luego, cuando la racha cesaba, el beodo se detenía en seco, buscando su aplomo para no caer de bruces, inseguro y vacilante sobre sus piernas temblorosas.

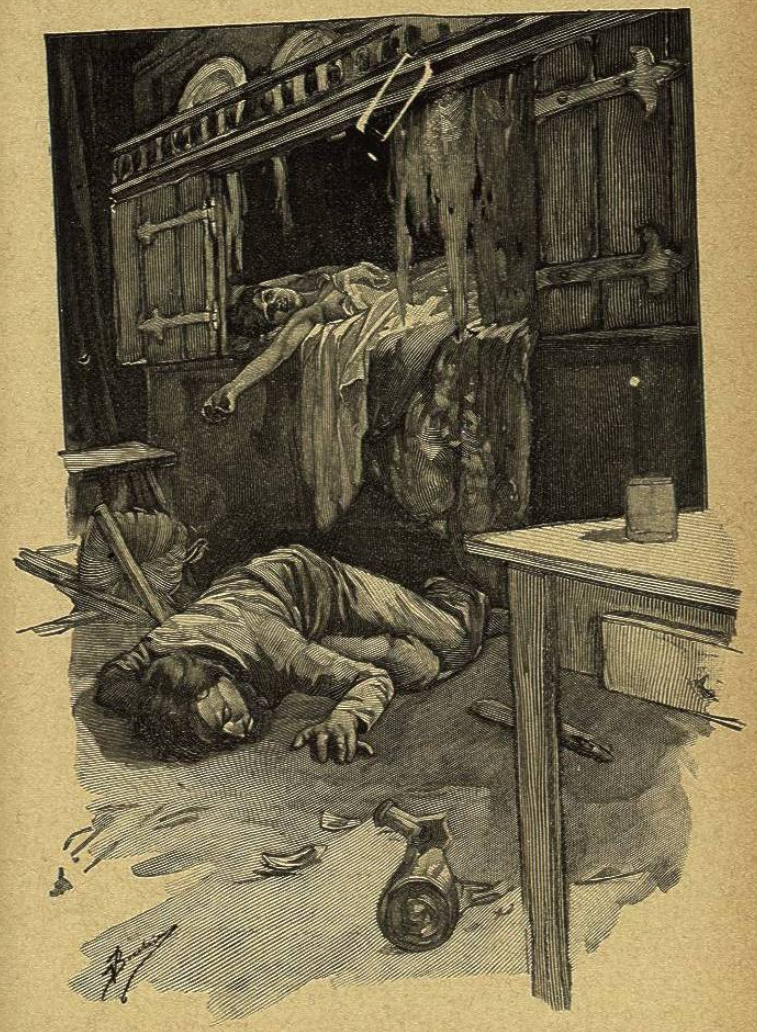
Dirigióse hacia su casa instintivamente como los pájaros van hacia su nido. Al cabo, reconociendo su puerta, comenzó á palparla, queriendo encontrar á tientas la cerradura y meter en ella la llave. Como no lo conseguía, renegaba entre dientes, y acabó dándose por vencido, golpeando las maderas y llamando á su mujer á voces:

—¡Melina! ¡Eh! ¡Melina!

Con los golpes, cada vez más fuertes, y al impulso de su peso, la puerta cedió, y Jeremías, perdiendo el punto de apoyo, entró en su casa de cabeza, desplomándose, dando con las narices en mitad de la estancia; y sintió que algo se le venía encima, que alguien tropezaba en él, pisándole y huyendo, perdiéndose afuera entre la obscuridad nocturna.

No se movió, sin embargo; el miedo le tenía sujeto, sin fuerzas, angustioso; el miedo al diablo, á los aparecidos, á los duendes, á todas las misteriosas visiones de las tinieblas; y aguardó, sin atreverse á intentar ningún movimiento. Pero como nada se movía en torno suyo, recobró alguna reflexión: la reflexión perturbada y borrosa de los borrachos.

Incorporándose á duras penas, cambió de postura; sentóse, procurándose alguna comodidad, y después de aguardar en silencio mucho rato, sobreco-



gido por el misterio que le rodeaba, se atrevió á decir:

—¡Melina!

Su mujer no le respondió.

Entonces, de pronto, una duda, una imagen terrible cruzó el turbio cerebro del borracho; una sospecha indecisa, vaga. No se movió; quedóse pensativo, sentado en el suelo, buscando entre tanta obscuridad una idea luminosa, y agarrándose á reflexiones incompletas, vacilantes como sus pies.

Luego dijo:

—¿Quién ha salido, Melina? ¿Quién estaba cuando yo entré? Dímelo. No temas; dímelo. No te pego. Dímelo.

Insistía, pero ninguna voz se alzaba en la sombra para responderle. Y después de un silencio, aguardando inútilmente una respuesta, prosiguió sus reflexiones en voz alta:

—¡He bebido mucho! ¡Estoy borracho! El me ha emborrachado expresamente; ¿por qué goza emborrachándome? ¿Por qué me arrastra, por qué me convida todas las noches? ¿Por qué me hace jugar, por qué me hace beber, por qué paga todo el gasto? Sí; lo hace para que yo no vuelva, para que no entre sereno en mi casa, para que no vea, ni oiga, ni reflexione... Sí, ¡estoy borracho!

Y luego insistió en sus primeras preguntas:

—¿Quién ha salido cuando yo entraba, Melina? ¿Quién viene cuando yo no estoy? Si no me lo dices, Melina, te arrepentirás; ¡te juro que te arrepentirás!

Después de aguardar nuevamente silencioso, prosiguió, con esa lógica lenta y obstinada, característica de los borrachos:

—Me retiene con engaños en la taberna del maldito Paumelle, me hace jugar, me hace beber todas las noches para que no vuelva temprano á casa... ¡Oh! ¡Miserable! ¡Carroña! Es vuestro cómplice.

Despacio se puso de rodillas en el suelo. Una cólera irritante le invadía y aumentaba la turbación de su borrachera.

Muchas veces repitió furioso:

—Dime quién ha venido, Melina; dime quién viene cuando yo no estoy; dímelo, si no quieres que yo haga un disparate; ¡dímelo!

Estallaba de cólera, como si todo el alcohol absorbido se inflamara de pronto en su venas. Levantóse, dió un paso, tropezó en una silla, la cogió, y al avanzar le servía de apoyo. Acercóse á la cama, palpó sobre las ropas, reconociendo que allí estaba su mujer, arrebujada, caliente, satisfecha.

Entonces, loco de rabia, exclamó:

—Si estás aquí ¡perra maldita¡ ¿por qué no respondes?

Y enarbolando la silla que tenía fuertemente asida, su brazo robusto la impulsó con verdadera furia sobre los jergones.

Oyóse un grito angustioso, desgarrador. Y el marinero comenzó á golpear sobre la cama, como un trillador en la era. Ya nada se movía; los barrotes de la silla volaron deshechos; pero agarrado á un pie de la mujer, el borracho seguía dándole sin descanso.

Al fin se detuvo para preguntar:

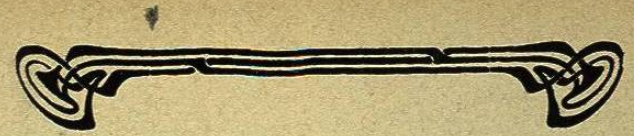
—¿Quieres decirme ahora quién ha salido? ¿Quién viene cuando yo no estoy?

Tampoco esta vez obtuvo respuesta.

Pero estaba fatigado por el esfuerzo, embrutecido por la violencia, y dejándose caer en el suelo, tumbóse y durmió.

Al amanecer, un vecino, viendo abierta la puerta, entró.

Jeremías roncaba tranquilamente, los barrotes de la silla estaban desparramados por la estancia y sobre los jergones veíase un hacinamiento confuso de carnes desgarradas y de ropas teñidas en sangre.



LA MANO

Todos rodeaban al señor Bermutier, juez de instrucción, que refería el suceso misterioso de Saint-Cloud. Aquel inexplicable crimen, aterrando á París, no era comprendido por nadie.

El señor Bermutier, de pie, apoyado en la chimenea, hablaba, comentando las varias opiniones, aduciendo pruebas, pero sin deducir afirmación alguna.

Varias señoras habíanse levantado para oirle mejor, de más cerca, y clavaban los ojos en los afeitados labios del juez, aplicando al mismo tiempo el oído á sus graves palabras. Estremecíanse, vibraban ansiosas, con la insaciable y ávida curiosidad que nos hace apetecer emociones terroríficas y angustiosas.

Una de las que le rodeaban, más emocionada que las otras, dijo, aprovechando un silencio:

—Es inverosímil y espantoso. Parece realizado por una fuerza sobrenatural. Nunca sabremos lo que hubo.

El juez, dirigiéndose á ella, prosiguió:

—Es probable que nunca lo descubramos, pero no porque haya en el suceso nada sobrenatural. Es un crimen vulgarísimo, aunque hábilmente preparado y dispuesto de modo que no dejara huellas. Hay crímenes de otra especie, señora, en que se duda si pudo intervenir un poder misterioso y fantástico. Yo sumarié hace tiempo uno, que nos vimos obligados á dejar por falta de informes que pudieran aclararlo.

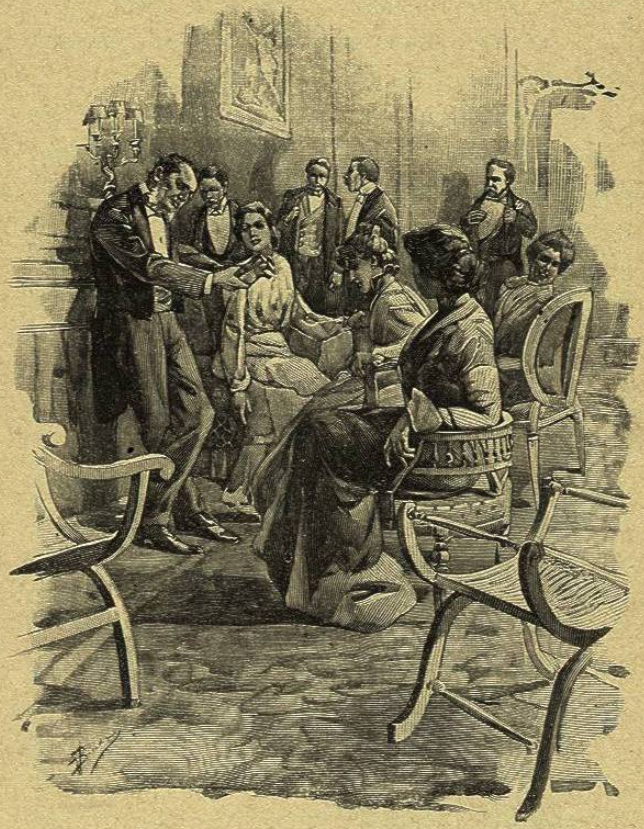
Varias señoras exclamaron á la vez, y tan rápidamente que sus voces se confundieron en una sola voz:

—¡Cuéntelo! ¡Cuéntelo!

El señor Bermutier sonrió gravemente, como debe sonreir un juez de instrucción, y dijo:

—No imaginen ustedes que yo pude suponer un solo instante la existencia de algo sobrehumano en la singular aventura que voy á referirles. Creo nada más en las causas y leyes naturales. Por eso, en vez de la palabra «sobrenatural», para designar lo que se resiste á nuestra comprensión, emplearé la palabra «inexplicable». Las circunstancias que

rodearon el suceso eran la causa principal del interés, del asombro que producían. Empezaré, y ustedes juzgarán:



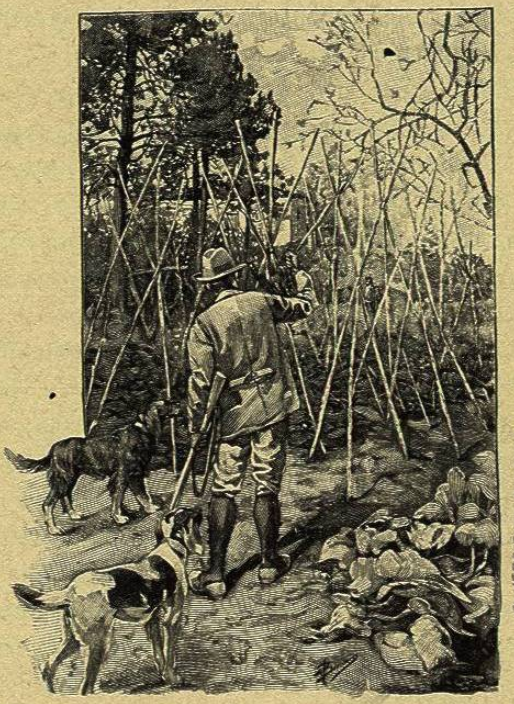
»Yo era entonces juez de instrucción en Ajaccio, pequeña ciudad, limpia y blanca, recostada en la curva de un admirable golfo rodeado por altas montañas.

»Lo que allí me daba mayor trabajo eran las «vendetta», muchas de las cuales aparecían dramáticas, feroces ó heroicas. Allí encontré los más extraños y hermosos motivos de venganza que se puedan imaginar; seculares odios, apaciguados un tiempo, jamás extinguidos: engaños terribles, asesinatos que tomaban el carácter de verdaderas degollinas ó de acciones gloriosas. En dos años, apenas oí hablar de otra cosa más que del valor de la sangre, de la terrible opinión que obliga fieramente á vengar cualquiera injuria sobre la persona que la infirió y sobre sus descendientes y allegados. Vi sacrificar á los abuelos, á los parientes lejanos, á los amigos de los ofensores; tenía la cabeza llena de tales historias.

»Un día supe que un inglés acababa de instalarse, alquilándola por muchos años, en una elegante casita situada en lo más resguardado del golfo. Le acompañaba un criado francés, al cual, de paso en Marsella, tomó á su servicio.

»Pronto fué una preocupación para la gente aquel extraño personaje que vivía solo y sin más ocupa-

ciones que la caza y la pesca. No hablaba con nadie, no entraba siquiera en la ciudad, y cada mañana, ejercitábase tirando al blanco un par de horas, con pistola ó carabina.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

»Comenzaron las habladurías y se hicieron mu-

chos comentarios. Unos, le suponían elevado personaje, huído por cuestiones políticas de su patria; otros afirmaban que se recogió allí después de cometer un crimen espantoso. Todos citaban detalles verdaderamente horribles.

»Por mi carácter de juez de instrucción, me creí obligado á procurarme los antecedentes de aquel hombre; pero me fué imposible descubrir lo más mínimo.

»Se hacía llamar Jhon Rowell.

»Yo le tenía muy vigilado; pero, en realidad, nunca supe que hiciera nada sospechoso.

»Las murmuraciones continuaban, aumentando sin cesar, agigantándose; ya intervenía en ellas la ciudad entera. Me resolví á entablar amistades con el inglés, y para conseguirlo, salí de caza todos los días, frecuentando los alrededores de su propiedad.

»Aguardé una ocasión favorable, y se presentó al cabo de algún tiempo en forma de perdiz, que tiré y maté en las propias barbas del misterioso personaje. Mi perro la cobró, y recogiéndola, me acerqué, rogando al dueño de la finca donde cayó la pieza que se dignase aceptarla y perdonar mi abuso.

»Jhon Rowell era un hombre alto y fornido, algo así como un hércules tranquilo y correcto, con las

barbas y los cabellos rojos. No asomaba en sus modales la tirantez británica, y agradeció vivamente mi atención. Al cabo de un mes yo había conseguido hablar con Rowell cinco ó seis veces.

»Al fin una tarde, al pasar frente á su puerta, le vi á horcajadas en una silla de su jardín, fumando tranquilamente. Le saludé y me invitó á entrar para que bebiéramos un vaso de cerveza. No me hice repetir la invitación.

»Mostró en atenderme y servirme toda la cortesía inglesa; me habló con elogio de Francia, y me dijo que le agradaba mucho aquella tierra de Córcega y aquel golfo á donde se había retirado.

»Aproveché la ocasión para preguntarle con todas las precauciones convenientes, y como una fórmula discreta, noticias de su pasado y de sus proyectos.

»Me contestó abiertamente, sin turbarse ni vacilar un momento, que había viajado mucho por Africa, por las Indias y por América, y añadió, riendo:

»—He corrido muchas aventuras en todas partes.

»Luego hablamos de asuntos de caza, y me dió curiosos detalles acerca de la del hipopótamo, de la del tigre, de la del elefante y hasta de la caza del gorila.

»Yo dije:

»—Son temibles todos esos animales.

»El, sonriendo, contestó:

»—El más terrible animal es el hombre.

»Y soltó la risa franca y ruidosa; una risa inglesa, prosiguiendo:

»—También he cazado al hombre.

»Me habló de armas, invitándome á entrar para que viese las que allí tenía.

»El salón estaba tapizado de negro; de seda negra bordada en oro. Grandes flores amarillas, diseminadas en el obscuro fondo, brillaban como si estuvieran encendidas.

»Rowell me indicó:

»—Son tejidos japoneses.

»En el centro de una pared atrajo mi atención un objeto extraño; sobre un cuadro de terciopelo rojo destacábase una cosa negruzca. Me acerqué y vi que aquéllo era una mano; una mano de hombre. No el esqueleto, sino toda la mano, con sus uñas amarillas, los músculos y los huesos partidos, la sangre seca. Parecía cortada con violencia, en redondo, con un hacha, más arriba del puño, el cual estaba sujeto con una enorme cadena, remachada y soldada, incrustada en el objeto que oprimía sujetándole al muro con una fuerte argolla; todo ello pudiera esclavizar á un elefante.

»Yo pregunté:

»—¿Qué significa esto?

»El inglés respondió tranquilamente:

»—Fué mi enemigo mayor. La traje de América. La desprendí en seco de un sablazo; le arranqué la piel con una piedra cortante y la tuve al sol ocho días. ¡Oh! Muy bien.

»Toqué aquel despojo humano, que debió pertenecer á un coloso. Las falanges de los dedos, desmesuradamente largos, estaban sostenidas por gruesos tendones. Era una mano espantosa, despellejada, y hacía suponer alguna venganza salvaje.

»Dije:

»—¿Sería muy forzudo su dueño?

»El inglés pronunció suavemente:

»—Sí; pero yo lo era más. Le sujeté con esa cadena.

»Me pareció que bromeaba, y añadí:

»—Ahora, la cadena ya es inútil; la mano sola no podría escaparse.

»Jhon Rowell dijo gravemente:

»—Sí; ha querido escaparse. La cadena es necesaria.

»Con una rápida mirada le observé, pensando:

»—¿Será loco este hombre ó será un bromista?

»Pero nada vi en su rostro impenetrable, tranquilo y bondadoso, que me sacara de mis dudas. Ha-

blamos de otra cosa, examinando las escopetas.

»Reparé que sobre distintos muebles había tres revólvers cargados, lo cual indicaba claramente que vivía el inglés muy prevenido contra un ataque violento, que sin duda esperaba.

»Varias veces le visité. Luego, satisfecha la curiosidad, suspendí mis visitas. Con el tiempo se habían acostumbrado todos á verle, y nadie se preocupaba ya de hacerle objeto de conversaciones.

***

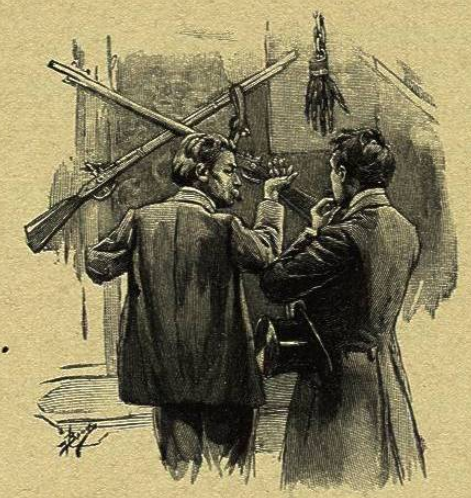
»Pasó un año. A fines de Noviembre, una mañana me dijeron al despertarme, que habían asesinado á Jhon Rowell durante la noche.

»A la media hora entré, acompañado por el capitán de gendarmes y un actuario, en la casa donde residía el inglés. El criado, sumido en el mayor desconsuelo, lloraba junto á la puerta. Sospeché al pronto de aquel hombre; pero me convencí de su inocencia.

»No fué posible hallar las huellas del culpable.

»Al entrar en la sala vi á Rowell tendido en el suelo. Tenía el traje en desorden y una manga desgarrada, lo cual era prueba evidente de que hubo lucha.

»El inglés había muerto estrangulado. Su rostro estaba ennegrecido y abotagado, y su expresión era la de un espanto irresistible. Apretaba entre sus dientes un cuerpo extraño; su cuello, en el cual se



marcaban cinco heridas, que parecían hechas con cinco clavos de hierro, estaba cubierto de sangre. Al llegar el médico, examinó detenidamente las huellas de la mano criminal, y pronunció estas palabras misteriosas:

»—Diríase que le ha estrangulado un esqueleto.

»Sintiendo, al oirlas, que todo mi cuerpo sufría

una conmoción, fijé los ojos en el sitio donde me sorprendió en otro tiempo ver una mano despellejada y seca.

»No estaba ya; y la cadena, rota, colgaba de su argolla.

»Inclinándome sobre el cadáver, observé que tenía en la boca un dedo de aquella mano desaparecida, cortado por la presión de los dientes en la segunda falange.

»Abrimos el sumario. No se descubrió nada. Ninguna cerradura forzada, ninguna puerta, ninguna ventana que indicasen un camino. Todo estaba en su estado normal.

»En resumen, el criado no dijo más que lo siguiente:

«Hacía un mes que mi amo se mostraba intranquilo. Había recibido muchas cartas, que al punto quemaba en la chimenea.

»Frecuentemente, cogiendo un látigo, en un acceso de cólera, semejante á una furiosa locura, golpeaba la mano clavada en la pared, y desprendida, no se sabe cómo, á la hora del crimen.

»Se acostaba muy tarde y cerraba la puerta con muchas precauciones. Tenía siempre un revólver al alcance de su mano. Con frecuencia, de noche, hablaba en alta voz, como si disputase con alguno.

»En la noche del crimen, precisamente, no había hecho ningún ruido, pareciendo muy sosegado.»

»Al abrir las ventanas, por la mañana, fué cuando el criado vió á Rowell muerto.

»No sospechaba de nadie.

»Pusimos en movimiento la gendarmería, los polizontes y los tribunales de toda la isla; se hizo una información minuciosa. Nada se averiguó.

»Pero una noche, á los tres meses de realizado el crimen, tuve una horrible pesadilla. Me pareció ver la mano, la espantosa mano, corriendo como un escorpión ó como una araña á lo largo de los cortinajes y las paredes. Me desperté, me tranquilicé, y al dormirme de nuevo, el repugnante despojo me obsesionaba, corriendo por mi cuarto sirviéndose de sus dedos como de unas patas.

»Al día siguiente me la llevaron, habiéndola encontrado en el cementerio sobre la tumba de Jhon Rowell, de cuya familia y antecedentes nada se averiguó tampoco.»

* * *

Las mujeres, pálidas y descompuestas, vibraban

estremecidas. Una dijo, al enterarse de que la historia estaba terminada:

—Pero, ¿no hay un desenlace, una explicación?

Y el juez, sonriendo con severidad, repuso:

—No quisiera yo, señoras mías, destruir con suposiciones el efecto que produce á ustedes la fantasía misteriosa del suceso. Yo, sencillamente, imagino que el hombre á quien pertenecía la mano clavada, no estando muerto, fué á recogerla, vengándose. ¿Cómo lo hizo? Eso ya no lo sé.

Una de las que le oían, murmuró:

—No es posible; alguien le hubiera visto.

Y el juez, sonriendo siempre, dijo:

—Ya sospechaba yo que no convencería mi solución.

EL DESHEREDADO

I

HABÍA conocido tiempos más felices, á pesar de su miseria y de su desventura.

A los quince años, un coche le rompió las dos piernas Desde entonces pordioseaba constantemente, arrastrándose por los caminos y por las calles, balanceado por sus muletas, que le habían levantado los hombros hasta las orejas. Su cabeza parecía hundida entre dos

montañas. Expósito, encontrado en una zanja por el cura de Billeter la víspera del día de difuntos, fué bautizado por este motivo con el nombre de Nicolás Todos los Santos; mantenido por la caridad, permaneció extraño á toda instrucción, lisiado después de haber bebido unas copas de aguardiente—ofrecidas por un panadero para emborracharle y reirse un poco del infeliz—, y desde entonces, vagabundo, sin medio alguno para ganarse un pedazo de pan, sólo sabía tender la mano.

II

En algún tiempo, la baronesa de Avary le consentía que durmiese metido en una especie de nicho, lleno de paja, junto al gallinero, en la masía más próxima de su residencia señorial; allí estaba seguro de hallar en los días de hambre un pedazo de pan y un vaso de vino. Con frecuencia recibía también algunos céntimos, arrojados por la ilustre señora desde lo alto de la escalera ó desde una ventana. Pero al morir la baronesa todo acabó.

En los pueblos apenas le socorrían, viéndole demasiado; aburrió á las gentes paseando sus andrajos y sus muletas y su cuerpo deforme, durante cuarenta años, por toda la comarca. Sin embargo, él no se iba, por no conocer sobre la tierra más que aquel rincón, aquellos tres ó cuatro caseríos donde arrastró su vida miserable. Había puesto fronteras á su mendicidad, y nunca hubiera rebasado sus límites.

Ignoraba si el mundo se extendía más allá de los

árboles que siempre limitaron su horizonte. Ni lo pensó jamás. Y cuando los campesinos, hartos de verle siempre junto á sus labores ó metido en las zanjas, le decían: «¿Por qué no vas á otros pueblos en lugar de arrastrarte siempre aquí?», alejándose, no respondía, sobrecogido por un confuso temor á lo ignorado, un temor de miserable á quien todo espanta: los rostros desconocidos, las miradas recelosas de los transeuntes y los gendarmes que van de dos en dos por los caminos, á los cuales huía por instinto, hundiéndose, para evitarlos, entre las malezas ó detrás de las rocas.

Al verlos á distancia, relucientes bajo el sol, cobraba de pronto el miserable una agilidad de monstruo que le permitía buscar al punto un escondrijo. Se descolgaba de sus muletas, dejándose caer como un harapo; y haciéndose una bola, reducíase, como una liebre recogida en su cama, confundiéndose con la tierra.

Nunca tuvo que ver con ellos; pero no le abandonaba su temor, como si lo llevara en la sangre, como si lo hubiera recibido en herencia de sus padres, á los que no conoció nunca.

III

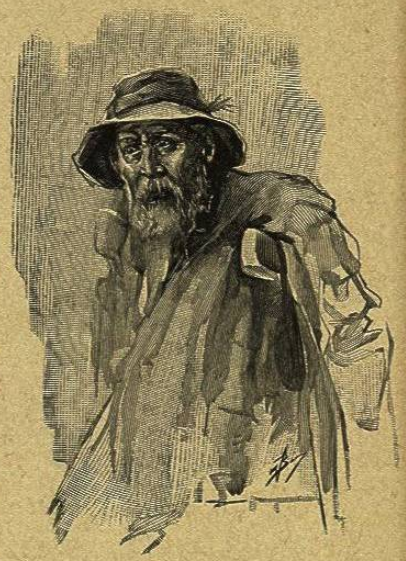
No tenía refugio, ni techo, ni cabaña, ni abrigo. Dormía en cualquier parte; en invierno y en verano se deslizaba en los pajares y en los establos con una destreza notable, y escapaba siempre antes de que notase alguno su presencia. Conocía los agujeros para entrar en los cercados, y habiendo robustecido sus brazos el uso de las muletas, trepaba por la pared á los depósitos de forrajes, y allí permanecía oculto á veces una semana, después de recoger en una correría suficientes provisiones.

Vivía como los animales montaraces; á nadie trataba ni tenía cariño á nadie; los campesinos le miraban con una especie de hostilidad resignada y con un desprecio amortiguado. Le apodaban *Campana*, por sus balanceos entre las muletas, como las campanas entre los dos pilares que las apoyan.

Pasó dos días en ayunas, porque nadie le dió nada, decidiéndose todos á librarse de su presencia.

Los campesinos, desde sus chozas, le gritaban:

—¡Quieres irte, sinvergüenza! ¡No vuelvas á pordiosear aquí!



Daba media vuelta y se iba de un salto á otra parte, donde le recibían de igual modo.

Las mujeres decían, asomándose á las puertas:

—No es posible mantener á ese granuja todo el año.

Y, sin embargo, el miserable necesitaba comer todos los días.

IV

Había recorrido casi toda la comarca, sin recoger ni un céntimo, ni un mendrugo; esperaba conseguir algo en Tournolles; pero había dos leguas de camino por la carretera y estaba fatigado á más no poder, con la tripa tan vacía como el bolsillo.

Sin embargo, se puso en marcha.

Era en Diciembre; un viento frío corría por el campo, silbando en las ramas desnudas, y las nubes galopaban á través de un cielo sombrío, precipitándose hacia un lugar ignorado. El inválido avanzaba lentamente, con penoso esfuerzo. De vez en cuando sentábase á descansar algunos minutos en la cuneta. El hambre le hacía sufrir, entristeciendo su alma, confusa y abatida. Sólo tenía una idea: «comer»; pero no sabía por qué medio.

Durante más de tres horas padeció en aquel interminable camino; al fin, viendo los árboles del

pueblo, la esperanza le dió ánimo y aceleró sus movimientos.

El primer campesino á quien se dirigió, pidiéndole una limosna, le dijo:

—¿Ya estás aquí otra vez? ¿Nunca nos veremos libres de ti?

Y *Campana* se alejó. De puerta en puerta vióse rechazado; echábanle de todas partes y no le socorrían. Continuó, sin embargo, su expedición, paciente y obstinado. No consiguió ni un céntimo, ni un mendrugo.

Recorrió los cortijos, andando á través de las tierras húmedas, á tal extremo extenuado, que apenas podía levantar las muletas. Le despedían en todas partes.

Era un día frío y triste, uno de los días en que los corazones se cierran, las imaginaciones se irritan, las almas se obscurecen y las manos no se abren para socorrer.

Cuando hubo hecho su visita y recorrido todas las casas, fué á sentarse junto al corralón del señor Chiquet. Descolgóse de sus muletas y estuvo largo rato inmóvil, torturado por el hambre y demasiado embrutecido para comprender su horrible miseria.

Esperaba, sin saber qué; le sostenía la vaga esperanza, que no se pierde casi nunca. Esperaba, junto

al corralón, el socorro misterioso que se aguarda siempre del cielo ó de los hombres, sin pensar cómo, ni por qué, ni por dónde puede llegar.

Pasaron por delante del infeliz unas gallinas negras, buscando su alimento entre la tierra, que da vida á todos los seres.

A cada instante picaban un grano, un insecto invisible, y luego proseguían su rebusca lenta y minuciosa.

Campana las veía, sin pensar en nada; luego le surgió, más en el vientre que en el cerebro, una sensación revestida con apariencia de idea, revelándole que uno de aquellos animalitos resultaría muy apetitoso, asado en una lumbre de leña seca.

No sospechó que proyectaba un robo. Cogió una piedra y, arrojándola con acierto, mató una gallina. El animalito cayó, agitando las alas; huyeron las otras, balanceándose al correr, y *Campana,* encaramándose de nuevo en sus muletas, avanzó para cobrar su caza, con movimientos parecidos á los de las bestias que le huían.

Cuando se inclinaba para recoger el cuerpecillo negro, salpicado con sangre, recibió una embestida que le hizo soltar las muletas y caer de narices. Y el señor Chiquet, exasperado, golpeando, pateando el cuerpo del inválido, que no podía defenderse,

daba en él como lo hace un labriego al verse robado.

La gente del cortijo asomó á ver lo que ocurría, y todos ayudaron al dueño para moler al mendigo.

Cuando se hartaron de golpearle, resolvieron meterle en la leñera, mientras avisaban á la gendarmería.

V

CAMPANA, medio muerto, ensangrentado, estuvo allí toda la tarde, toda la noche, toda la mañana, sin que nadie le diera de comer. El hambre le devoraba.

Los gendarmes llegaron al medio día y abrieron la puerta con precaución, temiendo hallar alguna resistencia en el preso, pues el señor Chiquet sostuvo que fué atacado por el miserable, y que difícilmente se pudo defender.

El cabo gritó:

—¡Vaya! ¡De pie!

Pero á *Campana* le fué imposible moverse, por más que hizo para lograrlo. Los gendarmes creyeron que todo era fingido, una vil astucia de malhechor, y los dos hombres armados, maltratando al infeliz, lo pusieron sobre sus muletas.

El miedo le sobrecogió, ese miedo instintivo de los conejos hacia el cazador y de los ratones al gato,

y, haciendo esfuerzos más que humanos, consiguió sostenerse.

—¡Andando!—le dijo un gendarme—¡Andando!

Todos los criados y jornaleros del cortijo le vieron marchar. Las mujeres le amenazaban con el puño, los hombres le injuriaban; al fin le habían cogido; ya se verían libres de aquel importuno.

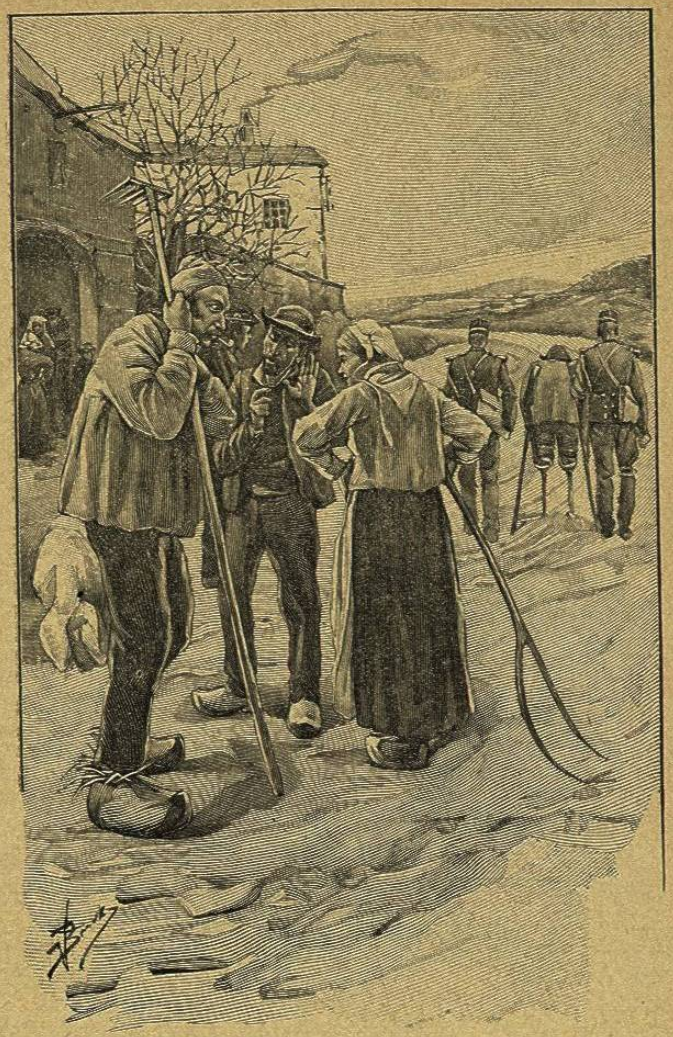
Y el pobre se alejó entre los dos gendarmes, hallando la energía desesperada, imprescindible, para seguir arrastrándose y sosteniéndose hasta la noche, sin darse cuenta de lo que le ocurría, de sobra espantado para comprender nada.

Las gentes que le hallaban, detenían se para verle pasar, murmurando:

—¡Es algún ladrón!

A hora muy avanzada llegaron á la capital; nunca el miserable fué tan lejos. No comprendía lo que le pasaba, ni lo que podía pasarle. Todas aquellas cosas terribles, imprevistas, aquellos rostros desconocidos, aquellas casas nuevas para él; todo le consternaba.

No habló; nada se le ocurría, ignorante de todo. Además, después de tantos años de no hablar á nadie, casi había perdido el uso de la palabra, y sus pensamientos eran muy confusos para encontrar su expresión.



Le llevaron á la cárcel. A nadie se le ocurrió que podría tener hambre, y no le dieron de cenar.

Cuando al día siguiente fueron á buscarle para que sufriera el primer interrogatorio, le hallaron muerto.

¡Qué sorpresa!

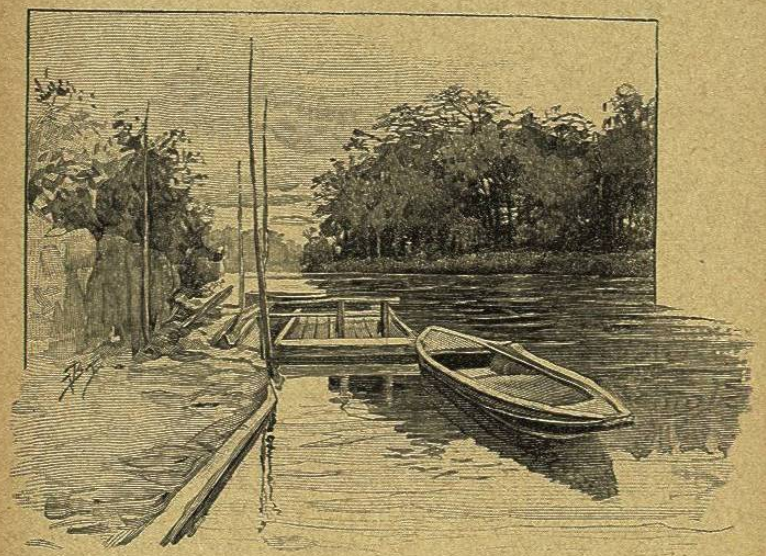
UN PARRICIDA

El defensor alegaba la demencia de su cliente. ¿Cómo explicar de otro modo un crimen tan extraño?

I

Habían aparecido una mañana en un cañaveral dos cadáveres abrazados, una mujer y un hombre, personas distinguidas y de brillante posición, jóvenes aún y recién casados, ella en segundas nupcias, habiendo permanecido viuda el tiempo justo que marcan las leyes.

No se les conocían enemigos. El móvil del crimen tampoco era el robo. Sin duda los arrojaron al río después de atravesarlos con un estilete.



Las diligencias del proceso no daban luz ninguna. Los barqueros interrogados no habían visto nada; iban á sobreseer la causa, cuando un joven, ebanista de un pueblo cercano, que se llamaba Jorge-Luis, apodado *El Burgués*, presentóse como autor del hecho.

A todas las preguntas dió la siguiente respuesta:

—Conocí al hombre hace dos años; á la mujer hace seis meses. Con frecuencia me llevaban muebles antiguos para que los restaurase.

Y cuando le preguntaron:

—¿Por qué motivo los asesinó?

Limitóse á contestar:

—Los asesiné porque decidí asesinarlos.

Y no hubo manera de arrancarle otras declaraciones.

Aquel mozo era, sin duda, un hijo natural, enviado á casa de una mujer que fué su nodriza luego abandonado. Se llamaba solamente Jorge-Luis, y como se mostraba inteligente, revelando gustos y delicadezas instintivas que le distinguieron de los otros niños, le llamaron *El Burgués*, y por este apodo le conocían. Tenía fama de ser hombre de provecho en su oficio; era también algo tallista; se le tenía por muy exaltado, partidario de las doctrinas comunistas y hasta nihilistas; muy devoto de novelas de aventuras, de relatos y dramas terribles; elector influyente y orador hábil en las reuniones públicas de obreros y campesinos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

II

El defensor alegaba la demencia de su cliente. ¿Cómo si no admitir que un obrero estimable asesinara sin más ni más á dos personas acaudaladas que le favorecían? El acusado confesaba que siempre fueron generosos con él, y sus liquidaciones hacían constar que le dieron en dos años trabajo por valor de 3.000 francos.

Una sola explicación parecía en aquel caso aceptable: la locura, la idea fija del pobre desheredado que se venga en dos burgueses de todos los burgueses; y el abogado hizo entonces una muy hábil alusión al apodo *El Burgués*, dado por el pueblo al niño abandonado, y exclamaba:

—Esta ironía, ¿no debió influir también y exaltar al desdichado mozo que no pudo conocer á sus padres? Ardiente republicano, ¿qué digo?; es más que republicano, porque pertenece al partido que la República fusilaba y deportaba no hace mucho y ahora recibe con los brazos abiertos; á ese partido, para el cual es el incendio un principio y el asesinato un recurso natural, esas tristes doctrinas, proclamadas en reuniones públicas, han perdido á ese hombre. Oyó á los republicanos pedir la sangre de Gambeta; hubo hasta mujeres que peroraban en tal sentido; ¡la sangre de Gambeta, la sangre de Grevy! Su espíritu enfermo se trastornó, y también pedía sangre, sangre de burgués. No debemos condenar á este hombre; debemos condenar al verdadero culpable de sus extravíos: ¡á la Commune!

Oyéronse murmullos de aprobación. Comprendíase que tenía el abogado la opinión de su parte, y el fiscal no replicaba.

Entonces el presidente hizo al acusado la pregunta de costumbre:

—¿Tiene que añadir algo el acusado á la defensa?

El hombre se levantó. Era bajo, muy rubio, con ojos grises, fijos y brillantes. Una voz fuerte, franca y sonora salía de aquel cuerpecito, y cambió muy bruscamente á las primeras palabras el concepto que todos habían formado.

Hablaba con altivez, declamando tan claramente, que la menor palabra se hacía oir en el rincón más apartado.

III

SEÑOR presidente: yo no quiero ir á una casa de locos; prefiero la guillotina. Diré la verdad.

»Asesiné al hombre y á la mujer, porque eran mis padres.

»Una señora tiene una criatura y la manda á un pueblo, y la entrega á una nodriza. Y es condenado un ser inocente á la miseria implacable, á la vergüenza irredimible de su nacimiento ilegítimo; aún más, á la muerte; porque le abandonan; porque la nodriza, dejando luego de recibir su pensión mensual, puede abandonar al hambre y á la muerte la criatura que le confiaron.

»Pero la mujer que me crió era honrada; más honrada, más generosa, más digna, más madre que mi adre. Y me conservó á su lado, educándome, cumpliendo á fuerza de sacrificios un deber de humanidad. Hizo mal; es mejor dejar morir á los infelices

arrojados á las aldeas desde las capitales, como se arroja la basura al arroyo.

»Crecí con la sensación vaga de mi deshonor. Los niños que jugaban conmigo me llamaron expósito un día, sin saber lo que significaba ese nombre, oído en sus casas á sus padres. Yo tampoco lo sabía, y me hizo daño.

»Era yo entonces—no hay motivo para callarlo—uno de los más inteligentes en la escuela. Hubiera sido un hombre honrado; tal vez un hombre superior, si mis padres no cometieran el crimen de abandonarme.

»Y este crimen se cometió contra mí. Yo era la víctima, y ellos los culpables. Yo estaba indefenso, y ellos eran despiadados y crueles. Obligados á tenerme cariño, me abandonaban.

»Les debía la vida—¿la vida es un regalo que ha de agradecerse?—La mía fué una desventura. Después de su vergonzoso apartamiento, sólo quedaba entre mis padres y yo la venganza. Ellos realizaron contra mí el acto más inhumano, más infame y monstruoso que puede realizarse.

»Un hombre injuriado, maltratado, robado, puede recuperar lo perdido á fuerza de fuerzas. Un hombre burlado, engañado, martirizado, ¡mata!; un hombre abofeteado, ¡mata!; un hombre deshonrado, ¡mata! Yo

fuí más robado, más engañado, martirizado, abofeteado moralmente, más deshonrado que todos aquellos á los cuales absolvéis.

»Me vengué; maté: ¡mi derecho era legítimo! He destruído su vida feliz, para cobrarme de la vida horrible que me habían impuesto.

»¿Habrá quien me llame parricida, siendo ellos los que me arrojaron de sí como una carga odiosa, los que me veían con terror, como una infamia, los que me aceptaron como una calamidad, y me ocultaron como una vergüenza? Buscaban placeres egoístas, y viendo sus placeres interrumpidos por una criatura, suprimieron la criatura. Yo, á mi vez, los he suprimido á ellos.

»Y, sin embargo, hace poco tiempo estuve aún decidido á perdonar.

»Hace dos años—ya lo dije—mi padre fué á mi casa por vez primera. Yo estaba ignorante de todo. Encargóme dos muebles. Más tarde supe que se había informado por el cura, encargando el secreto.

»Volvió con frecuencia. Me hacía trabajar bastante, y me pagaba bien. A veces, entreteníase hablando conmigo de cualquier asunto. Yo me aficioné á su conversación.

»Al principio de este año, me llevó á su mujer: mi madre. Al entrar la señora temblaba tanto, que la

creí víctima de una dolencia nerviosa. Luego me pidió una silla y un vaso de agua. No me dijo más; contemplaba los muebles con inquietud y contestaba con monosílabos á las preguntas que le hacía el hombre. Cuando se fueron, la creí algo perturbada.

»Volvió al cabo de un mes. Estaba más tranquila, más dueña de sí. Aquel día permanecieron mucho rato en mi casa, y me hicieron encargos de consideración. La vi tres veces aún, sin adivinar lo que ocurría. Pero una tarde, la mujer me habló de mi vida y de mi niñez... me preguntó por mis padres. Yo la dije: «Mis padres, señora, eran unos miserables que me abandonaron.» Entonces ella, llevándose las manos al corazón, cayó desmayada. Yo pensé de pronto: «¡Es mi madre!» pero no lo dí á entender. Quise aguardar á que hablasen ellos.

»Y me informé de todo. Supe que se habían casado en Julio, y que mi madre había enviudado algún tiempo antes. Murmurábase que se amaron en vida del primer marido; pero no había prueba cierta. Era yo la prueba que faltaba; la prueba que primero quisieron ocultar y luego destruir.

»Yo aguardaba. Ella volvió una tarde, siempre con el hombre; volvió, al parecer, muy conmovida; ignoro por qué. Al irse, me dijo: «Estimo á usted, porque le creo un excelente muchacho, muy trabajador;

si no tiene usted novia, es de suponer que pronto la tenga y piense casarse; quiero contribuir á su felicidad, poniéndole ahora en condiciones de elegir libremente á su gusto la compañera de su vida. Yo me casé una vez contra mi gusto, y sé cuánto padecí. No tengo hijos y soy rica, libre, dueña de mi fortuna. Tome usted un dote.

»Y me ofreció un sobre grande lacrado.

»La miré fijamente y dije:

»—¿Usted es mi madre?

»Retrocedió tres pasos, cubriéndose los ojos con las manos para no verme, y el hombre, sosteniéndola, exclamó: «¡Está usted loco!»

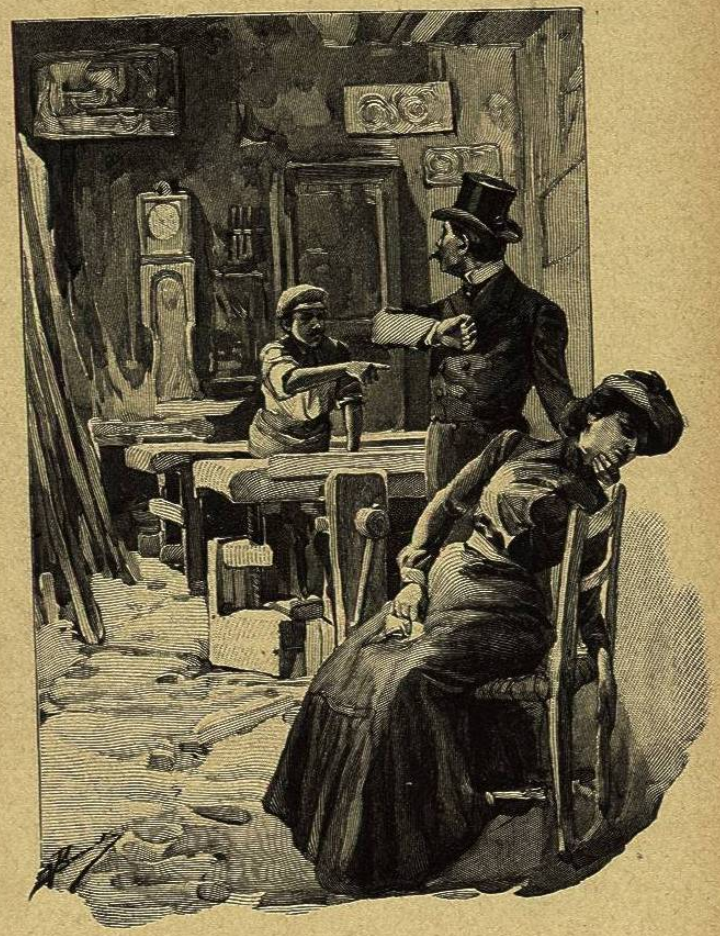
»Entonces le contesté:

»—No estoy loco; sé que son ustedes mis padres... Ya no es posible sostener el engaño. Confiésenlo y guardaré el secreto; no les pediré cuentas, y seguiré siendo lo que soy: un ebanista.

»Retrocedió hacia la salida, sosteniendo en sus brazos á la mujer que lloraba. Corrí á cerrar la puerta y guardándome la llave, continué:

»—Mírela cómo llora, cómo teme, y dígame aún que no es mi madre.

»Al oirme se alborotó, palideciendo, aterrado por el escándalo que amenazaba, que podía estallar de pronto, y pensando que su consideración,



su buena fama, su honor, peligraban, balbuceó:

»—Es usted un canalla, que aprovecha una oportunidad favorable para explotarnos. ¡Qué lección recibimos! ¡Haga usted bien, sea usted generoso con esta gentuza! ¡Socórrales! ¡protéjales!

»Mi madre, repetía enloqueciendo:

»—Vámonos, vámonos, vámonos...

»Como la puerta seguía cerrada, el hombre gritó:

»—¡Si no abre usted en seguida, le haré llevar á la cárcel por estafa y violencia!

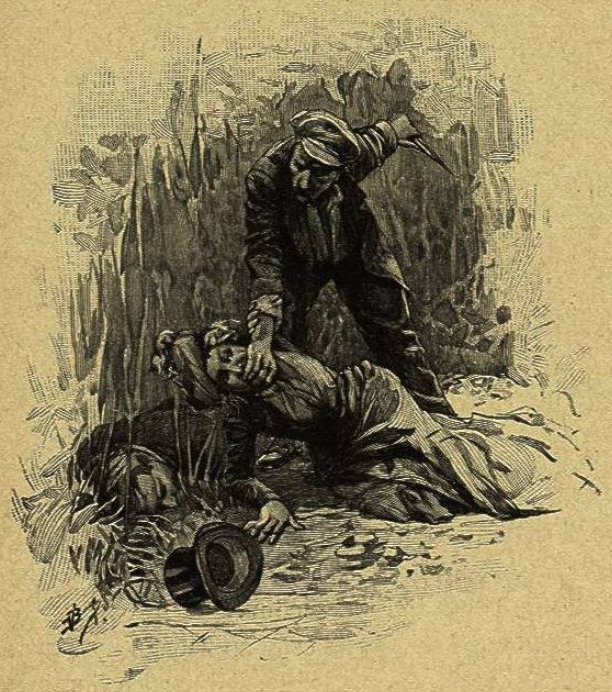
»Yo estaba sereno, tranquilo, dueño de mí. Abriendo la puerta, miré luego cómo se alejaban y se hundían en la sombra de la noche.

»Parecióme de pronto que me quedaba más huérfano, más abandonado que nunca; me sentí arrojado á la calle; una tristeza espantosa, mezclada con odio, con ira, con asco, me invadió; rebelábase y conmovíase todo mi ser; un deseo de justicia, rectitud y honor, me impulsaba. Corrí para encontrarlos hacia la orilla del Sena, siguiendo el camino que conduce á la estación de Chatou.

»Los alcancé. La noche estaba obscura; iba yo á paso de lobo; no podían oirme. Mi madre lloraba; mi padre repetía:

»—Tuya es la culpa. ¡Ese afán de verle! Una insensatez, ocupando la posición que ocupamos. De-

bimos favorecerle desde lejos y sin que nos conociera jamás... No pudiendo reconocerle, ¿á qué obedecían tantas visitas peligrosas?



»Entonces avancé, saliéndoles al encuentro, suplicante:

»—Confiesen ustedes que son mis padres. Me

abandonaron una vez. ¿Me rechazarán ahora?

»El hombre alzó la mano contra mí—lo juro por mi honor, señor presidente—me golpeó, y al cogerle yo por la solapa, sacó un revólver.

»Lo vi todo rojo; la sangre me cegó; no sé lo que hice; llevaba un compás en el bolsillo, y herí, herí; castigué con rabia, como pude.

»Mi madre gritaba: «¡Socorro! ¡Asesino!» arrancándome la barba. Según dicen, la maté como al otro. No sé nada, no supe lo que hacía en aquel momento.

»Viéndolos á los dos en tierra, los arrojé al río, sin reflexionar.

Ahora, que me juzguen los hombres honrados.»

***

Volvió á sentarse. Ante aquella revelación, quedó suspenso la sentencia.

Si fuésemos jueces, ¿condenaríamos á semejante parricida?

LA CRIATURA

LEMONNIER se había quedado viudo con un hijo. Durante los años de su matrimonio, consagró á su esposa un cariño fanático, ciego, una ternura sin igual, un amor exaltado, sin desfallecimientos, creciente de día en día. Era un hombre bondadoso y honrado, sencillo, muy sencillo, sin doblez alguna; sincero hasta la exageración, sin desconfianzas y sin malicias.

Enamorándose de una vecina suya, bastante necesitada, la pidió en matrimonio y se casó con ella. Era dueño Lemonnier de un comercio de telas muy bien acreditado; ganaba dinero, tenía fama de rico; y á pesar de todo, ni siquiera sospechó que la muchacha le aceptase por interés, creyéndola gustosa de unirse á un hombre honrado y bueno.

Ella supo hacerle feliz. Lemonnier vivía sólo para

ella, pensando á todas horas en ella, mirándola sin cesar con ojos de adorador humilde y prosternado. Mientras comían tropezaba en todo á cada instante, cometiendo repetidas torpezas y estropicios; por no apartar ni un instante sus miradas, fijas en el adorado rostro de la mujer, echaba el vino en los manteles y el agua en el salero; y al darse cuenta, reía como un simple, repitiendo:

—Te quiero demasiado; el cariño me ciega; sólo verte me agrada, y por tener puestos en ti los ojos hago muchas torpezas; tropiezo en todo, me olvido de todo. No importa.

Ella sonreía, con expresión tranquila y resignada. Luego, sintiéndose fatigada por la insaciable adoración de su marido, procuraba distraerle provocando cualquier conversación, haciéndole hablar de algo que no fuera su apasionamiento. Pero él, cogiéndola una mano por encima de la mesa, la oprimía suavemente, murmurando:

—¡Juanita mía! ¡Encanto mío! ¡Amor mío!

Ella, impacientándose al fin, acababa diciendo:

—¡Vaya! Estate quieto; sé razonable. Come y déjame comer en paz.

Lemonnier suspiraba y partía con los dientes una corteza de pan que iba mascando lentamente.

Durante los cinco primeros años, aquel matrimonio feliz no tuvo hijos. Luego, cuando menos lo esperaban ya, ella quedó embarazada. Fué un goce delirante para el marido, el cual no hubiera querido apartarse ni un momento de su mujer durante los meses últimos del embarazo; pero la criada, una vieja que sirvió en su mocedad á la madre de Lemonnier, y que habiéndole conocido y cuidado mucho cuando era niño tenía con él cierto ascendiente, le hacía salir algunas veces á la fuerza, para que tomase un poco el aire.

*
* *

Lemonnier había intimado mucho con un caballero, buen mozo, que había conocido á Juana desde que la vistieron de largo y era oficial primero en las oficinas de la Prefectura.

El señor Duretour, comía tres veces por semana en casa de los señores de Lemonnier, llevando ramos de flores á la señora y á veces un palco de teatro. Con frecuencia, el bondadoso Lemonnier, sumergído en su propia dicha, enterneciase á los postres, y dirigiéndose á su mujer, exclamaba:

—Con una compañera como tú y un amigo como él, soy perfectamente dichoso. ¿Qué puedo ambicionar en la tierra?

Ella murió de sobreparto, él estuvo también á punto de morirse de tristeza y desesperación; pero la existencia del niño le infundió alientos; parecióle que la criatura, crispada y quejumbrosa, reclamaba su auxilio.

Le quiso de todo corazón, apasionada y dolorosamente, con un cariño lastimado y triste, donde palpitaba el recuerdo imborrable de la muerta, y en el cual también sobrevivía, consolándole á veces, algo de su amor inextinguible. Aquella criatura, era carne de su esposa, una prolongación de aquel ser desaparecido, una quintaesencia de su Juana. Era su propia vida retoñando en otro cuerpo; Juana murió para que la criatura existiera.

Y el padre le besaba con ansia, con delirio.

Pero aquel niño había matado á la mujer encantadora y adorada; el retoño para vivir había marchitado el tronco, alimentándose á sus expensas, robándole toda su vida...

Y pensando en esto, el señor Lemonnier dejaba el niño en la cuna, sin acariciarle más, contemplándolo de cerca, sentándose junto á él.

Así pasaba horas y horas, con los ojos fijos en la criatura, imaginando mil pensamientos, dolorosos unos, consoladores otros, dulces ó amargos, risueños ó tristes.

Cuando el niño dormía, inclinando la cabeza sobre la cuna, el padre lloraba, humedeciendo con su llanto las ropas que lo envolvían.

***

El niño iba creciendo. El padre no podía vivir sin verlo constantemente. Le vestía, le lavaba, le hacía comer, le sacaba de paseo; era su constante preocupación.

También el señor Duretour parecía querer de veras al niño, mimándole, regalándole, acariciándole mucho, con verdaderos arranques de ternura, con frenesí paternal. Y le llevaba en brazos; le montaba en sus rodillas haciéndole saltar á las voces de «¡Arre, caballo; arre!»; le destapaba de pronto echándole sobre sus rodillas, y besaba las piernas rosadas, rollizas y suaves del muñeco.

El señor Lemonnier, encantado, murmuraba:

—¡Da un gusto! ¡Es tan precioso! ¡Tan precioso!

Y el señor Duretour, oprimía entre sus brazos á la criatura, haciéndole cosquillas en el cuello con los bigotes.

Sólo Celeste, la criada vieja, no parecía tenerle mucho apego. La exasperaban las manifestaciones apasionadas é incesantes de los dos hombres y la

pusieron fuera de sí las travesuras del niño en cuanto llegó á la edad en que todos las hacen.

Y exclamaba:

—¡Cómo le están educando entre los dos! ¡Bueno saldrá con tanto mimo!

Pasaba el tiempo y al cumplir nueve años, Juanito apenas sabía leer y sólo hacía su gusto, no habiendo junto á él una voluntad que se le impusiera. Tenía obstinaciones tenaces, resistencias inconcebibles, iras rabiosas. El padre cedía siempre, concediéndoselo todo. El señor Duretour compraba y llevaba sin cesar los juguetes deseados por el capricho de la criatura, y le hartaba de pasteles, de caramelos, de toda clase de golosinas.

Celeste, indignándose al verlo, exclamaba:

—Es una vergüenza, señor; es una vergüneza lo que hacen ustedes. Por su culpa, ese niño será un desdichado; por su culpa, sí, señor; ustedes tendrán la culpa; sí, señor. Pero, esto no puede seguir así; yo no me resigno á verlo; y si continúa, tomaré una resolución muy pronto; sí, señor; se lo aseguro; tomaré una resolución; acaso antes de lo que usted imagina.

El señor Lemonnier contestaba sonriendo:

—¡Vaya! Tú sabrás lo que haces. Le quiero tanto, que no sé contradecirle. Por lo demás, cuando te

disguste mi manera de vivir, eres libre para resolver lo que te plazca.

* * *

Juanito enfermaba, debilitándose, y el médico diagnosticando en la criatura una devoradora y temible anemia, recetó preparados de hierro, carne cruda y caldos de gallina.

Pero al niño le gustaban solamente las golosinas, negándose á tomar toda clase de alimento restaurador; y el padre, desesperado, le atracaba de pasteles de chantillí ó de crema, y de bizcochos bañados con chocolate.

Una noche, hallándose ya sentados á la mesa el padre y el hijo, Celeste puso la sopera sobre los manteles, con un gesto de aplomo y despreocupación casi provocativa que nunca tuvo hasta entonces. Destapó la sopera y metiendo el cucharón, dijo:

—Vea un caldo riquísimo, como no lo han tomado nunca; el niño no tendrá más remedio que resignarse á que se lo dé ó decidirse á que le guste.

Y el señor Lemonnier, aterrado, bajó la cabeza, comprendiendo que aquel desplante de la criada traería cola.

Celeste sirvió sopa en un plato y lo puso delante del señor.

Lemonnier probó una cucharada y dijo:

—En verdad, es una sopa excelente.

La criada sirvió entonces otro plato y lo puso delante de Juanito. Echándose atrás, cruzóse de brazos y aguardó.

Juanito bajó la cabeza, olió la sopa, y como si le repugnase tenerla cerca, empujó el plato con un gesto desapacible, articulando una interjección desagradable:

—¡Pfuuu!

Celeste, palideciendo de coraje, acercóse bruscamente, cogió la cuchara, la llenó de sopa y se la hizo tragar al niño á viva fuerza.

El niño se atragantó, escupió, tosió, estornudó, chilló, y al fin, agarrando el vaso que tenía delante y revolviéndose con furia, se lo tiró á la criada. Entonces la mujer, descompuesta y rabiosa, le sujetó la cabeza, obligándole á tomar cucharada tras cucharada, toda la sopa que había en el plato. El niño escupía, manoteaba, gesticulaba, se retorcía sofocado, angustioso, encendido, como si fuese á morir estrangulado.

Lemonnier quedóse al pronto inmóvil, dominado por la sorpresa, no habiendo previsto, ni por asomo,

aquel accidente. Luego, levantándose furioso, cogió á la criada por el cuello empujándola contra la pared, con rabia de loco y balbuceando:

—¡Fuera de mi casa!... ¡Fuera de aquí!... ¡Animal!... ¡Vete!... ¡Vete al punto!...

Pero ella, repuesta en un instante, se libró de sus manos, y con el peinado caído, la cofia colgando á la espalda y los ojos encendidos, gritó:

—¿Qué repente le ha dado? ¿Qué significa esto? ¡Me maltrata porque obligo á la criatura, porque le hago tomar á la fuerza un caldo substancioso! Usted le mata con tanto mimo y con tantas golosinas.

Lemonnier, agitado, tembloroso de pies á cabeza, repetía furiosamente:

—¡A la calle!... ¡Animal!... ¡Fuera de mi casa!... ¡Vete!...

Y entonces la mujer, descompuesta, acercándose á él, mirándole provocativa frente á frente, balbuceó estas palabras:

—Pero... ¿es posible... que me trate usted así?... ¿Es posible... que yo lo tolere?... ¡Ah! ¡No!... ¡y mil veces no!... Y el motivo... ¡Eso es lo que me indigna más!... ¡El motivo es... un mocoso, un intruso, que ni siquiera es hijo de usted!... ¡No!... ¡No es hijo de usted!... ¡No lo es!... ¡No ló es!... ¡Todos lo saben!... ¡Todos lo dicen!... ¡Y usted lo ignora!... Pregúntese-

lo usted al tendero... al carnicero... al panadero... A todos... á todos...

Tartamudeaba, enloquecida por su cólera; después calló, y sus ojos continuaban clavados en Lemonnier, anonadándole, sosteniendo sus atrevidas revelaciones.

Lemonnier, no chistaba ni se movía, lívido, macilento, con los brazos caídos. Al cabo de unos ins-

tantes, balbuceó con la voz angustiada, temblorosa, débil, en la cual vibraba sin embargo la emoción terrible, formidable, que le tenía sobrecogido:

—¿Qué dices?... ¿Qué dices?... Pero... ¿qué dices?

Ella continuó en silencio. Aterróla de pronto la expresión que se reflejaba en el rostro de Lemonnier. Este avanzaba despacio, repitiendo:

—¿Qué dices?... Pero... ¿tú sabes lo que dices?

Entonces ella respondió, ya calmada:

—Yo digo lo que sé; lo que saben todos.

Lemonnier levantó las dos manos, arrojándose contra la mujer con un impulso brutal, furioso, decidido á castigarla; pero Celeste, aunque vieja ya, era robusta y ágil. Deslizóse, huyéndole, corriendo en torno de la mesa, y nuevamente dominada por la ira, vociferaba:

—¡Mírele!... ¡Si basta mirarle!... Por muy estúpido que usted sea, verá en él un retrato del señor Duretour... ¡Mírele!... Su corte de cara, su nariz, sus ojos... ¿Tiene usted esos ojos? ¿Tiene usted esa nariz? ¿Y el cabello? ¿Se ha fijado en el color del cabello?... ¡Cuando yo le digo que todos lo advierten .. que todos lo comentan... que todos lo saben...! Todos menos usted. ¡Usted! El hazme reir de cuantos le conocen... ¡Mírele!

Y al pasar junto á la puerta, empujóla y salió corriendo.

Juanito, aterrado, quedóse inmóvil, con los ojos fijos en la sopera.

***

Al cabo de una hora, la vieja se acercó al comedor, muy despacio y sin hacer ningún ruido, para enterarse de lo que sucedía. El niño, después de haber devorado los pasteles, un plato de crema y otro de peritas en dulce, metía la cuchara de sopa en un tarro de almíbar.

Lemonnier había salido.

Celeste cogió al niño en brazos, y sin decir ni una palabra, llevándolo á la alcoba, le acostó. Luego, volvió al comedor, quitó los platos, alzó el mantel, y lo puso todo en orden, desasosegada, inquieta.

No se oía ningún ruido en la casa: ni el más pequeño murmullo. Acercóse la vieja, de puntillas, al cuarto del señor; no se oía nada. Miró por el ojo de la cerradura, y le vió sentado á su mesa, escribiendo tranquilamente.

Volvió á la cocina y quedóse aguardando, sentada, previendo que allí ocurriría cualquier cosa imprevista y dispuesta desde luego á todo lo que fuese necesario.

Durmióse, y era ya de día cuando se despertó.

Como de costumbre, hizo el arreglo de la casa, barrió, aireó, sacudió los muebles en varias habitaciones, y á las ocho próximamente, preparó el desayuno del señor Lemonnier.

Pero, ya con el café servido, aún dudaba, no

atreviéndose á entrárselo, temerosa con razón de que la hiciese un mal recibimiento. Resolvióse á esperar que la llamara. La campanilla no sonó. En cambió sonaron las horas. Las nueve. Las diez. Nada.

Celeste, aturdida, calentó de nuevo el café, y poniendo el desayuno en una bandeja, decidióse á entrarlo. Iba inquieta, con el corazón palpitante.

Se detuvo á escuchar junto á la puerta. Ningún ruido; ni el más ligero murmullo. Dió con los nudillos en la madera; nadie contestó. Entonces, revistiéndose de valor, sacando fuerzas de flaqueza, abrió, entró resueltamente... Y lanzando un grito agudo, espantoso, dejó caer la bandeja que llevaba en la mano.

El cuerpo del señor Lemonnier hallábase colgado en el centro de la habitación, pendiente de una

cuerda pasada por el gancho puesto para sostener los aparatos de luz. Tenía la lengua horriblemente sacada. La zapatilla derecha se le había caído; la izquierda se mantenía calzando el pie. Tumbada en el suelo, veíase una silla que sin duda le sirvió para realizar su propósito.

Aturdida la vieja, huyó chillando. Todos los vecinos acudieron. El médico certificó que Lemonnier se había suicidado á media noche.

Sobre la mesa del ahorcado encontraron un sobre dirigido al señor Duretour. Dentro del sobre, un papel con estas lacónicas palabras:

«*Dejo á su cuidado la criatura..*»

LA ROCA DE LAS CERCETAS

Llegó el tiempo de las cercetas.

Desde Abril á fines de Mayo, antes de que los bañistas parisienses acudan, suelen aparecer con frecuencia en la pequeña playa de Etretat algunos respetables caballeros, ya maduros, con sus botas altas y su traje de cazador.

Hospédanse tres ó cuatro días en el hotel Hauville, luego se van, al cabo de tres semanas vuelven, y después de otra corta estancia en el hotel, se marchan definitivamente.

Hasta la primavera próxima.

Son los últimos cazadores de cercetas; los restos de aquel grupo, formado treinta y tantos años atrás por veinte cazadores empedernidos. Quedan sólo algunos, viejos todos, pero tan entusiastas por su afición como en los mejores días de su juventud.

La cerceta es una de las aves emigradoras menos abundante y de costumbres más raras. Habita casi todo el año en las costas de Terranova, de las islas de San Pedro y Miquelón; pero todos los años, en la época del celo, una bandada emigrante atra-

viesa el Océano, y precisa, indefectiblemente, hace sus nidos en el mismo lugar, en una roca no lejos de Etretat, que por esta circunstancia recibió el nombre de «Roca de las Cercetas».

De aquella especie sólo las hay allí. Fueron siempre, las han cazado siempre, y aún continúan yendo; es probable que ya no pierdan esa costumbre. En cuanto las crías han aprendido á volar, hacen su

viaje de regreso; desaparecen hasta el año siguiente.

¿Por qué no se han detenido nunca en otro punto? ¿Por qué no eligen otro lugar de la extensa costa blanca, que no varía, que no se diferencia, que no cambia de aspecto ni de condiciones desde el paso de Calé hasta el Havre? ¿Qué fuerza oculta, qué instinto invencible, qué hábito secular impulsan á esas aves, haciéndolas volver constante, invariablemente al mismo punto? ¿Cuál fué la emigración primera? ¿Tal vez una tempestad arrolló en tiempos lejanos á los ascendientes de aquellas aves, dejándolos caer, al fin de un tormentoso viaje, sobre aquella roca? ¿Y por qué los hijos, los nietos y todas las generaciones sucesivas han vuelto allí con imperturbable constancia?

No es muy grande la bandada emigradora: de un ciento á lo sumo, como si una sola familia conservase aquella tradicional costumbre, haciendo anualmente su peregrinación.

Y cada primavera, desde que la pequeña tribu se reinstala en su roca, los mismos cazadores reaparecen también en el pueblo. Allí los han conocido jóvenes en otro tiempo; ya son viejos al presente, pero, arrastrados por su invencible afición, siempre acuden todos, puntuales, á la cita que se

dieron por vez primera treinta y tantos años atrás.

Ningún motivo había de parecerles bastante grave para excusarles de acudir.

***

En una noche de Abril, hace dos años, acababan de llegar tres veteranos cazadores de cercetas; faltaba uno: el señor de Arnelles.

No había escrito á los demás; nadie tuvo noticias de su existencia en todo el año. Sin embargo, era seguro que no había muerto, como tantos otros, porque se hubiera sabido. Al fin, cansados ya de aguardarle, sus tres compañeros decidieron ponerse á cenar; y cuando llegaban á los postres, óyese rodar un coche por el patio de la posada. Y á los pocos momentos el rezagado entró.

Sentóse á la mesa, decidido y satisfecho, frotándose las manos, comió con mucho apetito, y como uno de sus camaradas hiciera notar la extrañeza que le producía verle de levita en aquella ocasión, él respondió con mucha tranquillidad:

—No he tenido tiempo ni para mudarme de ropa.

Se acostaron inmediatamente, porque necesitaban levantarse muy temprano, siendo preciso para

sorprender á las cercetas buscarlas antes de que amaneciese.

Nada tan agradable, tan hermoso como aquella caza, como aquel paseo matinal.

A las tres de la madrugada los marineros despiertan á los cazadores, tirando á los cristales de las ventanas puñados de arena. En pocos minutos hállanse vestidos, equipados y á punto de salir. Se reúnen todos en el zaguán y se abre la puerta. No amanece aún, pero las estrellas comienzan á palidecer; el mar, con su oleaje silencioso, remueve y hace rechinar las guijas. El aire, penetrante y frío, estremece la piel, á pesar de los gruesos abrigos.

Pronto las dos lanchas, empujadas por los marineros, descendieron rápidas por la pendiente de guijarros, haciendo un ruido semejante al de una tela que se rasga; luego se mecieron casi á flote ya, sintiendo la caricia de las primeras olas. Encarámase por el palo, á tirones, la vela parda; se hincha un poco, palpita, desfallece, y volviendo á hincharse de nuevo, atirantándose, redonda como un vientre, conduce los cascarones embreados hacia la salida, que se vislumbra confusamente, á lo lejos, entre sombras.

El cielo se aclara; la obscuridad se diluye poco á poco en los primeros resplandores de luz, pero aún

la niebla cubre la costa, la interminable costa blanquecina, escarpada como una fortaleza.

Salen al otro lado de la Puerta-Manne, bóveda enorme por donde pasaría un bergantín; doblan la punta de la Courtine, descubren el valle de Antifer y el cabo del mismo nombre. De pronto, se aparece á su vista una playa donde se posan millares de gaviotas. Y llegan á la Roca de las Cercetas.

No es más que una saliente, una giba de la costa; y, sobre la estrecha cornisa del promontorio, asoman las cabezas de las aves mirando á los invasores que se aproximan.

Allí están, quietas, inmóviles, no atreviéndose á emigrar todavía, porque no es tiempo aún de abandonar sus nidos. Algunas, plantadas en los bordes más salientes, aparecen como si estuvieran sentadas, semejantes á botellas; tienen tan cortas las patas que, al andar, parece que se deslizan sobre su asiento como esos juguetes con ruedas; y para echarse á volar, no pudiendo erguirse y tomar aire con las alas, necesitan dejarse caer, precipitarse como piedras, llegando en su descenso á poca distancia de los hombres que las acechan.

Conociendo su deformidad y el peligro en que las pone, no se deciden fácilmente á huir como lo harían si se sintieran ágiles.

Pero los marineros principian á dar voces, golpeando la borda con un palo, y las aves, temerosas, aturdidas y espantadas, lánzanse al vacío, cayendo una tras otra, precipitándose, casi hasta la superficie del agua; y en cuanto logran apoyar en el aire sus alas extendidas, agitándolas velozmente huyen, se alejan y cruzan el espacio hasta desaparecer, si una lluvia de perdigones, alcanzándolas, no las corta los vuelos.

Durante una hora no cesan los disparos, obligándolas á precipitarse, á volar con intentos de huir, unas tras otras. Hay hembras que, acurrucadas en sus nidos, permanecen quietas incubando sus huevos, á pesar del bullicio y del espanto que las rodean, y reciben allí los proyectiles que las hieren salpicando la roca blanquecina con puntos rojos, con sangre ofrecida en holocausto del amor maternal.

***

El primer día, cazaba el señor de Arnelles con su entusiamo de costumbre; pero al retirarse, á las diez de la mañana, bajo un sol espléndido que derramaba su radiante luz sobre las dentelladas peñas de la costa, mostróse algo preocupado, distrayéndose

á veces, como si un pensamiento le absorbiera, contra su costumbre.

En cuanto llegamos á la playa, una especie de lacayo enlutado acercóse á él y le habló en voz baja.

El señor de Arnelles pareció preocuparse, reflexionar; y al cabo dijo:

—No. Mañana.

Y antes de amanecer el nuevo día, volvieron á la roca. El señor de Arnelles, tuvo escasa fortuna ó escaso acierto, escapándosele hasta las piezas que llegaron á la misma boca de su escopeta.

Sus amigos le dieron broma, riéndose y preguntándole si estaba enamorado, si alguna íntima turbación le obsesionaba y estremecía su pulso al disparar.

Al cabo, dijo:

—Sí; no puedo continuar cazando. He de irme hoy mismo, sin remedio, y esta idea es lo que me turba y me contraría.

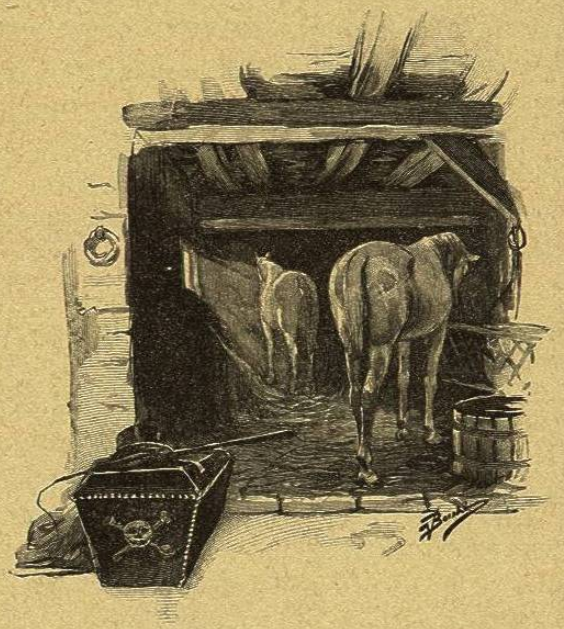
—¡Cómo! ¿Se va usted? ¿Interrumpe la caza? ¿Es posible?

—¡Oh! Tengo un motivo muy poderoso; un asunto que reclama en otro sitio mi presencia; un asunto inaplazable, urgente. No puedo permanecer aquí ni un día más.

La conversación tomó rumbos diferentes.

Después de almorzar, presentóse de nuevo aquella especie de lacayo enlutado. El señor de Arnelles le ordenó que enganchase.

Y el cazador se disponía resueltamente á levantarse y á irse, cuando sus tres camaradas le rodea-



ron, insistieron, rogándole y solicitándole para retenerlo en su compañía.

Uno, al cabo, le objetó:

—Pero, vamos á cuentas: No será tan grave ni tan urgente un asunto que ha podido aplazarse dos días.

El señor de Arnelles, preocupado, perplejo, visiblemente combatido entre dos influencias poderosas que le solicitaban, su gusto y su obligación, reflexionaba pesaroso.

Después de un largo silencio, resolvióse á tartamudear:

—El caso es... el caso es... que... que no vine solo... solo... Traje á mi yerno.

Los demás lanzaron exclamaciones de sorpresa y curiosas preguntas.

—¡Cómo! ¿A su yerno? Pero, ¿dónde está?

Entonces, el señor de Arnelles, confundido, anonadado, se avergonzó.

—Es verdad... No lo dije... Mi yerno está en la cochera... Traigo... su cadáver.

Reinó un silencio profundo. La sorpresa, el horror dominaban y hacían enmudecer al auditorio.

El señor de Arnelles prosiguió, cada vez más turbado:

—He tenido la desgracia de que se muera; y como yo conducía su cadáver á Beauville, para enterrarlo en la tumba de mi familia, dí un pequeño rodeo por no faltar este año á la inauguración de nuestra

cacería. Pero, ya comprenderán ustedes que no es posible retrasar tanto el viaje...

Uno de los cazadores, el más osado, atrevióse á decir:

—Sí, sí; es verdad... Pero... estando muerto... Me parece que bien puede aguardar otro día.

Los otros dos apoyaron esta oportuna reflexión.

—Es indudable. ¡Indudable! ¡De todo punto indudable!

Y el señor de Arnelles pareció librarse con aquellas palabras tranquilizadoras de una enorme inquietud. Ya casi repuesto, casi convencido, preguntó:

—Francamente... ¿Ustedes consideran...?

A una sola voz, como si una sola voluntad los moviese, como si un solo pensamiento los aconsejara, los tres respondieron:

—¡Amigo! Dos días más... en su estado... ¿qué le importan al difunto?

Entonces, ya completamente sosegado, el señor de Arnelles, encarándose con aquella especie de lacayo fúnebre que le acompañaba, le dijo:

—¡Está bien! Pasado mañana, seguramente, proseguiremos el viaje.

VERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

TOMBOUCTOU

El boulevard agitábase, bañado por el sol poniente. El cielo, rojo, cegaba, y detrás de la Magdalena una inmensa y encendida nube arrojaba oblicuamente sobre la avenida un vapor sofocante, como las emanaciones de un brasero.

La muchedumbre, alegre, bulliciosa, moviéndose bajo aquella nube inflamada, parecía representar una apoteosis. Dorábanse los rostros; los sombreros negros y los trajes de varios colores tomaban reflejos purpurinos; las botas resplandecían con fulgores de llama sobre el asfalto de la calle.

Delante de los cafés, muchos hombres tomaban bebidas, coloreadas de tal modo, que parecían piedras preciosas fundidas en los vasos de cristal.

Entre los parroquianos, vestidos con ropas ligeras y obscuras, destacaban dos militares, hiriendo

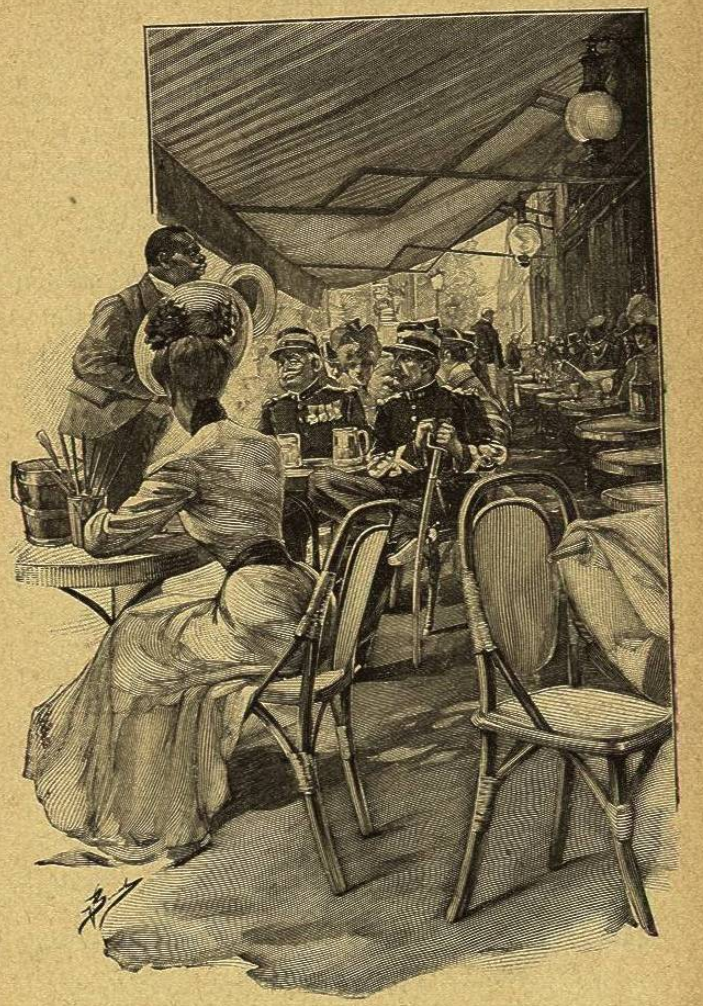
los ojos del transeunte con sus galones deslumbrantes. Hablaban, alegres sin motivo, entre aquella expansión de vida, entre aquella irradiación fastuosa de la tarde, observando á la gente que pasaba: los hombres fatigados, las mujeres apresuradas que dejaban tras sí un perfume insinuante y provocador.

De pronto, un negrazo enorme, con traje negro, luciendo sobre su abultado vientre gruesa cadena con muchos colgajos, pasó con aire triunfal, sonriendo á todo el mundo, á los vendedores de periódicos, al cielo esplendoroso, á París entero. Era tan alto, que asomaba su cabeza por encima de todas las cabezas, y á su paso, todos los curiosos volvían los ojos para contemplarle por la espalda.

Pero de pronto, viendo á los militares, aproximóse á ellos bruscamente, atropellando cuanto se interpuso en su camino; y cuando estuvo junto á su mesa, les dirigió una mirada de contento, y su boca entreabrióse de oreja á oreja, mostrando los dientes blanquísimos, claros como un creciente de luna sobre un cielo encapotado. Los dos militares, algo sorprendidos, contemplaban á aquel gigante de ébano, sin adivinar el motivo de su alegría.

El negro exclamó con entonaciones que hicieron reir á todos los presentes:

—Buenas tardes, mi teniente.



Uno de los militares era comandante y el otro coronel.

Y el primero dijo:

—No le conozco á usted, caballero.

El negro añadió:

—Yo sí le conozco á usted, y le aprecio mucho, teniente Vedié. ¿Recuerda el sitio de Beziers? Muchas uvas; las llevaba yo.

El oficial, sin orientarse con estos datos, miraba fijamente al hombre, buscando en el fondo de sus recuerdos; de pronto exclamó:

—¿Tombouctou?

El negro, radiante, comenzó á reir con inverosímil violencia, golpeándose las rodillas y balbuceando:

—Sí, sí; mi teniente reconoce á Tombouctou; le reconoce ya. Buenas tardes.

El comandante le tendió la mano, riendo también mucho y de buena gana. Entonces Tombouctou se puso muy serio, cogió la mano del militar, y sin que pudiera éste impedirlo, se la besó, según costumbre de negros y de árabes. Molestado, el comandante le dijo con voz severa:

—Vaya, Tombouctou, aquí no estamos en Africa. Siéntate y dime cómo llegaste aquí.

Tombouctou estiróse, luciendo más la curva

fenomenal de su vientre, y dijo muy de prisa:

—Gané mucho dinero, mucho; gran *restaurant,* buenas comidas, mucho robado á los prusianos, mucho; cocina francesa; yo, Tombouctou, *cocinero del emperador;* doscientos mil francos de beneficios. ¡Ah, ah, ah, ah!

Y reía como un loco, y sus ojos resplandecían de satisfacción.

Cuando el militar, divertido con su extraño lenguaje, le hubo interrogado varias veces, despidióle diciéndole:

—Bien, Tombouctou, hasta la vista.

El negro se levantó, estrechando la mano que le tendían, y riendo sin cesar dijo:

—Buenas tardes, muy buenas tardes, mi teniente.

Y se fué; tan satisfecho, que al andar gesticulaba como un loco.

El coronel preguntó:

—¿Quién es ese bruto?

Y respondió el comandante:

—Un honrado mozo y un valiente soldado. Voy á contarle á usted lo que sé de Tombouctou; es cosa divertida.

***

»Al principio de la guerra nos vimos bloqueados en Beziers. Las filas prusianas nos envolvían por todas partes, no poniéndose jamás á tiro de cañón, imposibilitando nuestra defensa y haciéndonos perecer de hambre.

»Entonces yo era teniente. La guarnición estaba compuesta por elementos de todas clases; restos de regimientos destrozados, desertores, vagabundos; teníamos de todo, hasta once turcos, llegados una tarde, nadie sabe cómo, nadie sabe de dónde. Habíanse presentado á las puertas de la ciudad fatigados, rotos, hambrientos y borrachos. Me los encomendaron.

»Pronto comprendí que se mostraban rebeldes á toda disciplina, siempre de correrías y siempre alborotados. Traté de corregirlos castigándolos, metiéndolos en el calabozo. Todo fué inútil. Escapaban y desaparecían durante días enteros, como si los hubiese tragado la tierra, y volvían cayéndose de borrachos. Nunca tenían dinero. ¿Dónde bebían? ¿Y cómo? ¿Y qué?

»Esto empezó é intrigarme vivamente, tanto más cuanto que aquellos salvajes me interesaban con su risa constante y su carácter alegre, infantil.

»Descubrí que obedecían ciegamente al mayor de todos, al que acaba usted de ver. Les ordenaba á

su antojo, preparaba las misteriosas empresas como jefe poderoso é indiscutible. Hablé con él; nuestra conversación duró tres horas, pues no era fácil traducir su galimatías, aun cuando el pobrete hacía esfuerzos inauditos para hacerse comprender, inventando palabras, gesticulando, pasando la pena negra, secándose el sudor que le corría por la frente; respiraba resoplando, callaba y proseguía bruscamente cuando imaginaba descubrir un nuevo recurso de exprexión.

»Adiviné al fin que era hijo de un importante jefe, de una especie de rey negro de las cercanías de Tombouctou. Le pregunté su nombre, y me dijo algo así como Chavaharibouhalikhranafotapolara. Me pareció más sencillo llamarle como á su país: Tombouctou, y á los ocho días toda la guarnición le llamaba con este nombre.

»Pero teníamos vivos deseos de averiguar á dónde iba á emborracharse aquel príncipe negro. Yo lo descubrí de un modo curioso.

»Estando una mañana en las trincheras observando el horizonte, vi un bulto que se deslizaba en una viña. La uva estaba ya en sazón, cosa que yo no sabía, y por consiguiente no se me ocurrió que un soldado hubiera salido á coger uvas. Imaginé que un espía se acercaba cautelosamente á la ciudad,

y organicé la caza del vagabundo, poniéndome al frente de un destacamento, con autorización del general.

»Hice salir por tres puertas diferentes grupos de soldados que debían converger hacia la viña sospechosa y cercarla. Para cortar la retirada al espía, uno de los grupos vióse obligado á andar más de una legua. Un hombre puesto de centinela sobre la muralla, me indicaba por señas que el vagabundo no había dejado su puesto. Nos acercamos con mucho sigilo, agazapados, arrastrándonos casi por las veredas. Al fin, llegamos al sitio designado y desplegué bruscamente á los míos, que registraron ansiosos la viña, descubriendo á... Tombouctou atracándose de uvas, mordiendo los racimos como un perro, con ansia, con voracidad.

»Quise que se levantara y no le fué posible. Comprendí entonces por qué andaba de rodillas y apoyando las manos en el suelo, de cepa en cepa. Cuando á viva fuerza le puse de pie, osciló un instante, y tendiendo los brazos, cayó de bruces. Estaba completamente borracho.

»Mandé que lo llevaran á hombros, y no dejaba de reir, gesticulando con brazos y piernas, durante todo el camino.

»Ya estaba descubierto el misterio; los malditos

bebían en la uva fresca, y cuando no se podían tener, dormían allí mismo su borrachera.

»El amor de Tombouctou por la viña era invencible y no podía compararse á nada. El negro vivía

entre las cepas como los tordos, á los que odiaba como á rivales celosos. Y repetía sin cesar:

»—Los tordos comen toda la uva; ¡indecentes!

***

»Una tarde fueron á buscarme. Se distinguía en la llanura algo que se aproximaba. No teniendo yo mi

anteojo, veía mal. Hubiérase dicho que una serpiente monstruosa dirigíase hacia nosotros; acaso era un convoy; ¿qué sabía yo?

»Envié algunos hombres á explorar, y bien pronto entraron triunfalmente con la extraña caravana. Tombouctou y nueve de sus compañeros llevaban una especie de altar hecho con sillas de campaña, ocho cabezas cortadas, y siete caballos atados cada uno á la cola del que le precedía.

»Me dijeron que habiendo salido como siempre á las viñas, vieron acercarse á un villorrio un destacamento prusiano. En vez de huir, escondiéronse los turcos, y cuando los oficiales se apearon frente á la posada para descansar, los once borrachos, apareciendo como fieras, pusieron en fuga á los hulanos, que se creyeron atacados por fuerzas superiores, mataron á dos centinelas, más al coronel y á los cinco oficiales de su escolta.

»Aquel día le dí un abrazo á Tombouctou. Pero noté que apenas podía andar; le creí herido, y me dijo riendo:

»—Son provisiones; botín.

»Porque Tombouctou no peleaba por la gloria, sino por la ganancia. Todo lo que encontraba, todo lo que á su juicio podía tener algún valor, con preferencia todo lo que brillaba, se lo metía en los bol-

sillos. ¡Qué bolsillos! Un abismo que principiaba en la cadera y acababa en la pantorrilla.

»Había arrancado los galones de los uniformes prusianos, el cobre de los cascos, los botones, etc., guardándolo todo en sus bolsillos, que rebosaban.

»Constantemente recogía cualquier objeto reluciente que hallara, pedazos de estaño y monedas de plata; esto le daba con frecuencia un aspecto muy gracioso.

»Esperaba llevárselo todo al país de los avestruces, de los cuales parecía hermano aquel hijo de rey, torturado por la necesidad de acaparar objetos relucientes. Si no hubiera tenido sus enormes bolsillos, ¿qué hubiera hecho? Tal vez tragara entonces lo que fuese recogiendo, para guardarlo en su estómago.

»Cada mañana estaban sus bolsillos vacíos. Tenía, pues, un depósito, un almacen para sus riquezas. Pero ¿dónde? Nunca pude averiguarlo.

»El general, advertido de la hazaña de Tombouctou, mandó enterrar los cuerpos que habían quedado insepultos en el villorrio próximo para que no se descubriese que fueron decapitados. Los prusianos volvieron allí al día siguiente, fusilando al alcalde y á siete vecinos principales, por represalias,

creyéndolos denunciadores de la presencia de los alemanes.

***

»Llegó el invierno. Estábamos fatigados y desesperados; nos batíamos á diario. Los hombres, hambrientos, no podían andar. Solamente los ocho turcos (tres habían perecido) estaban gordos y relucientes, vigorosos y dispuestos á luchar á todas horas. Tombouctou hallábase más orondo que nunca.

»Un día me dijo:

»—Mi teniente sufre hambre y á mí siempre me sobra comida.

»Y, en efecto, me presentó un magnífico filete.

»Pero ¿de qué? No teníamos bueyes, ni corderos, ni cabras, ni asnos, ni cerdos. Era imposible procurarse carne de caballo. Pensé muy detenidamente en todo eso cuando hube devorado mi ración, y una idea horrible me asaltó. ¡Aquellos negros eran oriundos de un país donde se come la carne de hombre! ¡Y caían diariamente tantos soldados alrededor de la ciudad! Pregunté á Tombouctou; no quiso contestarme. No insistí, pero rechacé sus obsequios desde aquel día.

»Tombouctou me adoraba. Una noche nos sor-

prendió en la vanguardia una nevada. Estábamos sentados en el suelo. Yo miraba piadosamente á los pobres negros, tiritando bajo aquellos copos blancos y helados. Sintiendo el frío comencé á toser. Pronto cayó sobre mí algo como una caliente y amplia envoltura. Era el capote de Tombouctou, que su dueño ponía en mis espaldas.

»Me levanté y le devolví la prenda.

»—Abrígate, muchacho; lo necesitas más que yo.

»Y él respondió:

»—No, no, mi teniente; para usted. Yo no lo necesito; tengo calor, calor.

»Y me contemplaba con ojos suplicantes.

»Insistí.

»—Obedece: ponte otra vez tu capote; yo lo mando.

»Entonces el negro se levantó, desenvainando el sable, que llevaba afilado como una hoz, y cogiendo en la otra mano el capote, dijo:

»—Si no se pone usted mi capote, lo corto á pedazos; yo no he de ponérmelo.

»Y como era tan obcecado, cedí.

***

»A los ocho días capitulamos. Algunos habían podido escapar. Otros fueron á entregarse á los vencedores.

»Me dirigí hacia la Plaza de Armas, donde debíamos reunirnos, y quedé asombrado ante un negro gigantesco vestido de blanco y con sombrero de paja. Era Tombouctou. Irradiando satisfacción se paseaba frente á una tiendecilla, donde se veían de muestra dos platos y dos vasos.

»Entonces le dije:

»—¿Qué haces ahí?

»El contestó:

»—Yo no tuve hambre; soy buen cocinero; he comido carne de prusianos; he robado mucho, mucho.

»Helaba. Temblé de frío sólo al mirar aquel traje de hilo blanco. Entonces Tombouctou, cogiéndome del brazo, me hizo entrar, mostrándome un inmenso letrero que no quería poner en la fachada hasta

que los franceses desalojáramos la ciudad; tenía cierto pudor.

»Y leí, trazado en grandes caracteres por la mano de algún cómplice, el siguiente rótulo:

COCINA MILITAR DE Mr. TOMBOUCTOU

ANTIGUO COCINERO DE S. M. EL EMPERADOR

Artista de París.—Precios módicos.

»A pesar de mi tristeza profunda, reí al ver á mi negro metido en tal negocio.

»¿No era mejor dejarle allí que obligarle á confundirse con los demás prisioneros?

»Ya ve usted cómo ha sabido entenderse y hacer fortuna.

»Beziers pertenece hoy á los alemanes. El *restaurant* Tombouctou es el principio de nuestra venganza.»

HISTORIA VERDADERA

SILBABA furioso el viento; un viento de otoño, abrumador y obstinado, que arranca las últimas hojas de los árboles y las hace volar hasta las nubes.

Los cazadores acababan de comer, animados y satisfechos. Eran gentes de Normandía, medio señores, medio campesinos, ricos y vigorosos, acostumbrados á sujetar por los cuernos á los bueyes en las ferias.

Habían cazado todo el día en las posesiones del señor Blondel, alcalde de

Eparville, y comían sentados alrededor de una mesa muy capaz, en la casona del huésped.

Hablaban ladrando, reían rugiendo, al beber parecían cisternas, y con las piernas estiradas, los codos sobre los manteles y los ojos echando chispas, gozando el delicioso calor del abundante fuego del hogar, cuyas llamas enrojecían el techo con sus resplandores, hablaban de cacerías y de perros. Pero, esta conversación iba cediendo lugar á otros pensamientos, provocados en parte por la exaltación del vino y en parte por la presencia de una moza exuberante y mofletuda que servía los platos.

De pronto, un hombrachón que se había hecho veterinario después de estudiar para cura, y cuidaba todo el ganado de la comarca, exclamó:

—Amigo Blondel: su criada no se deja roer por la polilla.

Una carcajada ruidosa estalló. Entonces, un viejo aristócrata, descalificado, víctima de la embriaguez, el señor de Varnetot, dijo:

—En otro tiempo, tuve una singular aventura con una moza como ésta. Voy á referirla. Verán ustedes. Con ese recuerdo me viene siempre á la memoria el de Mizza, la perra que vendí al conde de Haussonnel, y que volvía siempre á mi casa; no podía olvidarme. Rogué al conde que la sujetase con una

cadena; y ¿saben ustedes lo que hizo entonces el animalito? Morirse de tristeza. Pero, dejando aparte lo de la perra, vuelvo á mi aventura con la criada.

»Yo tenía entonces veinticinco años, y vivía, soltero, en mis posesiones de Villebón. Ninguno de ustedes ignora que un hombre joven, acomodado y que se aburra en la soledad de sus veladas, no desperdicia ocasiones.

»A fuerza de huronear en todas partes, descubrí una moza que servía en casa de Deboultot, de Canville. Aquí no falta quien haya conocido mucho á Deboultot; ¿verdad Blondel? La moza me comenzó á enloquecer de tal manera, que un día visité á su amo para proponerle un negocio: él me cedería á su criada y yo le vendería mi yegua Cocote, por la cual me había hecho muchas veces proposiciones ventajosas. Ofreciéndome su mano, dijo: —Choque usted, señor Varnetot—. Y dejamos el asunto acordado. La moza entró en mi casa y yo mismo llevé á la de Deboultot mi yegua, cuyo importe recibí en el acto.

»Al principio, todo iba como una seda; nadie sospechaba; pero Rosa me quería más de lo conveniente para mí. Aquella mujer tenía su alma en su almario; corría por sus venas una sangre más delicada que la sangre campesina; era sin duda el fruto de otros placeres entre una criada y un señor.

»Ella me adoraba. Sus caricias incesantes, la dulzura de sus palabras, una porción de monerías inventadas con el deseo de agradarme, diéronme que pensar.

»Yo dije para mi capote: —Si esto continúa, caigo en la ratonera—. Pero no es tan fácil cogerme. No soy de los que se dejan seducir por las ternuras. Vivía siempre alerta.

»Rosa me comunicó un día que se hallaba embarazada.

»¡Pim! ¡Pum! Me hizo el efecto de un tiro la noticia. Y ella me besaba, me besaba riendo, bailando, como una loca. De pronto no respondí, pero aquella misma noche reflexioné: —Ya llegó la hora de acabar con todo; aún es tiempo—. Comprenderán ustedes que teniendo á mis padres en Barneville y una hermana casada con el marqués de Ispare, en Bollevec, á dos leguas de Villebón, hube de tentarme la ropa.

»¿Cómo salir del conflicto? Yéndose Rosa de mi casa no faltarían sospechas y murmuraciones; quedándose allí tampoco era fácil encubrirlo. Además, yo no podía, en aquella ocasión, abandonarla por completo.

»Hablé del caso á mi tío, el barón de Creteuil, un viejo muy aficionado á faldas, que se había enreda-

do los pies en más de una, y me respondió tranquilamente:

»—Cásala.

»Dí un salto, y exclamé:

»—¿Cómo? ¿Dónde busco un marido?

»Encogiéndose de hombros, repuso:

»—Ya eso corre de tu cuenta. Si no eres tonto, encontrarás lo que necesitas.

»Reflexioné detenidamente durante una semana, y acabé diciéndome: —Tiene razón mi tío.

»Y pensando en la manera de hallar lo que necesitaba, me sorprendió el juez de paz, diciéndome á los postres de una comida que hicimos juntos:

»—El hijo de la Paumelle lleva mal camino. Acaba de cometer otra imperdonable torpeza. Es cierto que «de raza le viene al galgo ser corredor».

»La Paumelle era una vieja ladina, cuya juventud había dejado mucho que desear. Por cinco francos hubiera vendido su alma, y al bribón de su hijo por mucho menos.

»Fuí á verla, y, con rodeos, la enteré del asunto; como no me atrevía de pronto á formular una proposición, ella desvaneció mi escrúpulo con esta pregunta:

»—¿Qué le daría usted al muchacho?

»Era maliciosa y bruja; pero yo tenía bien meditado mi negocio.

»Poseíamos unas tierras, cerca de Sasseville, de las cuales cuidaban los colonos de Villebón, á cuyo dominio pertenecían; pero como la distancia era grande, y les ofrecí en cambio algunas ventajas, no me fué difícil que renunciasen á su cultivo. Así pasó la cosa. Construyendo una cabaña y ensanchando las tierras con otras que le compré á un vecino—en junto, mil quinientos francos—hice un dote á la criada.

»La vieja se rebeló, no pareciéndole bastante; pero me las tuve tiesas, y nos despedimos sin haber acordado nada.

»Al día siguiente, muy temprano, el mozo fué á buscarme con la excusa de comprar una vaca. Poniéndonos de acuerdo, quiso ver la posesión y fuimos juntos á través de los campos. El granuja me tuvo allí tres horas, midiendo, analizando, estrujando entre los dedos terrones que recogía y observaba, como si temiese ser defraudado en la calidad. La cabaña no estaba cubierta: exigió que se le pusiera pizarra en vez de chamiza, y luego dijo:

»—Faltan los muebles, que usted debe darnos.

»No me avine, protestando:

»—Eso no. Bastante os doy con las tierras y la casa.

»Entonces, el bellaco, insinuó:

»—Las tierras, la casa... y un hijo.

»Me sentí avergonzado, á pesar mío. El mozo proseguía:

»Siquiera, denos la cama, una mesa, un armario, tres sillas, las cazuelas y sartenes que hagan falta. Si no acepta esto, yo no acepto nada.

»Lo acepté y nos pusimos en camino, de regreso. No me había dicho aún media palabra respecto á la mujer; pero de pronto, me preguntó con expresión de duda y desconfianza:

»—Si ella muere, ¿quién heredará su dote?

»Contesté:

»—Su marido; naturalmente.

»—No deseaba saber otra cosa. Me tendió la mano con verdadera satisfacción, al despedirnos. Estábamos conformes en todo.

»Mucho me costó decidir á Rosa. De rodillas á mis pies, agarrándose á mí llorando, repetía:

»—¡Y usted me lo propone! ¡Usted lo desea!

»Durante muchos días, resistióse, á pesar de mis razonamientos y de mis súplicas. Las mujeres son así; cuando las trastorna un amor, nada comprenden y no quieren saber nada. No hay

prudencia ni reflexión; el amor, el amor sobre todo.

»Al fin, amenazándola con despedirla, incomodándome, logré que cediera poco á poco. Me impuso una condición: la de ir á verme de cuando en cuando.

»La conduje yo mismo á la iglesia; los apadriné, pagando los gastos de la boda. Comimos juntos, y al dejarlos, me fuí á pasar seis meses á casa de mi hermano, en Turena.

»Supe, al regresar de mi viaje, que Rosa iba semanalmente á mi casa, preguntando por mí. A la hora de llegar yo, la vi entrar con una criatura en brazos. Me crean ó no me crean, aseguro que me impresionó grandemente ver al niño. Hasta me parece que le dí un beso.

»Rosa, era una ruina, un esqueleto, una sombra. Enflaquecida y aviejada. Por lo visto, el matrimonio la consumía. Maquinalmente, pregunté:

»—¿No eres dichosa?

»Ella rompió á llorar; sus ojos eran fuentes; hipaba, sollozaba, gritaba:

»—No puedo, no puedo vivir sin usted. Preferiría morirme. ¡No puedo acostumbrarme!

»Armó un escándalo terrible. Consolándola, como pude, nos despedimos.

»Averigüé que su marido le daba malos tratos y que la suegra no dejaba de atormentarla.

»Volvió á los tres días, y abrazándose á mí, arrastrándose, gritaba:

»—Máteme usted, ¡máteme! Pero no vuelvo á mi casa.

»Igual hubiera dicho Mizza, cuando la vendí, si los perros hablaran.

»Aquello me aburría, y me ausenté de nuevo medio año más. Cuando volví, supe que Rosa había

muerto; que mientras vivió fué á mi casa todos los domingos... Igual que Mizza.

»La criatura también murió, á los pocos días de perder á su madre.

»El granuja del marido, heredero de la mujer, se corrigió, dándose buena vida, y ahora es concejal.»

El señor Varnetot, añadió riendo:

—Yo hice su fortuna.

Y el veterinario, repuso gravemente, acercándose á los labios una copa de vino:

—Todo lo que usted quiera; pero ¡Dios nos libre de mujeres así!

¡ADIÓS!

Los dos amigos acababan de comer. Desde la ventana del café veían el bulevard muy animado. Acariciábanles el rostro esas ráfagas tibias que circulan por las calles de París en las apacibles noches de verano y obligan á los transeuntes á erguir la cabeza, incitando á salir, á irse lejos, á cualquier parte donde haya frondosidad, quietud, verdor... y hacen soñar en riberas inundadas por la luna, en gusanos de luz y en ruiseñores.

Uno de los dos—Enrique Simón—dijo suspirando profundamente:

—¡Ah! Envejezco. Antes, hace años, en noches como ésta, el mundo me parecía pequeño, era yo capaz de cualquier diablura. Y ahora, sólo siento desilusiones y cansancio. ¡Es muy corta la vida!

Estaba ya un poco ventrudo. Tenía una esplen-

dorosa calva y cuarenta y cinco años, próximamente.

Su acompañante—Pedro Carnier—algo más viejo, pero también más ágil y decidido, respondió:

—Para mí, amigo mío, la vejez llegó sin avisarme; no lo noté siquiera. Yo vivía siempre alegre; siempre fuí vigoroso, divertido, emprendedor, y continúo siéndolo. Como nos miramos al espejo todos los días, no advertimos los estragos de la edad, porque su obra es lenta, incesante, acompasada, y modifica el rostro de una manera tan suave, tan continua, que resulta para cada cual imperceptible; no hay en su labor transiciones apreciables. Por eso no morimos de pena, como sin duda moriríamos advirtiendo en un instante los desmoches que

sufre nuestra naturaleza en dos ó tres años solamente. No podemos apreciarlos. Para que uno se diese cuenta de lo que pierde, sería necesario que pasara sin mirarse al espejo seis meses. ¡Oh! ¡Qué sorpresa tan desoladora recibiría!

»¿Y las mujeres, amigo mío? Son más dignas de compasión que nosotros. Yo compadezco mucho, con toda mi alma, compadezco sinceramente á esas pobres criaturas llamadas mujeres. Toda su dicha, todo su poder, toda su gloria, todo su orgullo, toda su vida se reducen á su belleza, que dura diez años.

»Yo envejecí sin darme cuenta, me creía un adolescente aún, mientras andaba ya rondando la cincuentena. No padeciendo ningún achaque, ninguna dolencia, ninguna debilidad, vivía como siempre, dichoso y tranquilo.

»La revelación de mi vejez ofrecióseme de una manera sencilla y terrible, que me dejó anonadado, aturdido, macilento durante una temporada. Luego, acabé resignándome, y aquí me tienes otra vez tan fresco.

»Como nos acontece á todos, los amores turbaron con frecuencia mi tranquilidad, pero un amor, uno principalmente, llegóme á lo vivo. ¡Qué mujer aquélla!

»La conocí á la orilla del mar, en Etretat, un ve-

rano, hará doce años próximamente, poco después de terminada la guerra.

»Nada tan delicioso como aquella playa, tempranito, á la hora del baño. Es pequeña, redonda como una herradura; la rodean altas costas blanquecinas horadadas por los embates de las olas, formando esas aberturas extrañas que se llaman las Puertas: una, enorme, avanzando en el mar su estructura gigantesca; la otra, enfrente, achatada, como si se hubiese acurrucado.

»Numerosas mujeres, formando espléndida muchedumbre, se reúnen y se apiñan sobre la estrecha extensión pedregosa que cubren de vestidos claros, convirtiéndola en un jardín cercado por altas peñas. El sol cae de lleno sobre las costas, sobre las sombrillas de brillantes matices, sobre el mar de un azul verdoso; y todo aquello es alegre, vivo, encantador; todo sonríe á los ojos.

»Plácidamente sentados junto al agua, vemos á las bañistas. Bajan envueltas en sus peinadores de franela, que abandonan con airoso y resuelto ademán, en cuanto llegan á la franja espumosa de las olas tranquilas. Entran en el mar, avanzando rápidamente, hasta que un estremecimiento frío y delicioso las detiene y las turba un instante, produciéndolas una breve sofocación.

»Pocas bellezas resisten al examen que permite un baño. Allí se las juzga, se las analiza desde los pies hasta el pelo. Sobre todo, la salida es terrible, porque descubre todas la imperfecciones, aun cuando el agua de mar es un poderoso remedio para las carnes lacias.

»La primera mañana que vi en el baño á la mujer que debía enamorarme como ninguna, dejóme ya encantado y seducido. Sus líneas eran perfectas y sus formas bien pronunciadas y firmes. Además, hay rostros cuyo encanto nos penetra y nos domina bruscamente, invadiéndonos, conquistándonos de pronto. Imaginamos que aquella mujer es la que debe hacernos felices, que sólo nacimos para quererla y adorarla. En aquel momento sentí esa extraña sensación, esa violenta sacudida que nos dice: «Aquí está la única, la deseada.»

»Me hice presentar á ella, y bien pronto me hallé apasionado como nunca—ni hasta entonces, ni después—lo estuve. Sus encantos me abrasaban el corazón.

»Es á un tiempo delicioso y terrible, verse de tal modo poseído, dominado por una mujer. Es casi un suplicio, y asimismo es una dicha incomparable. Su mirada, su sonrisa, los cabellos de su nuca oscilando traviesos, los menores detalles de

su rostro, sus gustos más insignificantes me desconcertaban, me arrebataban, me enardecían. Ella era mi dueño, mi voluntad era suya y suyo todo mi ser; me atraía, esclavizándome, con sus palabras, con sus ojos, con sus ademanes, hasta con sus vestidos y con sus adornos; todo lo que la hermoseaba, ejercía sobre mí una influencia diabólica.

»Me hacía suspirar su velillo puesto sobre un mueble, me desconcertaban sus guantes abandonados sobre un sillón. La hechura y la elegancia de sus vestidos me parecían inimitables. Ninguna mujer llevaba sombreros como los suyos.

»Era una mujer casada. Su marido iba todos los sábados á verla para volverse los lunes. Aquellas visitas no me apuraron: vi siempre al marido con la mayor indiferencia. No me daba celos. Ignoro el motivo; pero jamás hombre alguno de los que traté influyó tan poco, tuvo tan poca importancia en mi vida, ni ocupó menos mi atención.

»¡Cuánto la quería! ¡Qué apasionado estaba yo por aquella mujer! Y ¡qué bonita era! ¡qué graciosa! ¡qué joven! Era la juventud, la elegancia, la frescura misma. Nunca pude convencerme, como entonces, de que la mujer es una criatura deliciosa, fina, elegante, delicada, hecha con todos los encantos y todos los primores. Nunca pude convencerme, como

entonces, de la belleza seductora encerrada en la curva de una mejilla, en el mohín de unos labios, en los repliegues de una oreja, en la forma del órgano estúpido que se llama nariz.

»Aquello duró tres meses, al cabo de los cuales me fuí á los Estados Unidos con el corazón traspasado. Su recuerdo no me abandonaba, persistente y triunfante. Aquella mujer me poseía de lejos como de cerca me había poseído. Pasaron los años, pero no la olvidé. Su encantadora imagen se ofrecía constantemente á mis ojos, no se borraba ni un solo instante de mi pensamiento. Aquel amor inextinguible me dominaba; era un cariño constante y fiel, una ternura tranquila, como la memoria venerada y dulce de lo más hermoso, de lo más encantador que había conocido yo en mi vida.

***

»¡Doce años representan muy poco en la existencia de un hombre! Tanto es así, que apenas podemos darnos cuenta de que pasan. Uno tras otro, los años transcurren, á la vez apacible y atropelladamente, lentos y precipitados; parecen interminables y se acaban en seguida. Se van sumando con tanta rapidez, empújanse y sucédense de tal modo, que no

dejan casi un rastro perceptible. Desvanecidos á la sombra de nuestros deseos, de nuestros afanes, pasan de continuo. Y si queremos volver atrás los ojos para discurrir acerca del tiempo que ha pasado, no podemos darnos clara explicación de cómo envejecimos. La vejez sorprende al hombre un día, y el hombre se pregunta de dónde sale aquella triste compañera, que no le abandonó un solo instante.

»Al cabo de doce años, me pareció que habían pasado sólo algunos meses desde aquel verano delicioso en la encantadora playa de Etretat.

»De regreso en París, un día de la última primavera, fuíme á Maisons-Laffitte, para comer con unos amigos.

»En la estación, casi al momento de ponerse en marcha el tren, subió al vagón una señora obesa, escoltada por cuatro niñas. Apenas me dignè mirar á la madre-llueca, tan abultada, tan redonda, tan mofletuda, tan poco interesante, que remolcaba con dificultad su respetable mole y su numerosa descendencia.

»Respiró agitada, como si estuviese ahogándose, fatigada por la prisa que se dió para llegar á tiempo.

»Las niñas comenzaron á charlar. Yo, desdoblando un periódico, empecé á leer.

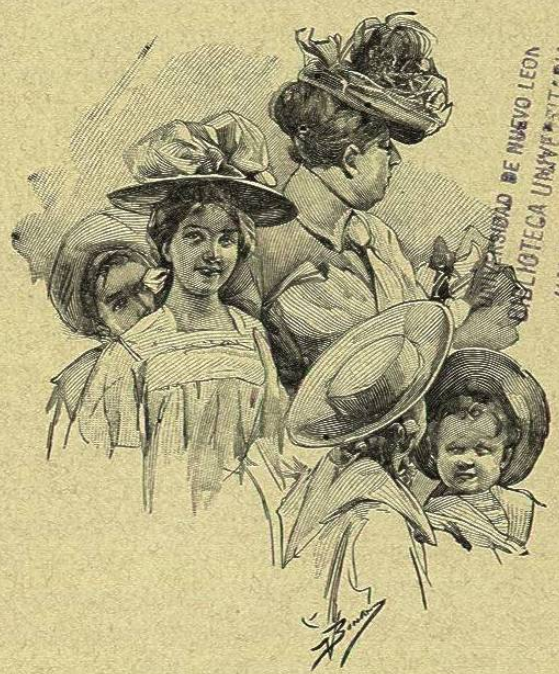
»Acabábamos de pasar la estación de Asnieres,

cuando mi compañera de viaje me dijo de pronto:

»—Dispense usted la pregunta, caballero: ¿No es usted el señor Carnier?

»—Sí, señora.

»Entonces ella soltó la risa; una risa franca de



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mujer tranquila y modesta. Pero, noté en su acento un asomo de triste desencanto, al preguntarme:

»—¿No me conoce usted?

»Dudé antes de contestar. En efecto, creí haber visto en alguna parte aquella cara: sus facciones me recordaban algo, alguien... Pero ¿quién? ¿Dónde? ¿Cuándo las había visto?

»Y respondí:

»—Efectivamente... Creo... si... no... Yo la conozco á usted; no hay duda... Si me diera usted su nombre...

»Ella, ruborizándose un poco, pronunció:

»—Julia Lefevre.

»Nunca he recibido impresión tan violenta. Me pareció que todo acababa para mí en un segundo, como si de pronto se hubiera desgarrado ante mis ojos un velo tras el cual se me revelarían desventuras amenazadoras y terribles.

»¡Era ella! Una señora obesa y vulgar, ¡ella! Y había lanzado al mundo aquella nidada, ¡cuatro niñas!, durante mi ausencia. Las criaturas me asombraban tanto como su madre. Obra suya, eran los retoños de su vida. Crecieron y ocupaban ya un lugar en el mundo; mientras la deliciosa hermosura, la maravilla de gracia y belleza que yo conocí, se había desvanecido, ya no inspiraba ningún entusiasmo. ¿Cómo se realiza una transformación tan espantosa en tan breve tiempo? En un día... porque

hubiera jurado que horas antes la vi, como era... ¡y la encontraba de pronto cambiada! ¿Es posible? Un sufrimiento, una congoja me oprimía el corazón; y también una protesta indignada, rebelándome contra la Naturaleza, contra esa obra infame de brutal destrucción.

»La contemplé angustiado. Luego, al oprimir su mano, acudieron lágrimas á mis ojos. Lloré su juventud perdida; lloré su muerte. Había muerto la que yo conocí: la señora mofletuda y abultada que se me presentó era otra: ¡yo no la conocía!

»También ella, emocionándose, balbuceó:

»—He cambiado mucho, ¿no es verdad? Así es el mundo; ¡todo pasa! Ya lo ve usted; ahora soy una madre solamente, una madre cariñosa, una madre buena. Lo demás, pasó, acabó, no volverá. ¡Oh! Ya supuse que usted no me reconocería si por casualidad nos encontráramos, como ha sucedido. También usted ha cambiado bastante. Tuve que fijarme bien, que reflexionar mucho, que discurrir algo, para estar segura de no engañarme. Tiene usted ya el pelo blanco. Naturalmente. ¡Hace mucho tiempo! Mi niña mayor tiene diez años. ¡Hace ya doce años!

»Miré á la niña y descubrí en ella un encanto semejante al que tuvo su mamá en otro tiempo; las facciones, las formas de la criatura, recordando las

de su madre, aún eran de contornos indecisos, de una expresión vaga, pero anunciaban un delicioso porvenir.

»Y la vida se me apareció rápida, como un viaje en ferrocarril.

»Llegamos á Maisons-Laffite. Besé la mano de mi

amiga. En mi conversación con ella, sólo se me habían ocurrido vulgaridades; no encontré ni una frase feliz. Estaba demasiado aturdido para reflexionar.

»Por la noche, y aprovechando un cuarto de hora que mis amigos me dejaron solo, contemplé detenidamente mi rostro en un espejo. Y acabé recordando mi fisonomía como era en otro tiempo; imaginé mis bigotazos y mis cabellos negros, mis facciones juveniles, mis ojos penetrantes...

»Ya todo había cambiado. Me hallé viejo.

»¡Adiós!»

RECUERDO

CUÁNTAS memorias de mi juventud despierta la suave caricia del sol! Hay una edad en que todo es bueno, agradable, alegre, seductor. ¡Cómo embriagan los recuerdos amorosos de primaveras pasadas!

¿Habéis olvidado, viejos camaradas, hermanos míos, aquellos años venturosos en los cuales nuestra vida fué un triunfo constante y una carcajada continua?

¿Olvidasteis los días de vagancia en torno de París, nuestra esplendorosa pobreza, nuestros paseos á través de los bosques, nuestras borracheras de aire y de luz en las orillas del Sena y nuestras aventuras de amor, tan sencillas y encantadoras?

Quiero referir una de aquellas aventuras. Tiene doce años de fecha y me parece que ya envejeció;

tan vieja me parece, que se dibuja en el otro extremo de mi vida, cuando en el último recodo, ya descubro el final de mi viaje.

Yo tenía entonces veinticinco años. Era nuevo en París, donde acababa de instalarme, disputando un destinillo en un Ministerio, y los días de fiesta me aparecían como extraordinarias dichas, aun cuando nada se me ofrecía en ellos de sorprendente.

Hoy, para mí, todos los días son fiesta. Pero quisiera volver á los tiempos en que sólo tenía una fiesta por semana. ¡Qué días tan dichosos, con seis francos para derrochar en ellos!

***

Me desperté muy temprano, con la sensación de libertad que tan bien conocen los oficinistas; una sensación de redención, de reposo, de tranquilidad, de independencia.

Abrí la ventana. Hacía un tiempo admirable. El cielo azul que cubría la ciudad estaba lleno de sol y de golondrinas.

Vestíme rápidamente y salí, resuelto á pasar el día en el bosque, á respirar el verdor de las hojas; cosa muy agradable para mí, que siendo de origen

campesino, pasé mi niñez sobre la hierba y á la sombra de los árboles.

París despertaba, alegre, sumergido en el templado ambiente y en la espléndida luz. Las fachadas de las casas, brillaban; los ruiseñores de las

porterías se desgañitaban cantando en sus jaulas, y un inmenso goce inundaba la calle, iluminaba los rostros, lo hacía sonreir todo, como una satisfacción indefinible de los seres y de las cosas, producida por el claro sol naciente.

Me acerqué al Sena para embarcarme en la *Golondrina* que debía conducirme á Saint-Claud.

Me ilusionaba mucho aguardar en el embarcadero la llegada del vaporcito. Me hacía la ilusión de partir hacia países nuevos y maravillosos, al fin del mundo. Le veía aparecer bajo el segundo puente y acercarse con su penacho de humo, haciéndose mayor cada vez, hasta que tomaba, engrosado también por la imaginación, apariencias de un buque transatlántico.

Arrimábase al embarcadero, y de un salto me ponía yo sobre cubierta.

Se llenaba de gentes domingueras, vestidas con trajes lucidos, con cintas de colores brillantes y rostros arrebolados. Yo me colocaba en la proa, de pie, viendo cómo dejábamos atrás los muelles, los árboles y las casas. De pronto, se nos ofrecía el gran viaducto del Point-de-Jour, que parece cerrar el río: era el fin de París, el principio de la campiña; y detrás de la doble fila de arcos, ensanchábase el Sena como si le devolvieran allí espacio y libertad, recobrando su carácter de río plácido que baña llanuras, corre al pie de colinas frondosas, atraviesa campos y bordea bosques.

Después de pasar entre dos islas, la *Golondrina* siguió una costa verde salpicada por casitas blancas. Una voz gritó: «¡Bas-Mendon!»; algo más lejos: «¡Sevres!»; y más lejos aún: «¡Saint-Claud!»

Salté á tierra; y seguí rápidamente la carretera que, atravesando el pueblo, conduce al bosque. Yo llevaba un plano de los alrededores de París, para no perderme en los caminos que atraviesan en todas direcciones aquellos bosques donde pasean los parisienses.

Cuando me hallé á la sombra, hice mi itinerario, que me pareció de una sencillez encantadora. Tomaría primero hacia la derecha, luego á la izquierda, y otra vez á la izquierda, llegando á Versalles de noche, para comer.

Andaba tranquilamente bajo las hojas nuevas, bebiendo el aire perfumado por la frondosa vegetación. Iba despacio—sin acordarme de los expedientes, ni de la oficina, ni del jefe, ni de los colegas—imaginando cosas agradables, todo lo desconocido que me guardaba el porvenir. Renacían en mi espíritu recuerdos infantiles, despertados por el perfume de la tierra, por las emanaciones vivas y palpitantes de los bosques templados por el sol de Junio.

De cuando en cuando me sentaba para contemplar en un ribazo muchas florecillas, cuyos nombres desde la niñez me fueron familiares. Yo las reconocía como si fueran exactamente las mismas que se ofrecieron á mis ojos en otros tiempos, en

mi país. Las había rojas, amarillas, azules; las había pequeñas y grandes; unas con tallos largos, otras pegadas á la tierra. Insectos de todos colores y de varias magnitudes, alargados ó redondos, de formas extraordinarias, monstruos, diminutos y espantables, hacían ascensiones penosas por una hierbecilla que se inclinaba rindiéndose al peso.

Luego, me dormí algunas horas en una hondonada, emprendiendo mi excursión nuevamente, descansado, fortalecido por el sueño.

Abríase ante mí un espléndido paseo, cuyo follaje poco tupido cernía el sol, cuyos rayos besaban sobre el suelo las margaritas blancas. El silencio y la calma de aquel interminable camino, sólo eran turbados por el zumbido monótono de un abejorro que volaba delante de mí, deteniéndose de cuando en cuando para libar el néctar de una flor. Su cuerpo deforme, parecía de terciopelo pardo con rayas amarillas y sus alas transparentes y cortas, agitábanse con esfuerzo.

De pronto, vi á lo lejos una pareja, un hombre y una mujer que avanzaban hacia mí. Disgustado al ver turbada mi soledad tranquila, hice intención de cambiar de rumbo, cuando me pareció que me llamaban. La mujer agitaba la sombrilla, y el hombre, en mangas de camisa, con el chaquet puesto á

un brazo, agitaba el otro brazo como pidiendo auxilio.

Proseguí mi camino acercándome á ellos. Avanzaban precipitadamente, muy sofocados los dos, ella, con paso menudo y rápido, él á grandes zancadas. En sus rostros pintábase la fatiga y el mal humor.

La señora, ya de cerca, me preguntó:

—Caballero, ¿podría usted decirme dónde nos hallamos? El imbécil de mi esposo, con la pretensión de conocer perfectamente la tierra que pisa, me ha extraviado.

Respondí con seguridad:

—Señora: van ustedes hacia Saint-Claud y vuelven las espaldas á Versalles.

Ella prosiguió, mirando piadosa y despreciativamente á su marido:

—¡Cómo! Nos alejábamos de Versalles, á donde precisamente debemos ir. Nos proponíamos comer en Versalles.

—Yo también, señora, tenía ese proyecto.

Ella repitió muchas veces, acompañando sus palabras con un movimiento de hombros:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—con este tono de soberano desprecio que usan las mujeres para expresar su exasperación.

Era joven y muy bonita: morena, con una sombra de bozo en el labio.

El hombre sudaba y se pasaba el pañuelo por la frente. Parecían un matrimonio modesto de la clase media. El marido estaba desolado, aterrado, quebrantado, y balbuceó:

—Recuerda que tú fuiste quien...

Ella no le dejó acabar, interrumpiéndole con esta rociada:

—¿Yo? Es cierto: ¡yo tengo la culpa! ¡Yo he querido embarcarme sin tener noticia del camino, confiando en hallar siempre salida!... ¡Yo he guiado hacia la derecha, por lo alto del ribazo, suponiendo reconocer el camino! ¡Yo vine cargada con Cachou!...

Como si de momento se volviera loco, el marido dió un grito penetrante, indescriptible, agudo, un grito de tal naturaleza, que no hay en la lengua humana frases ni sonidos para describirlo y remedarlo.

Pero la mujer no le atendió, ni se conmovió, prosiguiendo:

—¡No! Hay personas tan estúpidas que pretenden saberlo todo. ¿Fuí yo acaso el imbécil que tomó el año pasado el tren de Dieppe en vez de tomar el del Havre? ¿Fuí yo por ventura? ¿Era yo

quien apostaba que Letourneau vivía en la calle de los Mártires? ¿Y era yo quien á ciencia y paciencia negaba que Celestino fuese ladrón?

Continuó así con verdadera furia, con una locuacidad sorprendente, acumulando las más varias y heterogéneas acusaciones, las más inesperadas y las más abrumadoras, rebuscadas en situaciones íntimas de su existencia, reprochándole al marido su proceder, sus pensamientos y sus maneras, sus tentativas y sus trabajos: toda su existencia desde el día en que se unieron hasta la hora presente.

Él trató de contenerla, de calmarla, balbuciendo:

—Pero... repara... todo es inútil... Este caballero... Das un espectáculo... Lo que dices no puede interesarle...

Dirigía sus ojos contristados hacia la espesura del bosque, como si quisiera medir sus profundidades misteriosas y tranquilas, para lanzarse á su centro, escapar, desaparecer, ocultarse á todas las miradas; y de cuando en cuando, lanzaba otro grito prolongado y agudo. Supuse que sería una costumbre nerviosa.

La mujer, de pronto, dirigiéndose á mí, cambiando repentinamente de tono, dijo:

—Si usted nos lo permite, caballero, iremos en

su compañía. No sea que nos perdamos de nuevo y tengamos que dormir en el bosque.

Me incliné aceptando respetuosamente. Apoyándose en mi brazo, me habló de mil cosas; de sus costumbres, de su familia, de su casa, de su comercio. Eran dueños de una guantería en la calle de San Lázaro.

Su marido andaba en silencio, lanzando constantemente miradas de loco hacía la espesura del bosque, y repitiendo con frecuencia su grito indescriptible y agudo.

Al fin me atreví á preguntarle:

—¿Por qué grita usted de tal modo?

Y respondió, consternado y desesperado:

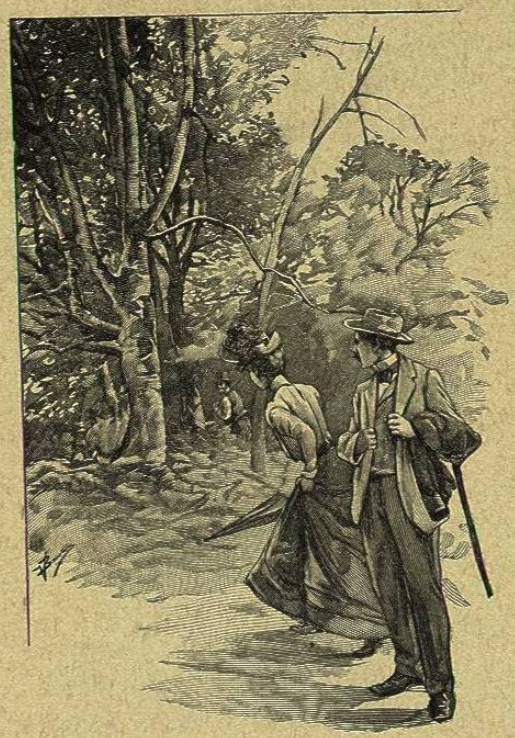
—¡He perdido á mi perro!

—¿Cómo? ¿Ha perdido usted á su perro?

—Sí. Tiene un año solamente, y no había salido nunca de la tienda. Quise traerlo para que se paseara por el bosque. No había visto jamás hierbas, ni hojas, y se ha puesto como loco. Echó á correr, ladrando, y desapareció en la espesura. Pudo influir también el miedo que pasó en el ferrocarril. Yo le llamaba inútilmente. Se morirá de hambre. ¡Pobrecito!

La mujer objetó, sin mirar á su marido siquiera:

—No le hubieses quitado la cadenita, lo tendría-



mos aquí. Lo has perdido por tonto, por lo que te suceden tantas cosas desagradables.

El murmuró tímidamente:

—Recuerda que tú fuiste...

La mujer se detuvo, y, mirándole á los ojos, como

si hubiera querido arrancárselos, volvió á soltar por su boca infinitos reproches.

Atardecía. El velo de bruma que baja sobre los campos á la hora del crepúsculo, iba extendiéndose lentamente. Y una emoción poética y dulce se mezclaba con la frescura singular y encantadora que se respira entre los árboles cuando se acerca la noche.

De pronto, el marido se detuvo, palpándose todos los bolsillos febrilmente.

—¡Oh! Me parece que...

La mujer le miraba, desdeñosa.

—¿Qué? Acaba.

—Llevando el chaquet al brazo, me parece que perdí la cartera... con todo el dinero que traíamos.

La mujer tembló de cólera; la sofocaba su indignación.

—¡No faltaba más! Ya sería el colmo de la estupidez. ¿Es posible que me haya casado con un ser tan idiota? Si perdiste la cartera, búscala, y haz todo lo necesario para encontrarla. Yo sigo hacia Versalles con este caballero. No te acompaño, porque no me seduce dormir en el bosque.

El marido murmuró:

—Sí; me parece bien. ¿Dónde me aguardarán ustedes?

Me habían recomendado un restaurant, y le hice la indicación.

El marido retrocedió inclinado, con los ojos fijos en el suelo; con frecuencia repetía su agudo grito.

Al fin desapareció, y aún se oían sus inimitables llamadas al perro perdido.

Yo avanzaba con paso firme, dichoso en la dulzura del crepúsculo, llevando aquella mujer del brazo, aquella desconocida que se apoyaba en mí.

Buscando palabras galantes, propias de la ocasión, estuve sin pronunciar ninguna, en silencio, turbado, encantado.

Pero llegamos á un camino que se cruzaba con el paseo. A la derecha, en un valle, se alzaba un pueblecito. ¿Cuál sería?

Pasaba un hombre. Le pregunté, y me respondió:

—Bougival.

Volví á preguntarle, insistiendo:

—¿Cómo Bougival? ¿Está usted seguro?

—Ya lo creo, ¡segurísimo!

La mujer, de mi brazo, reía como una loca.

Me ofrecí á tomar un coche para llevarla á Versalles, pero ella me dijo:

—De ninguna manera. Es muy gracioso el chasco; además, tengo mucho apetito. No me intranqui-

lizo. Mi esposo no se desesperará. Y me veré libre de su compañía por algunas horas.

Entramos en un restaurant, á la orilla del agua, y nos metimos en un gabinete particular.

Ella se alegró con Champagne, cantó, estuvo graciosísima; hizo toda clase de locuras... Y, al fin, la mayor de todas.

Así gocé por vez primera las delicias del adulterio.

LA CONFESIÓN

MARGARITA de Thérelles agonizaba. Sólo tenía cincuenta y seis años, aunque representase más de setenta. Bañado su rostro con una palidez mortal, estremecida por temblores incesantes, inquieta y angustiada, con los ojos aterrados y las facciones descompuestas, indicaba claramente que algún horrible pensamiento la poseía.

Su hermana mayor, Susana, que la llevaba seis años, de rodillas á los pies del fúnebre lecho, contenía lágrimas y sollozos.

Sobre una mesita cubierta con una toalla, lucían dos velas: todo estaba dispuesto para el Viático y el confesor no se haría esperar mucho.

Presentaba la alcoba el triste aspecto que ofrecen las habitaciones donde hay un moribundo. Señales de una cruel é inevitable despedida; el desorden y

el espanto; medicinas tiradas en todos los rincones, almohadas y sillas revueltas, como si también sintiesen el terror de la familia, como si huyesen á la muerte, que acecha, oculta en lo más recóndito y obscuro.

La historia de las dos hermanas era verdaderamente conmovedora y tierna. En otro tiempo, su relato hizo derramar abundantes lágrimas.

Susana, la mayor, había querido con apasionamiento loco en su juventud á un hombre, que sentía también adoración por ella. Se formalizaron las relaciones, fijaron la fecha de la boda y se hicieron todos los preparativos de rúbrica. Poco antes de que llegara el día señalado, el joven Enrique de Sampierre murió de repente.

Horrible fué la desesperación de Susana, que juró al cadáver de su prometido fidelidad eterna.

Y así fué: no quiso casarse, ni admitió siquiera las galanterías de sus pretendientes. Llevó luto constantemente, como una viuda inconsolable.

Su hermana Margarita, que tenía entonces trece años, un día se arrojó en brazos de Susana, diciéndole:

—Yo te prometo acompañar tu dolor; nunca me apartaré de ti, ¡nunca! ¡nunca! Renuncio también á casarme; no quiero casarme; sólo quiero llorar contigo, llorar mientras llores, toda la vida, ¡siempre! ¡siempre!

Susana la besó con mucha ternura, y agradeciendo aquella muestra de cariño, no creia posible que la niña cumpliera su ofrecimiento.

Margarita lo cumplió. Ni los ruegos de sus padres, ni los de su hermana pudieron vencerla. Era muy hermosa, muy pretendida; pero no hizo caso á nadie, y nunca se alejó de Susana.

***

Vivieron juntas una larga existencia, sin apartarse una de otra ni un solo día. Vivían como si una sola voluntad las impulsara. Pero Margarita mostrábase más triste, más apesadumbrada, más abatida que la otra, como si la grandeza misma del sacrificio hubiese nublado su alma. Envejecia más rápidamente. A los veintiocho años blanqueaban sus cabellos, perdió la robustez y la salud; una enfermedad ignorada la consumía.

Su muerte se anticipaba. La mayor, á pesar de sus padecimientos inolvidables, la enterraría.

La enferma estuvo sin hablar toda la tarde y toda la noche. Al fin dijo, al amanecer:

—Quiero confesarme.

Y quedó excitada, estremecida, con los labios temblorosos, como si temiera que por ellos asoma-

ran frases terribles, con los ojos aterrados y las facciones descompuestas.

Vencida por el dolor, Susana, de rodillas á los

pies del fúnebre lecho, contenía sollozos y lágrimas, repitiendo:

—¡Margarita! ¡Mi dulce Margarita! ¡Pobre nena mía!

La llamó siempre «su nena»; la quería maternalmente.

Oyéronse pasos en la escalera y luego la puerta se abrió, apareciendo un monaguillo, al cual seguía el cura con sobrepelliz. Al verlo, incorporóse la moribunda, y balbuceó tres ó cuatro palabras, rascando el cobertor con las uñas, como si quisiera clavarlas.

Acercándose á ella el anciano cura, le tomó una mano y la besó en la frente, diciendo con voz pausada:

—Dios la perdonará, hija mía; ha llegado su hora.

Margarita, estremeciéndose más cada vez, sacudiendo las ropas de la cama con su temblor nervioso, dijo:

—Siéntate, Susana, y oye mi confesión.

El cura, inclinándose para prestar apoyo á Susana, que seguía de rodillas, la hizo sentar en un sillón, y teniendo con sus manos cogidas una de cada hermana, oró:

—Jesús, Dios mío: dadle fuerzas, y tened misericordia.

* * *

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV... TANIA
"ALFONSO REYES"
...ado 1625 MONTERREY, MEXICO

Las palabras de Margarita, roncas, extenuadas, á borbotones, dejábanse oir:

—Perdón, perdón, hermana mía. No puedes imaginarte cuánto he temido que llegara este instante.

Susana exclamó sollozando:

—¡Pobre criatura! ¿Qué puedo perdonarte yo? Eres la sacrificada. ¡Pobre ángel mío!

Pero Margarita interrumpió:

—Cállate... Cállate... Déjame hablar... No me interrumpas... Deja que te lo diga... Es terrible y odioso... Escúchame... sin abrir tus labios... No te acerques tampoco... ¿Te acuerdas aún de tu Enrique? Sí; te acuerdas aún... Ahora comprenderás... Oyeme... Yo tenía trece años ¡trece años! Era tan mimada, que para mí no hubo imposibles... La primera vez que se presentó en casa Enrique, llevaba botas de charol. Apeóse del caballo y habló con papá... ¿Lo recuerdas? No me digas nada... Oye... Al verle, quedé sobrecogida y admirada... Me pareció tan hermoso, tan atractivo... y quedé atónita, contemplándole, mientras hablaba... Los niños á veces... tienen ideas terribles... Yo era muy niña, y aquel hombre me hizo delirar.

»Volvió muchas veces... Yo le contemplaba con los ojos muy abiertos; ¡le quería con todo mi corazón! Volvía con frecuencia: yo pensaba en él siempre, y repetía su nombre á todas horas: Enrique...

»Luego supe que se casaría contigo. Aquello fué un pesar para mí... una tristeza muy grande... Lloré... lloré tres noches... Él nos visitaba todas las tardes, ¿lo recuerdas?... No hables... Oye... Tú le hacías unos pastelillos que le gustaban mucho... los hacías con harina, leche y manteca... ¡Oh! no me olvido; ahora mismo los haría yo también como aquéllos... Enrique los comía satisfecho, de un bocado, sin mascar, y tomándose después una copa de vino blanco, decía: «¡Son deliciosos!» ¿Recuerdas cómo lo decía?

»Yo estaba celosa... ¡Muy celosa! La fecha se acercaba... Sería tuyo... Enloquecí... Te aseguro que fué una verdadera locura. «No se casará con Susana, porque yo no quiero; no, no, no...» pensaba delirando: «Ha de ser mío, mío solo. Cuando yo sea mayor, me casaré con Enrique... No puedo querer á ningún hombre como le quiero á él.»

Un día, ocho antes del señalado para la boda, te vi de su brazo en el jardín... Y al llegar á los pinos te besó.

»Te oprimía entre sus brazos y te besaba... Un beso muy largo... Tú lo recordarás... Era sin duda el primer beso...

»Al volver, estabas pálida...

»¡Me dió una ira! De buena gana os hubiese matado...

»Insistí en mi pensamiento: «No se casará con Susana ¡eso no! Y con otra... no, ¡tampoco! Enrique me hace padecer...»

»Y comencé á odiarle furiosamente.

»¿Sabes lo que hice? Oyelo.

»El jardinero preparaba con polvos de cristal unas bolitas para matar los perros vagabundos... Recordándolo... cogí del tocador una botellita muy pequeña, la machaqué, y cuando preparabas unos pastelitos para tu novio, metí en ellos cuidadosamente aquel polvo brillante...

»Los comió de un bocado, como de costumbre, sin mascarlos... comió tres; yo uno, y disimuladadamente arrojé al estanque los demás. A los cuatro días murieron los cisnes... ¿Lo recuerdas? ¡Oh! no me interrumpas... Calla y óyeme...

»Yo estuve siempre dolorida, enferma... Enrique murió... Esto no es nada... Lo más terrible... Luego... Escucha...

»Mi vida, toda mi vida... ¡qué tormento! Me dije: «No abandonaré á mi hermana.» Y resolví decírtelo todo en la hora de la muerte.

»Ha llegado mi hora... Y te lo digo.

»Todos los días, mañana, tarde y noche, pensaba

yo: «Es forzoso decirlo... Y aguardaba... ¡qué tormento! Aguardaba...

»En este instante... me horroriza... Si le viera más allá de la muerte... ¿Lo pensaste alguna vez?... En otro mundo... No me atrevería...

»No respiro... Muero... Perdóname... Sí; con tu perdón me atrevería, si le hallara... Tu perdón... Hermana, perdóname... perdóname...»

***

Y en silencio, palpitante, arañaba la colcha.

Susana, con la cabeza entre las manos, aterrada, confusa, no se movía. Pensaba en su Enrique, á quien pudo hacer dichoso. ¡Y ella hubiera sido aún más dichosa! Le veía resurgir de un pasado extinguido.

Aquel beso, el único beso, lo guardaba en el corazón. Y luego nada, nada, nada; una existencia inútil y vacía...

El sacerdote se irguió, diciendo con voz imperativa y vibrante:

—¡Se muere! Ha llegado la hora de perdonarla.

Y la vieja, extendiendo la mano, levantóse, y besando á la moribunda, murmuraba:

—Te perdono, sí; te perdono, ¡pobre ángel mío!

EL COLONO

El barón de Treilles me había dicho:

—¿Quiere usted inaugurar conmigo la temporada, cazando en mi finca de Marinville? Se lo agradeceré mucho. Allí estoy solo, generalmente, por dos razones: por lo difícil que resulta cazar en aquellas tierras, y porque mi casa es tan reducida, que sólo me permite hospedar en ella dos amigos á lo sumo, y han de ser de mucha confianza.

Yo acepté.

Salimos en el tren del sábado hacia Normandía. Nos apeamos en la estación de Alvimare, donde, señalando un viejo faetón al cual había enganchado un caballo asustadizo, cuya brida sujetaba un labriego, ya canoso, el barón me indicó:

—Ahí está nuestro coche; no hay otro de más lujo, amigo mío.

El labriego alargó la mano, y el señor se la estrechó amablemente, preguntando:

—¡Bravo, Lebrumet! ¿Nos vamos defendiendo?

—Siempre lo mismo, señor barón.

Subimos al coche, que parecía una jaula de gallinas suspendida y sacudida entre dos ruedas descomunales. Y el potro, después de un arranque violento, salió al galope, haciéndonos botar en los asientos como pelotas; cada golpe que me daba en la madera dura, me producía una impresión desagradable y dolorosa.

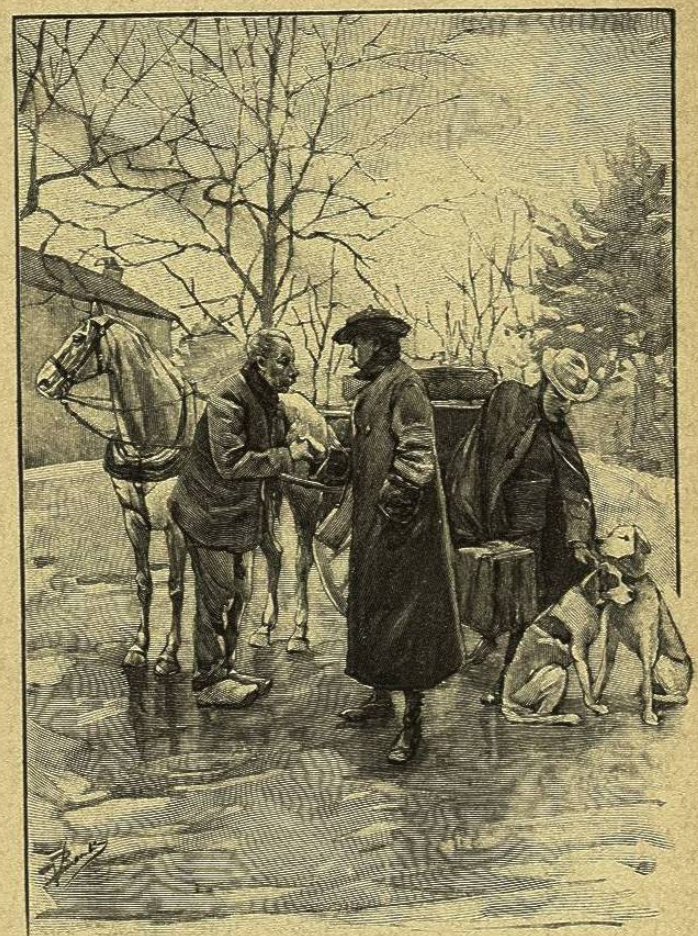
El viejo campesino repetía con su voz tranquila y monótona:

—¡La¡ ¡la! despacio, despacio, Mostaza; despacio.

Pero Mostaza no le atendía, y continuaba saltando como una cabra.

Los dos perros, detrás de nosotros, junto al asiento vacío del faetón, asomaban la cabeza, olisqueando el aire de la llanura, donde hallarían tal vez rastros de caza.

El baron miraba á lo lejos, con ojos entristecidos, la campiña normanda, ondulante y melancólica, semejante á un inmenso parque inglés; á un parque desmesurado, en donde los patios de las masías, rodeados por dos ó cuatro filas de árboles



y poblados de manzanos rechonchos que no permiten ver las casas, dibujan en una extensión inmensa las perspectivas de bosque, los grupos de árboles y los macizos que proyectan los jardineros artistas al trazar los perfiles de las propiedades suntuosas.

René de Treilles murmuró de pronto:

—Me agradan estos parajes; en estas tierras tengo yo mis raíces.

Era un normando hecho y derecho, de buena estatura y fornido, un descendiente de la vieja raza de aventureros que iban fundando reinos en las orillas de todos los Océanos. Tendría próximamente cincuenta años, y al campesino que nos acompañaba le faltaría muy poco para cumplir sesenta. Era éste un hombre fuerte y enjuto; uno de esos labriegos que parecen una osamenta revestida con piel dura, sin carne; uno de esos hombres que viven un siglo.

Después de avanzar durante dos horas por caminos pedregosos, á través de aquella llanura siempre igual, entró el vehículo en uno de aquellos patios poblados de manzanos, y se detuvo ante un viejo edificio, ruinoso, donde una criada vieja esperaba junto á un mocetón que sujetó por las bridas al caballo.

Entramos en la casa. La cocina era espaciosa y

de techo muy alto, ennegrecido por el humo, como las paredes. Las cacerolas de cobre y los cacharros de loza brillaban, reflejando las llamas del hogar. Un gato dormía sobre una silla; un perro estaba echado bajo la mesa. Olíase allí á leche, á manzanas, á humo, y notábase también ese olor característico de las viejas casas de labranza; olor del suelo, de las paredes; olor de potajes derramados en el transcurso del tiempo, de coladas hechas periódicamente, de las personas que habitaron allí; olor de corrales y establos, de bestias y de hombres; de todas las cosas y de todos los seres; olor del tiempo que pasó.

Volví á salir para observar el patio. Era muy grande, y en él abundaban los manzanos viejos, chaparrudos y retorcidos, llenos de fruta, que dejaban caer sobre la hierba del suelo en torno suyo. En aquel patio el perfume normando, el perfume de las manzanas, era tan penetrante como el del azahar en las costas del Mediodía.

Cuatro hileras de hayas envolvían aquel cercado. Eran tan altos, que parecían tropezar en las nubes en aquella hora del anochecer: y sus copas, donde tropezaba el viento de la tarde, se agitaban, cantando una canción quejumbrosa, interminable y triste.

Metíme de nuevo en la cocina. El barón se ca-

lentaba los pies, sentado al amor de la lumbre, oyendo al colono que le refería las novedades del país. Hablaba de casamientos, de bautizos, de muertes, de la baja de los cereales y de las alteraciones habidas en los ganados. La Veularda (una vaca comprada en Veules) había tenido un choto á mediados de Junio. La cosecha de sidra no fué cosa mayor. La casta de las manzanas renetas iba desapareciendo en aquellos contornos.

Después, comimos. Nos dieron una excelente comida rústica, sencilla y abundante, plácida y duradera. Mientras comíamos, observé la familiaridad amistosa que desde luego me había sorprendido en cuanto nos apeamos del tren y el campesino tendió la mano al barón.

Afuera, las hayas continuaban gimiendo al impulso del viento, que por la noche arrecia; y nuestros dos perros, encerrados en una cuadra, lloriqueando, aullaban de un modo siniestro. El fuego del hogar extinguíase poco á poco. La vieja criada se había ido á dormir.

Al poco rato, Lebrumet insinuó:

—Si usted no manda otra cosa y no me necesita ya, señor barón, me iré á la cama. Como no tengo costumbre de trasnochar, me caigo de sueño á estas horas.

El barón, tendiéndole una mano, le dijo:

—Acuéstese, acuéstese usted, amigo mío.

Su tono era tan amable y cordial, que, apenas nos hubo dejado solos el labriego, no pude contener esta pregunta:

—¿Le sirve á usted muy bien su colono?

—No le distingo solamente porque me sirve; mi estimación tiene otra causa. Es una historia vieja, sencilla y triste; una dramática historia lo que me une á ese hombre. Se la voy á contar.

***

«Ya sabe usted que mi padre fué coronel de caballería. Tuvo de ordenanza á ese hombre, mozo entonces, hijo de un colono. Cuando mi padre se retiró del servicio, llevóse de criado á su ordenanza, que tendría en aquella época unos cuarenta años. Yo tenía treinta. Vivíamos en nuestras posesiones de Valrenne, próximas á Caudebec-en-Caux.

»La doncella que tenía entonces mi madre, era una de las mozas más bonitas que se pueden ver; delgada, esbelta, rubia, inteligente, vivaracha: una doncellita modelo, como ya no las hay. Ahora, las mujeres de su condición y de sus condiciones, al

momento se lanzan á la vida galante. París las atrae, las llama, las absorbe por medio de los ferrocarriles que atraviesan los más humildes lugares, comunicándolos con la capital. París prostituye á esas mozuelas que antes no pasaban de ser labradoras ó criadas humildes. Los hombres que ahora frecuentan los más recónditos lugares, con pretextos mercantiles—gracias á lo fáciles que resultan las comunicaciones—, las descubren cuando empiezan á lucir, las engatusan y las desfloran; luego las encaminan hacia la galantería militante; por eso queda sólo para el servicio doméstico el desecho de la raza femenina: las torpes, las feas, las desapacibles, las ordinarias, las que no sirven para el vicio.

»Aquella criatura era encantadora, y á veces la daba yo un achuchón ó un beso al tropezarla en los pasillos. Pero no pasaba de ahí: podría jurarlo; no pasaba de ahí. Tal vez, aun proponiéndomelo, no lo hubiese logrado. La moza era muy decente; yo respetaba la casa de mamá, respetaba la familia, cosa que no suelen hacer los truhanes de ahora.

»Pero sucedió que el criado de mi padre, su antiguo ordenanza—mi viejo colono, á quien ha conocido usted hoy—, enamoróse como un loco de la muchacha; con un amor de novela, un amor inverosímil, absoluto, un amor ciego.

»Notamos al principio que se olvidaba de todo, que no hacía nada con acierto.

»Mi padre le repetía constantemente:

»—Pero, Juan: ¿Qué te ocurre? ¿Qué tienes? ¿En qué piensas? Dilo. ¿Estás enfermo?

»Y el criado respondía:

»—No, no, señor barón. Yo no tengo nada.

»Enflaquecía, desmejorándose horriblemente; y destrozaba el servicio de mesa, las copas, los platos. Al llevarlas, dejaba caer las fuentes y las bandejas.

»Le creíamos víctima de una enfermedad nerviosa y se llamó á un médico para que le asistiera. El médico advirtió síntomas de un reblandecimiento medular.

»Entonces mi padre, que se interesaba mucho por su antiguo y fiel ordenanza, decidió enviarle á una casa de salud.

»Al enterarse de lo que proyectaban hacer con él, Juan confesó de plano.

»Un día, mientras mi padre se afeitaba, le dijo tímidamente:

»—Señor barón...

»—¿Qué quieres?

»—Lo que yo necesito, señor barón, lo que yo necesito, no está en la farmacia ni lo recetan los médicos. Lo que yo necesito...

»—¡Acaba con dos mil diablos!

»—Lo que yo necesito es casarme, señor barón.

»Mi padre volvió la cabeza estupefacto:

»—¿Qué has dicho? ¿Qué significa eso? ¿Qué has dicho?

»—Casarme: dije «casarme», señor barón.

»—¿Casarte? Luego... ¿luego estás enamorado... animal?

»—Sí, enamorado, señor barón.

»Y mi padre dió tales risotadas, que mi madre le dijo desde su cuarto, á través de la pared:

»—¿Qué te ocurre, Gontrán?

»El respondió:

»—Ven, ven, Catalina.

»Y cuando la tuvo delante, la refirió, sin dejar de

reir—con tanta risa que le hacía saltar lágrimas—que su criado, el imbécil ordenanza, estaba sencillamente muerto de amor.

»En vez de burlarse y reirse, mi madre se compadeció, preguntándole con ternura:

»—¿Y á qué mujer quieres de tal modo?

»El criado apresuróse á decir:

»—A Luisa, señora baronesa.

»Mi madre, replicó seriamente:

»—Trataremos de arreglarlo del mejor modo posible.

»Luisa fué luego interrogada por mi madre, y respondió que no desconocía el apasionamiento de Juan, que Juan se lo había declarado muchas veces, pero que no había pensado ella en casarse, que no se casaría. Negóse á decir la causa.

»Durante dos meses, mi padre y mi madre intentaron con frecuencia convencer á Luisa, proponiéndose que se casara con Juan. ¿Qué motivo tenía para rechazarle? Como ella juraba no querer á otro, no pudo apoyar su negativa en motivos atendibles. Y mis padres insistían. Al fin, vencieron su resistencia prometiéndole una cantidad en metálico de bastante consideración, como regalo de boda; y además los pusieron de colonos en esta finca.

»Una vez hecha la boda, dejaron el servicio de mi

casa y vinieron á ocuparse en labores del campo.

»No los vi durante mucho tiempo.

Al cabo de tres años supe que Luisa murió tísica. Pero mi padre y mi madre murieron también por entonces, y pasé lo menos otros dos años aún sin ver á Juan.

»Al cabo, un otoño, á fines de Octubre, ocurrióseme venir á cazar en esta propiedad, cuidadosamente administrada por mi colono, y donde, al decir del mismo, había caza muy abundante.

»Llegué una tarde á esta casa; una tarde lluviosa. Me sorprendió encontrar al antiguo ordenanza de mi padre con los cabellos blancos. No era viejo; tendría entonces de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años.

»Le hice sentar á la mesa, frente á mí, como esta noche. Llovía sin cesar, á cántaros; oíamos golpear el agua en el tejado, en los cristales, en los muros; el pàtio hallábase convertido en un lago, y mi perro aullaba en la cuadra—como lo hacen el de usted y el mío ahora.

»De pronto, cuando la criada se hubo retirado á dormir, el hombre murmuró:

»—Señor barón...

»—¿Ocurre algo, Juan?

»—Tengo que decirle al señor una cosa.

»—Dígame Juan, dígame lo que quiera.

»—Es que... no sé cómo decirlo... Es una cosa que... me disgusta.

»—Diga lo que sea, Juan.

»—¿Se acuerda usted de Luisa, mi mujer?

»—Sí, me acuerdo.

»—Pues bien, ella me hizo un encargo para usted.

»—¿Un encargo?

»—Sí... Como si dijéramos... una confesión.

»—¡Ah! Veamos.

»—Yo no quisiera... no quisiera decírselo... Pero es necesario. Luisa no murió enferma del pecho... murió de tristeza... ¡Ya lo dije!... Murió de tristeza...

»Desde que llegamos, comenzó á enflaquecer, á desmejorarse. Cambió de tal modo, que al poco tiempo se puso desconocida. Era otra mujer. Se puso desconocida, señor barón. Como yo, antes de casarme con ella; pero, por lo contrario. Ella, por haberse casado conmigo.

»Llamé al médico, y me dijo que todo era del hígado... una enfermedad *apática*. Entonces comenzamos á comprar muchas drogas, muchas drogas, muchas drogas. Gasté más de trescientos francos en botica. Pero ella no tomó ningún remedio, no quiso tomar nada. Y me decía:

»—¿Para qué voy á tomar tantas medicinas, mi pobre Juan? Si no estoy enferma; si todo pasará...

»Yo vi aquello muy malo, á pesar de sus palabras consoladoras. Un día la encontré llorando. ¿Qué hacer? No supe que hacer; no era posible que yo lo supiera. La compré vestidos, cofias, pomadas para el cabello, unos pendientes de oro para las orejas. Nada la reanimó. Y comprendí que se moría sin remedio.

»Una tarde, á fines de Noviembre, me llamó desde la cama, porque no se había levantado aquel día, y me rogó que avisase al cura.

»Estaba nevando y salí.

»Al volver yo á casa, ella me dijo:

»—Juan, he de hacerte una confesión. Eres bueno conmigo; quiero que sepas la verdad. Escúchame. Yo no he sido mala nunca, ¡nunca! ni antes, ni después de casarme contigo. El señor cura, que ha penetrado en mi conciencia, te lo podría decir. Pues bien, Juan: muero de tristeza; muero porque me apartasteis de la casa de los señores, porque allí estaba mi vida... Es un cariño que nadie conoce... un cariño que se complacía sólo con verle... con ver al hijo del señor barón... Con verle nada más... Cuando vine, comprendí que me moría... Viéndole, sólo viéndole, puedo vivir. Me hace falta su presencia... su sombra... nada más que su sombra. Nada más...

Quiero que tú se lo digas... cuando yo haya muerto... ¿Se lo dirás...? Júrame que se lo dirás... Júrámelo... Juan... Es un consuelo para mí suponer que algún día él sabrá que yo no pude vivir... que no pude vivir sin verle... Jurámelo... Jurámelo...

»Se lo juré, señor barón; y cumplo mi promesa como un hombre honrado.»

***

»¡Cáspita! No puede usted imaginar la emoción que me produjeron esas palabras en boca de un pobre diablo como Juan, cuya felicidad yo había destruído sin darme cuenta.

»Él mismo lo refería tristemente aquí, en esta cocina, mientras diluviaba.

»Profundamente conmovido, balbuceé:

»—¡Qué desdicha, Juan, que desdicha!

»Y él murmuró:

»—Eso ha sucedido, señor barón. Ya nadie puede remediarlo. Nadie... No hay manera...

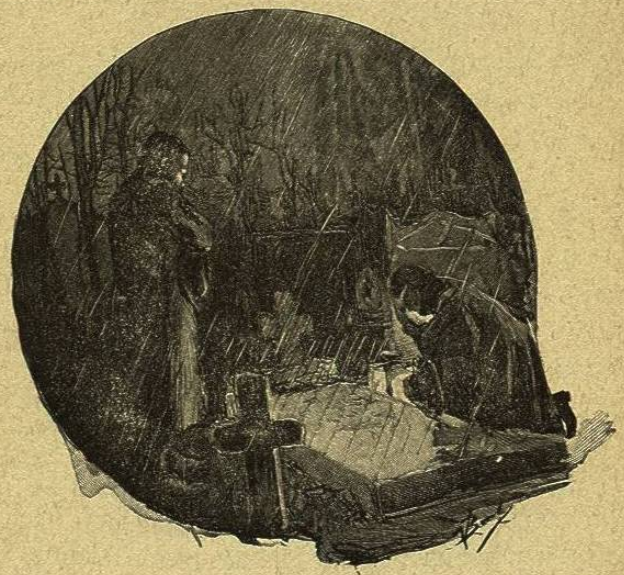
»Oprimiéndole ambas manos, me puse á llorar, enternecido por aquella enorme desdicha.

»Él me dijo:

»—¿Quiere usted ver la tumba?

»Hice un signo de afirmación con la cabeza, porque me ahogaba el llanto y no pude hablar.

»Se levantó, encendió un farolillo y salimos los dos aguantando la lluvia torrencial que no cesaba,



y cuyas gotas oblicuas, rápidas como flechas, reflejaban los resplandores tenues de la luz que nos acompañaba.

»Juan abrió una puerta y vi una cruz de madera pintada de negro.

»Él me dijo entonces:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

»—Allí está.

»Y acercó el farol á una losa de mármol que había en el suelo, para que yo leyese la inscripción:

A LUISA-HORTENSIA MARINET

Esposa de Juan-Francisco Lebrumet,
Labrador.

FUÉ VIRTUOSA Y FIEL.—QUE DIOS LA TENGA EN GLORIA

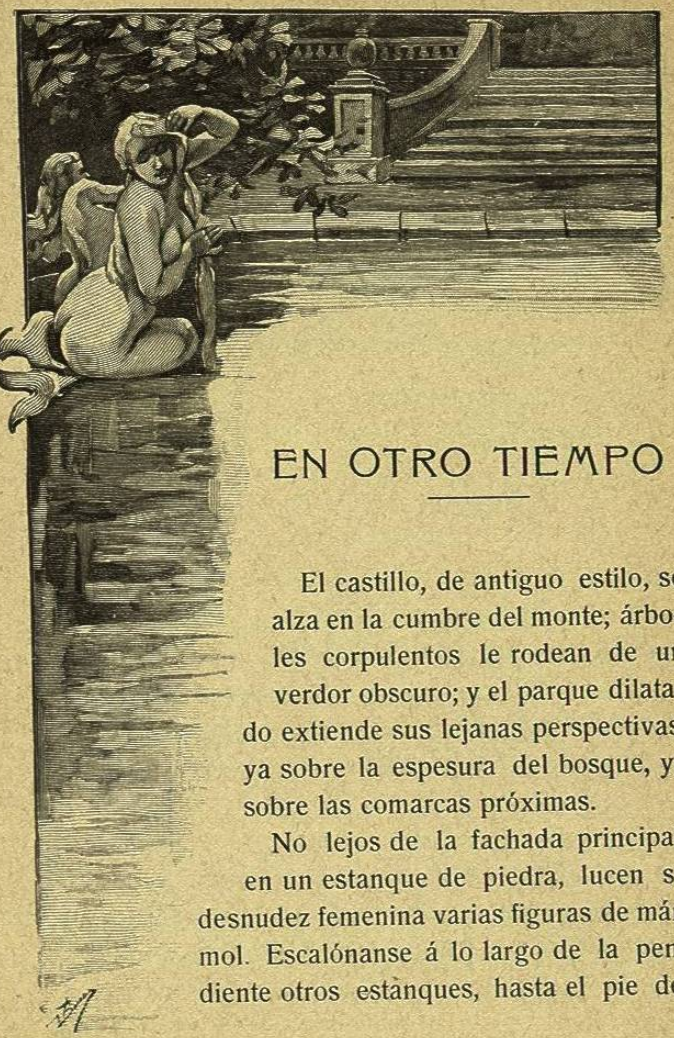
»Estábamos los dos en el barro, de rodillas, con la linterna delante, y veía yo cómo rebotaba la lluvia en aquella losa de mármol. Deshacíanse las gotas al chocar, escurriéndose después el agua por los cuatro perfiles de la piedra impenetrable y dura.

»Yo pensaba en el corazón de la muerta... ¡Oh! ¡pobre corazón! ¡pobre corazón!

....

....

»He seguido viniendo todos los años. Y no sé por qué me turbo como un culpable viéndome junto á ese hombre, que no me guarda rencor alguno, que me perdona.»



EN OTRO TIEMPO

El castillo, de antiguo estilo, se alza en la cumbre del monte; árboles corpulentos le rodean de un verdor obscuro; y el parque dilatado extiende sus lejanas perspectivas, ya sobre la espesura del bosque, ya sobre las comarcas próximas.

No lejos de la fachada principal, en un estanque de piedra, lucen su desnudez femenina varias figuras de mármol. Escalónanse á lo largo de la pendiente otros estanques, hasta el pie del

ribazo, y un arroyo prisionero se derrumba en cascadas cristalinas de uno en otro.

Desde la morada—que se yergue, como una vieja presumida, con graciosos remilgos—hasta las grutas rocosas, donde aún duermen los amores de antaño, todo en aquel dominio señorial ha conservado la fisonomía de pasadas generaciones; todo parece recordar usanzas antiguas, costumbres viejas, galanterías frágiles y ligeras elegancias, que fueron el encanto de nuestras abuelas.

En un saloncito Luis XV—sobre cuyas paredes mariposean pastores y pastorcitas, damas ilustres muy huecas y caballeros galantes muy rizados—, una señora de mucha edad, inmóvil como si estuviese muerta, reclinada, casi echada en un sillón, deja caer á uno y otro lado, lánguidamente, sus manos descarnadas y esqueléticas.

Su mirada turbia, piérdese á lo lejos, queriendo abarcar la campiña, como si persiguiese á través de los jardines y de los bosques, las imágenes de su juventud.

Un soplo de la brisa, entrando con frecuencia por el balcón, derrama en el aposento perfumes de hierbas y de flores, mientras hace revolotear sobre la frente de la noble anciana sus cabellos blancos y en su pensamiento las memorias casi olvidadas.

Junto á ella, sentada en un taburete almohadillado, una muchacha de largos cabellos rubios, cuyas trenzas descienden por su espalda, borda un ornamento de altar.

Tiene ojos febriles y soñadores; mientras avanzan su labor los dedos ágiles, diríase que también su pensamiento avanza en un delirio.

Inclinándose hacia la muchacha, su abuela dice:

—Berta: léeme algún periódico, para que yo pueda enterarme de lo que ocurre ahora en el mundo.

La muchacha coge un periódico, y, extendiéndolo, pasea los ojos por sus columnas.

—Habla mucho de política. ¿Lo paso, abuela, ó quiere usted oirlo todo?

—Pásalo, hija mía. Busca una historia de amor. ¿No hay ninguna historia de amor? La Francia galante ya no existe, puesto que no se habla de raptos ni de aventuras, como en otro tiempo.

La muchacha sigue buscando en el periódico algún artículo que pudiese agradar á su abuela:

—¡Ya lo encontré! Se titula *Drama de amor.*

En el arrugado y cadavérico rostro de la triste anciana, se dibuja una sonrisa:

—Veamos qué dice. Comienza:

Y Berta da principio á su lectura.

Se trata de una historia vulgar, de un crimen realizado con el vitriolo. Una mujer se vengó de la querida de su marido, quemándole toda la cara y los ojos. El Tribunal había fallado, absolviéndola con todos los pronunciamientos favorables, entre los aplausos de la multitud.

La débil anciana, incorporándose un poco, repite:

—¡Oh! ¡Es horroroso! Sí. ¡Es un espanto! Anda, busca otra cosa, hijita.

Berta busca, y en otra columna, pero también en la sección de tribunales, lee: *Drama sombrío.*

Una señorita, empleada en un almacén de confecciones, ya bastante madura—había cometido un desliz—cayendo entre los brazos de un joven; y para vengarse de la ingratitud y el abandono de su amante, algo voluble, habíale disparado un tiro de revólver. El infeliz quedaba inútil para toda su vida. Y los jurados, hombres morales y de buenas costumbres, pronunciándose por el amor ilegítimo de la vengadora, la absolvieron, declarándola inocente.

Al oirlo, sublevándose, descomponiéndose, la noble anciana, dice:

—¡Oh! ¡Estáis locos, locos de remate, las gentes de ahora! No se ha visto locura más grande. ¡Parece mentira! ¡Cómo entendéis las cosas!... Dios piadoso ha ofrecido á los hombres el amor ¡el único encanto de la vida! Los hombres lo han perfeccionado, sazonándolo con la galantería, la única distracción agradable para entretener el tiempo. Y de pronto, mezcláis á estas cosas buenas el vitriolo y el revólver, lo cual me parece lo mismo que mezclar algo nauseabundo con el oloroso vino de Jerez.

Berta no parece comprender ni explicarse la indignación de su abuela, y dice:

—Pero, abuelita, esa mujer se vengó porque su amante no la quería. La otra hizo lo mismo, porque su esposo la engañaba...

La débil anciana, sobresaltándose, interrumpe:

—¡Qué ideas inculcan á las muchachas de ahora! ¿Qué dices, criatura?

Berta quiere aducir alguna razón:

—El matrimonio es un sacramento: hay que respetarlo, abuelita.

Habiendo nacido en la época galante, la noble dama juzga de manera muy diferente, y con el corazón alborotado, estremeciéndose, agitándose, pronuncia estas palabras:

—El amor es lo único sagrado. Escucha, hijita, lo que te dice una vieja que ha vivido con tres generaciones y que sabe mucho, mucho acerca de los hombres y de las mujeres. El matrimonio y el amor nada tienen de común. ¿Lo entiendes? Nos casamos para formar una familia, y se forman las familias para constituir la sociedad. La sociedad no existiría sin el matrimonio. Sí, la sociedad es una cadena, cada familia es un anillo de la cadena social, y para soldar esos anillos, búscanse metales equivalentes.

»Para formalizar un matrimonio es preciso tener en cuenta la educación, la fortuna, la raza; el matrimonio responde al interés común que se funda en la riqueza y en los hijos. Nos casamos una vez, porque la sociedad nos lo exige; pero nos apasionamos veinte veces en la vida, porque la Naturaleza lo ha dispuesto así. El matrimonio es la ley, ¿comprendes? y el amor es un instinto que nos impulsa tan pronto hacia un lado como hacia otro.

»Se hicieron leyes que suprimen los instintos contradiciéndolos; era indispensable. Pero son los instintos poderosos, arraigados, tenaces, y no debiéramos contradecirlos con tanta frecuencia, porque son mandatos de Dios, mientras que las leyes que los combaten son obra de los hombres.

»Si no se perfumara la vida con el amor, con todo el amor posible, hijita, como ponemos azúcar en los medicamentos que han de tomar los niños, nadie querría tragarla; sería un sacrificio demasiado grande.»

Asustada Berta y abriendo mucho sus ojazos febriles y soñadores, dice:

—¡Oh! ¡Abuelita! ¡Sólo se puede amar una vez! ¡Sólo se ama una vez, abuelita!

La débil anciana, levanta sus manos temblorosas como para evocar aún al dios ya difunto de la galantería, y exclama rebosante de indignación:

—Os habéis convertido en una raza de villanos, en una raza vulgar. Desde la Revolución, el mundo está desconocido. Habéis cubierto con frases pomposas todos los actos humanos, y con deberes eno-

josos todos los rincones de la existencia; creéis en la igualdad y en la pasión única y durable. No ha faltado quien escribiera versos para deciros que se moría de amor. En mi tiempo las poesías enseñaban á los hombres á sentir amor hacia todas las mujeres. ¡Y nosotras!... Cuando un caballero nos agradaba, hijita, se lo hacíamos decir por un paje. Y cuando nuestro corazón sentía un capricho nuevo, nos apresurábamos á despedir al último amante... á no ser que prefiriésemos conservar los dos...»

La noble anciana sonríe con una sonrisa punzante, y en sus ojos grises, apagados, resplandece la malicia ingeniosa y escéptica de las personas que no se creen formadas con el mismo barro que las demás y que viven como dueñas de la vida, para las cuales no rigen las creencias y las obligaciones comunes.

La muchacha, palideciendo, balbucea:

—Las mujeres de aquel tiempo, si obraban de tal modo, no conocían el honor.

La débil anciana deja de sonreir. Si conservaba en su espíritu algo de la ironía de Voltaire, tampoco la faltaba un poco de la filosofía inflamada de Juan Jacobo Rousseau:

—¿Desconocer el honor... porque amaban y se

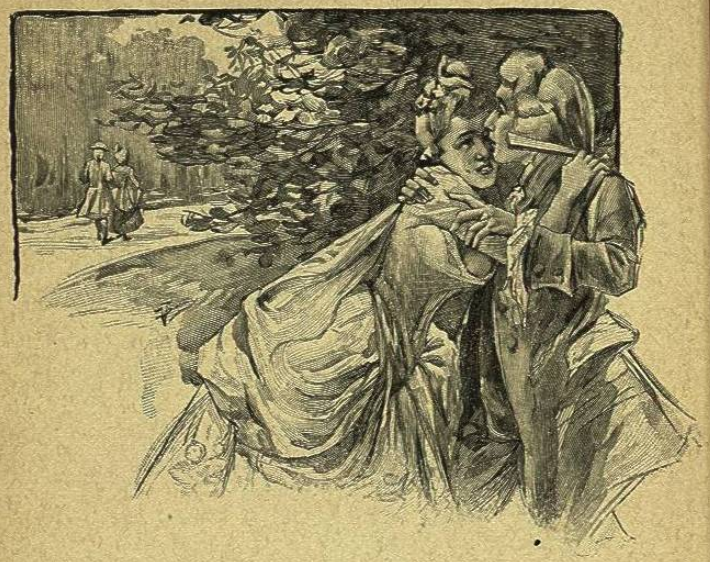
atrevían á decirlo, á vanagloriarse de sus amores? Hijita: si una de nosotras, entre las más encopetadas y linajudas señoras de Francia, hubiese vivido sin tener un amante, fuera entonces la risa de toda la corte. Para las que preferían vivir así, estaban los conventos. Y vosotras, ¿imagináis tal vez que vuestros maridos no se apasionarán por otras mujeres por mucho que les agradéis? ¡Como si eso fuera posible! No; no es posible. Yo te aseguro que la institución del matrimonio es indispensable para que la sociedad se defienda; pero que la fidelidad conyugal no ha existido nunca entre las condiciones de nuestra raza. ¿Oyes lo que te digo? En la vida sólo hay una cosa buena: el amor.

»Y vosotros lo comprendéis mal; lo desvirtuáis en absoluto, convirtiéndolo en algo solemne, grave, definitivo, como un sacramento; en algo que se compra, como un traje.»

La muchacha oprime con sus manos temblorosas las apergaminadas manos de la noble anciana, y dice suplicante:

—Cállate, abuelita, cállate, por Dios; te lo ruego.

Y, de rodillas, con lágrimas en los ojos, pide al cielo una pasión única, devoradora, inextinguible, conforme al delirio de los poetas modernos; mientras que su abuela, besándola en la frente, pene-



trada todavía por la encantadora y sana reflexión que los filósofos del siglo XVIII derramaron como un perfume sutil sobre las imaginaciones de su tiempo, balbucea:

—Cuidado, hijita; creyendo en semejantes locuras, vas á ser muy desdichada.

FIN

INDICE

	Págs.
El padre	5
El viejo	29
Un cobarde	49
El borracho	67
La mano	85
El desheredado	99
Un parricida	115
La criatura	131
La Roca de las Cercetas	147
Tombouctou	159
Historia verdadera	175
¡Adiós!	187
Recuerdo	201
La confesión	217
El colono	229
En otro tiempo	247